



LIBRO DOS

TOMAS

NORTH GROUP

FANNY RAMÍREZ

TOMAS

NORTH GROUP

FANNY RAMÍREZ

2

Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgadas por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obras en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la obra a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha obra. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Título: TOMAS – NORTH GROUP

© 2020 Estefanía Ramírez Lago.

Todos los derechos reservados.

Portada: Fanny Ramírez.

Maquetación: Fanny Ramírez.

Fecha de edición: Julio 2020.

Copyright Registry: **2007024639856**

A ti, lector.

ÍNDICE

[TOMAS BROWN](#)

[INTRODUCCIÓN](#)

[UNO](#)

[DOS](#)

[TRES](#)

[CUATRO](#)

[CINCO](#)

[SEIS](#)

[SIETE](#)

[OCHO](#)

[NUEVE](#)

[DIEZ](#)

[ONCE](#)

[DOCE](#)

[TRECE](#)

[CATORCE](#)

[QUINCE](#)

[DIECISÉIS](#)

[DIECISIETE](#)

[DIECIOCHO](#)

[DIECINUEVE](#)

[VEINTE](#)
[VEINTIUNO](#)
[VEINTIDOS](#)
[EPÍLOGO](#)

TOMAS BROWN

«No debo tener miedo, tenerlo, es de cobardes» Esa frase se convirtió en mi mantra, mi tatuaje interior, como Jason mi mejor amigo, llamaba. Él tenía demasiados bajo la piel, los mismos, hicieron que una noche decidiese acabar con su agonía tomándose un frasco de pastillas. Apenas alcanzó los veinte años y quien lo conoció sabe que aparentaba más de los que tenía. «La vida, depende de la que te toque, te hace crecer más deprisa o lento» Y para Jason nunca fue un problema la velocidad.

No me gusta catalogar a las personas, ser débil no te hace menos fuerte, solo que Jason no supo cómo decir: no, cuando tuvo la oportunidad.

Nacer entre porquería, basura, solo te dictaba tu futuro, no solo estoy hablando de la que se tira a un contenedor. La droga, hizo que amigos, mi propia madre y mi hermano pequeño, se transformasen en personas irreconocibles. La sonrisa ya no formaba parte de sus caras a menos que consiguieran un nuevo chute y eso, era demasiado triste.

Mi tatuaje interior ardía cada vez que las lágrimas acudían a mis ojos.

Fueron pocas veces las que pasaba, tres, creo recordar, que lo hizo con más fuerza. Mi mente se ha encargado de borrar la mayoría de recuerdos de mi niñez y parte de mi adolescencia.

La primera vez que recuerdo, fue cuando vi a Jason por última vez, lo estaban metiendo en un coche, tenía los ojos abiertos, rojos, su piel traslúcida y entre el shock escuché la vocecilla de mi hermano a mi lado preguntándome: «¿Está muerto?» Sí, lo estaba. Mi mejor amigo me dejó solo, cuando me había jurado que no lo haría nunca. Con el tiempo entendí que no hacía falta tener a las personas físicamente, también podían cuidarte desde cualquier lugar en el que estuviesen.

La segunda vez, fue cuando vi a mi hermano pequeño inyectarse una mierda en el brazo mientras sus amigos fumaban marihuana en el parque de detrás de casa. A partir de ahí, mi vida se convirtió en un verdadero infierno. Intenté por activa y por pasiva que lo dejara, me llevé años reteniéndolo contra su voluntad, tragándome sus reproches, sus miradas de odio, hasta que por fin lo conseguí. Lástima que ya su destino estaba escrito con la firma de la maldita enfermedad llamada: cáncer.

La tercera tiene nombre y apellidos: Emily Berry Lauler. Sin embargo, de ella no puedo hablar sin que se me aprieten las entrañas y me recuerde a mí mismo que no hago nada bien en la vida. Pero esa... es una historia que no merece la pena rememorar.

INTRODUCCIÓN

—Solo serán un par de horas, Emi, además, tú estarás con tus primas toda la noche haciendo esas cosas que las chicas hacéis cuando estáis solas.

Resopló y yo no pude hacer más que poner los ojos en blanco ahogando un suspiro de cansancio. Emily podría ser un grandísimo dolor en el trasero cuando quería, y esa noche quiso con ganas, pues era el cumpleaños de John. Los chicos planearon ir al local de Mike, un tugurio de mala muerte que servía la mejor cerveza en aquellos tiempos. Emily no aceptaba que yo tuviera una vida, sin embargo, ella sí parecía tener derecho a tenerla.

Era lo que más me jodía, no obstante, estaba enamorado hasta las trancas de esa niña del demonio con aires de grandeza. Como si en vez de una simple mortal, estuviese hecha de fibra de oro con incrustaciones de diamantes...

Me rasqué el pecho sobre la camisa cuando una picazón insoportable me recordó que no debía joderlo con ella. Parecía mentira que con todo lo que había soportado a lo largo de mi vida, me estaba convertido en un auténtico imbécil por una chiquilla mimada. Pero era lo único que me quedaba, aparte de mis amigos, claro. Y un hermano que casi no veía.

Emily se convirtió en la pieza que me faltaba para que el vacío que me dejó mi hermano pequeño se llenara un poco, solo un poco. Aunque eso hacía de mi martirio algo más soportable.

—Solo espero que no haya muchas chicas, Tomas, o te juro que...

—No digas tonterías, Emily, vamos al local de Mike. Allí casi nunca hay mujeres, menos chicas que puedan hacerte ni sombra.

Por el rabillo de mi ojo, vi aparecer a León, Chad, Lauren y John; este último bebiendo a morro de un botellín de cerveza. Gracias a Dios no me escucharon arrastrándome como una babosa. Sonreí sin poder remediarlo, intentando que Emily no escuchara los disparates que estaba soltando John. Había sido cumplir la mayoría de edad y ya se reventaba el hígado en público.

León ladeó la cabeza, preguntándome en silencio con quién hablaba.

Con un gesto con la boca, le di a entender de quien se trataba. Él rodó los ojos, Chad me saludó palmeándome el hombro al igual que Lauren, y John me dio un beso sonoro en la mejilla, susurrando un: «guapo», antes de entrar al bar.

—¿Qué ha sido eso y porqué ha sonado como si alguien le estuviera comiendo la boca a *mi* novio? —el ladrido de Emily me hizo apretar los puños teniendo que contar hasta diez con la respiración atascada en los pulmones.

Entonces hice lo que debería haber hecho mucho antes, colgarle el teléfono y ponerlo en silencio para ni enterarme siquiera si vuelve a llamar. Sin contestar a su estúpida acusación. Me tenía hasta la jodida coronilla.

Abrí la puerta y la música se hizo más sonora. Los chicos estaban en la barra, seguramente pidiéndole a la camarera una cerveza, junto con algunos parroquianos ya asiduos. Faltaba Ray, como siempre, seguramente estudiando, haciéndose a la idea de su próxima matrícula de honor.

Di una ojeada rápida a mi alrededor, algunas mujeres disfrutaban de una charla amena en una mesa al fondo, raramente venían a un lugar como ese. Pero viéndolas de lejos, parecían de fuera, españolas al escuchar un par de palabras descarriadas; sabía de alguien al que le haría una tremenda ilusión. A la derecha del local, un señor bebía de su cerveza mientras que el humo de un pitillo lo envolvía haciendo de la escena algo de lo que inmortalizar en una imagen. Su pelo ceniza hacía que las volutas de humo que volaban a su alrededor desaparecieran, para luego emerger y cubrir su rostro demasiado demacrado para su edad. Aunque no supiera cuantos años tenía.

De alguna manera siempre lograba encontrar parecido a la gente con alguien cercano a mí y ese señor le daba un aire a mi padre.

—Tomas, me he dado el atrevimiento de pedirte una cerveza —la voz de Chad me hizo desviar la mirada de aquel señor que por momentos hacía que vagos recuerdos, demasiado amargos, volvieran a aparecer en mi mente.

Con una sonrisa, sintiendo mi teléfono vibrar en el bolsillo de mis pantalones, me acerqué a ellos y me dejé abrazar por un John demasiado ebrio para ser apenas las once de la noche.

Ray se nos unió una hora más tarde, con cara de no haber dormido en siglos, avergonzado por culpa de León que lo vitoreaba como si fuera una superestrella.

—Ey, Ray, ¿pudiste despegar la nariz de los libros para poder venir a mi cumpleaños? es todo un honor... —Dijo John, levantándose con dificultad para luego engancharse en sus hombros.

Negué con la cabeza al mismo tiempo que llevé mi vaso de cerveza a los labios. Ya me veía

cargándolo hasta llegar a nuestra residencia.

—Y tú no pierdes el tiempo... con apenas horas de tener los dieciocho y ya te emborrachas en un bar —contestó Murray haciéndonos reír.

John sacó la lengua, pareciendo un crío de dos años. Me daba tremenda lástima a veces. Era un chico joven, con energía, positivismo y una mente brillante. Aunque ese cerebro no lo usara nunca para lo que realmente tenía que hacerlo.

—¿Viste las chicas del fondo? —me preguntó León, mirando a las susodichas de reojo.

Tenía los ojos brillantes y las mejillas rojas gracias al alcohol. Me vi girando hacia donde él me señalaba e hice una mueca cuando me pillaron mirándolas descaradamente.

—Joder, pero no mires así. Las vas a espantar —se quejó resoplando y bebiendo de nuevo hasta acabar su jarra.

—Son españolas, las he oído hablar —le informé, provocando una sonrisa de su parte.

—Sostenme esto, es hora de cazar dos buenos pares de jamones ibéricos, ¡olé! —dijo en español, dejándome la jarra en las manos y peinándose el cabello con las manos antes de ir en busca de las chicas.

Con curiosidad, me llevé casi cinco minutos viendo a León hacer su magia. Las chicas reían encantadas, incluso una de ellas, le tocó el brazo supuse para comprobar que el tío se pasaba las horas haciendo ejercicio.

—¿Crees que se las follará a las dos? —la pregunta de Chad me hizo pestañear y dejar de observarlos.

—Seguro... es el único que he conocido con la facilidad de llevarse a más de una a la cama y a la vez. No sé cómo mierda lo hace.

—Tú podrías si dejaras a esa chalada con la que estás.

Lo miré con la mandíbula apretada del coraje. Odiaba que se metieran con Emily o con mi relación. Aunque luego supe que debía haberles hecho caso a todo lo que decían mucho antes. Me hubiera ahorrado todo lo que aconteció.

—No te voy a consentir que la llames así —lo miré con toda la rabia que pude reunir, haciendo que frunciera el ceño y alzara las manos a modo de rendición.

Al cabo de un rato, en los que me dediqué a mensajearme con mi novia, la cual estaba bastante molesta, decidimos sentarnos en una mesa. León nos acompañó a regañadientes unos minutos después, diciéndoles algo en español a las chicas, lo que provocó que rieran.

—Si te sobra una, ya sabes, me la pasas —murmuró Chad arrastrando las palabras.

León se sentó a su lado y se acercó a su oído para susurrarle algo que lo hizo carcajear y ponerse contento. Resoplé. Lo más seguro es que hicieran una jodida orgía, como si los viera. Malditos putos...

—Bueno, ahora que estamos todos juntos quiero haceros una propuesta —dijo Lauren, haciendo que dejaran la alegría para otro momento.

Por un segundo les tuve envidia. Echaba de menos relacionarme con las mujeres, charlar con ellas, no solo con la mujer que no paraba de llamarme y mandarme mensajes para que le enviara fotos de donde estaba. Suspiré en derrota, diciéndome que no merecía la pena quejarme por eso. Me quería, no tenía ninguna duda, por lo menos en ese momento.

Lauren empezó a contar acerca de un proyecto que tenía entre manos.

North Group se llamaría. La cabeza me daba vueltas, debatiéndome entre alegrarme, brindar, celebrarlo y pensando qué diría Emily al respecto.

Entonces tuve claro una cosa. Seguiría adelante estuviese ella de acuerdo o no aunque luego sufriera las consecuencias.

UNO

«Hasta que la muerte nos separe, ¿recuerdas, mi amor?»

Parece sacado de una jodida película de terror. No quise hacerle caso a nadie cuando me advirtieron de lo loca que estaba la mujer con la que me iba a casar. Incluso di por hecho que sus acciones, reproches y celos, se debían a mera inseguridad o me quería tanto que no concebía compartirme con nadie. Luego llegaron las preguntas, las acusaciones, el acoso y lo que más miedo me daba: las amenazas. No solo hacia mi persona, sino las que atentaba contra su propia vida.

Froto mi rostro en un vano intento de despejar así mi cabeza de tantos pensamientos funestos. No debe ser sano estar continuamente pensando que por mi culpa esa mujer, a la que tanto amé, se suicide. Ya ni recuerdo cuantas han sido las veces que me lo ha dicho llorando a lágrima viva. Ya sea por teléfono o en persona.

Por puro masoquismo, abro el cajón de mi escritorio y miro con nostalgia la fotografía que nos tomamos hace aproximadamente dos años en la casa de los Hamptons. Ella sonreía montada a mi espalda y yo la miraba por encima de mi hombro embelesado por su belleza. Emily es hermosa. De pelo rubio, larguísimo, que casi siempre llevaba en una cola de caballo excepto aquel día. Acaricio, sin poder remediarlo, la imagen de sus manos. Sus uñas pintadas del mismo color que su bikini rojo. Cómo me gustaría volver a aquel día, donde por arte de magia, se convirtió en una persona diferente. Ya fuera porque estábamos lejos de casa o solos en esta. Donde según ella, no había ninguna distracción cerca.

Mis amigos eran distracción, las mujeres que paseaban por la calle, trabajaban en la empresa o simplemente esperaban a ser atendidas en una cafetería, también lo eran; las reuniones importantes, las llamadas, el puñetero trabajo. Todo el mundo, todo lo que yo hacía para ganarme la vida y llenar la de ella de lujos, eran distracciones y podía hacer que dejase de amarla.

Una risa amarga brota de mis labios antes de cerrar el cajón más fuerte de la cuenta, provocando un fuerte ruido. Me levanto de la silla notando mi labio inferior temblar de la rabia y miro a través del ventanal en busca de una enésima solución.

«No te dejaré en paz si no pones remedio» Las palabras de León resuenan una y otra y otra vez como si fuese lo único que tuviera cavidad ahora mismo en mi mente.

¿Pero qué cojones hago?

Esa es la pregunta que más formulo tanto en voz alta como en pensamiento. ¿Cómo hago para que me deje vivir, respirar? ¿Qué solución puede haber cuando ya he intentado hasta denunciarla? Pero como ya se viene sabiendo, la ley parece amparar más a la mujer que al hombre en estos casos.

Alguien toca a la puerta y carraspeo, llevándome el dedo índice al rabillo de mi ojo quitando así la maldita lágrima que creí extinta de tanto que he llorado por su culpa. La voz de Murray me hace girar para mirarlo.

Está contento, con una sonrisa indeleble en su rostro y todo es debido a su Ceci como él la llama. A Dios gracias por haberla puesto en nuestros caminos, no sé qué hubiéramos hecho sin su deliciosa comida del catering en los numerosos eventos. También nos privó de ver a Murray babeando por los rincones, gracias al cielo.

—¿Te tragaste un unicornio? ¿O es que por fin has podido comprobar que el sexo anal no es tan malo como parecía? —Intento hacer la broma, sin que se me note demasiado lo podrido que estoy por dentro.

Mi traje negro impoluto, mi camisa blanca recién salida de la tintorería y mis zapatos lustrosos brillando como si fueran espejos, hacen que nadie se dé cuenta de lo sucio y asqueado

que me siento.

Murray ríe y niega con la cabeza un poco ruborizado. Eso me hace lanzar una carcajada al aire que agradezco como un vaso de agua en pleno desierto.

—No, vengo a decirte si vienes a por algo para desayunar.

Frunzo el ceño ante su invitación. Es raro que alguno de nosotros salgamos a comprar nada una vez estamos trabajando. Para eso tenemos a los secretarios y a montón de personal que se encarga de eso.

—¿Qué le hiciste a Ferrán? No me digas que cogió baja por sobreexplotación —le digo con una sonrisa ladeada.

—¿Estás muy gracioso hoy, no? —pregunta entrecerrando los ojos—, simplemente me apetece charlar, León, Lauren, Chad y el tonto de John están reunidos con un cliente. Me dijeron que tú estabas libre como un pajarillo ahora en la mañana.

—Claro, dame unos segundos y nos vemos en recepción. Tengo que arreglar un asunto pendiente.

—Treinta segundos, Tomas —advierde señalándome, cerrando la puerta tras de sí con un tarareo.

Suspiro una vez la soledad me envuelve nuevamente, agarrando el teléfono y leyendo por tercera vez el mensaje que Emily me ha escrito hace escasos quince minutos. Mis dedos se posicionan en el teclado y escribo para luego a borrar así hasta que harto de mi cobardía, le doy a enviar.

«No hagas esto más difícil, Emi. No te quiero, acéptalo, Te encargaste de matar mi amor por ti hace muchísimo tiempo. Cuanto antes lo aceptes, más pronto se acabará todo el sufrimiento»

Me arrepiento en cuanto le llega. Pero es que no sé qué demonios hacer para que me deje tranquilo, ¿es mucho pedir? Dejo el teléfono en la mesa, sin ganas de ver ningún mensaje más y verificando que llevo mi cartera, salgo del despacho escuchando la vibración del aparato sobre el cristal.

—Que te den, Emily.

En la recepción veo a Murray sonreír como un imbécil mientras habla con alguien por teléfono. No hay que ser muy listo para saber con quién, solo hay que ver cómo se le ilumina el rostro. La misma luminosidad, alegría y entusiasmo que alguna vez tuve yo. En cuanto estoy a su lado, se despide con un «Te amo» que me estruja el corazón y las entrañas por la maldita envidia. Lejos de huir despavorido, yo ansío encontrar a una persona a la cual amar y que me ame sanamente. Lo malo es que por mucho que lo intento, no me lo permite.

—Tomas, ¿ocurre algo? Si no quieres venir, no pasa nada, solo...

—Ya te dije que sí, es solo algunos temas que tengo que resolver.

Me tendrían que dar un premio de la evasiva, por malo, porque siempre digo la misma pueril excusa cuando no quiero hablar del tema. Odio que me den consejos, odio que me digan lo que tengo o no que hacer como si yo no lo hubiese intentado todo. Estoy destinado a llevar mi cruz a cuestas, a no ser feliz a menos que Emily deje de acosarme.

—Si es con Emily, ya te dije que podemos hacer algo para que la metan en la jodida cárcel.

—Con dinero no se compra todo, Murray,

Y él lo sabe. Lo hemos intentado todo, por activa y por pasiva. Solo hemos conseguido algo de tiempo, luego vuelve con más fuerza todavía.

El huracán, la llama John. Arrasa por donde pasa.

—Creo que Cecilia está embarazada —suelta de sopetón cuando salimos del edificio.

Paro en seco en mitad de la acera con una sonrisa gigante adornando mi cara, la de él se ensancha y me deja abrazarlo para darle la enhorabuena.

—¡Enhorabuena, hombre!

—Aún no lo sé, está muy rara, duerme mucho, la he escuchado vomitar en las noches y siempre anda cansada. Ella no quiere hacerse la prueba por si da negativo, no sea más que un virus estomacal —relata poniendo los ojos en blanco.

Río ante las ocurrencias de esa mujer, aunque no la culpo en absoluto.

Llevan mucho tiempo queriendo ser papás y aunque su perra les tenga entretenidos, no es lo mismo. En mi caso, nunca quise ser padre. No con Emily. Apenas me di cuenta de que, ese detalle, significaba que no era feliz con ella.

Doy un paso para seguir la marcha cuando alguien me empuja trastabillando con mis pies. Entonces noto algo caliente mojar me la camisa y los pantalones. Ahogo un jadeo buscando al artífice del estropicio mientras intento separar la tela hirviendo de mi piel. Se trata de una mujer. Su pelo castaño oscuro demasiado largo, le tapa casi toda la cara, no obstante, puedo entrever cómo me mira con horror tras lo que ha causado.

—¿Es que no miras por dónde vas? —le espeto lo más calmado que puedo, sin dejar de apretar los dientes por lo caliente que me siento.

—Dios mío, ¡lo siento! —Levanta las manos pasándolas por mi torso y volviendo a pegar la tela hirviendo, haciéndome lanzar un juramento —Ay, joder, llego tarde. Juro que te lo pagaré —dice atropelladamente, antes de salir corriendo, dejándome anonadado.

—¿Qué cojones ha sido eso?

— *Eso*, ha sido una loca que ha destrozado mi camisa y traje nuevos que encima cree que puede pagar... como si un William Fioravanti de veintidós mil dólares fuera tan fácil de costear, ¡joder! —vocifero fuera de mí, quitándome la chaqueta, tirándola al suelo provocando miradas indiscretas de los viandantes.

Me quedo mirando hacia la dirección donde se ha ido la maldita mujer correteando como una muñeca subida a esos ridículos tacones negros.

«Ojalá se...» muerdo mi labio inferior cuando reparo en mis pensamientos. Jamás he perdido la cabeza de esta manera, tampoco he querido hacerle mal a nadie y menos a una mujer, pero joder, estoy harto de que todo me salga tan mal.

Gracias a la poca brisa que corre, el café se enfría rápido, permitiendo que me yerga sin miedo a quemarme el pecho. La camisa, ahora teñida de marrón, se adhiere a mi piel y maldigo. «Piensa en otra cosa, Tomas» me digo a mí mismo, cerrando los ojos y suspirando. Crujo mi cuello, vuelvo a coger aire, alzo las manos bajándolas a continuación y hago los ejercicios que me enseñó mi entrenador personal para relajarme.

—El dinero no lo es todo, Tomas... —dice en el mismo tono que empleé antes, cambiando el significado de la frase a su antojo.

Me giro al notar cómo se está aguantando la risa inútilmente. Me acerco a él dándole una palmada en la nuca, descargando la tensión que resiste en mi sistema.

—Voy a casa a cambiarme, solo espero que el traje quede como nuevo, sino seré yo mismo el que la haga pagarlo aún sea haciéndome de esclava.

—Joder, cómo te pasas... —dice Murray ahora sí riéndose a carcajadas y alejándose para que no volviera a golpearlo.

Maldigo para mis adentros a la vez que cojo la chaqueta del suelo, sacudiéndola como si así hiciera desaparecer la mancha y la suciedad. Con paso decidido, camino de vuelta a North Group, obviando las caras de mis empleados. Bajo al sótano, deshaciéndome de la camisa y entro en mi

coche, dejando ambas prendas sucias en la alfombrilla. Pongo rumbo a casa, esperando que Dios me dé una tregua para que el resto del día no sea tan desastroso como ha empezado.

DOS

El hombre de la tintorería me ha prometido que quedaría como nuevo, es lo único que me hace suspirar de alivio obviando el día tan jodidamente horrible que tuve ayer y parte de esta mañana. Entonces me recrimino por ser tan materialista. Antes no tenía ni para comer y era feliz, sin embargo ahora que lo tengo todo, pareciera que necesito más todavía.

Chad y Murray me acompañan a la reunión con uno de nuestros mejores clientes. Solemos hacer dichas charlas en North Group, no obstante, él decidió que sería buena idea hablar mientras almorzamos en uno de los mejores restaurantes de Nueva York, más concretamente en el Trinity Palace, en la ciento quince con Brodway.

Es la quinta o sexta vez que vengo. El restaurante no es gran cosa desde fuera, sin embargo, por dentro es como viajar en el tiempo. El chofer orilla en la acera frente a la puerta, Murray está al teléfono y Chad relame sus dedos tras haberse comido el cuarto bombón de chocolate blanco. Sonríe ante lo dispares que somos y aun así, no cagamos sin decírselo al otro, metafóricamente hablando.

—Jessica, no quiero discutir de nuevo —dice Ray, masajéandose las sienes, antes de colgar a su hermanita.

El año pasado nos dio un buen susto, dándose a la fuga un rato después de casarse con el que era su novio. La verdad no hablamos mucho del tema, por algún motivo, se ha convertido en algo tabú entre todos nosotros. Salgo del coche, ajustando el gemelo derecho de la chaqueta.

Amo ir en traje, pero hay veces en las que echo de menos vestir informal.

Siendo el domingo el único día que me lo puedo permitir.

Ray es el que abre la puerta del restaurante, los comensales charlan animadamente, mientras que el hilo musical ameniza la comida. Al fondo se encuentra la réplica de una puerta acorazada, dando paso al salón principal. Las mesan se visten con finos e impecables manteles blancos, las sillas del mismo color que las robustas vigas de madera oscura que decoran los techos altos. No hay demasiada gente, como las otras veces que vine. Ejecutivos en su mayoría y algún que otro comensal. Todo muy americano, como hubiera dicho mi hermano.

Pensar en él hace que una mueca se instale en mi boca. Da igual el tiempo que pase, siempre va a doler. Entonces recuerdo que hace días que no sé nada de Mason. Seguramente esté en uno de sus viajes por el mundo, sin tener tiempo de llamar a su hermano mayor.

El metre nos guía hacia la mesa reservada, el cliente ya está sentado en ella junto a su secretario.

—Tiene cara de perro —bromea Chad, caminando a mi lado.

Aguanto la risa y saludo al señor Flaguerti que se levanta de la silla para recibirnos con un apretón de manos. Pide al camarero una botella de sauvignon blanc, con su marcado acento italiano, supongo que no está permitido firmar el contrato con agua. Tras pedir de entrante ensalada cesar y de segundo Risotto de pato, especialidad de la casa, saco la carpeta con el contrato y el margen de ventas. Flaguerti es más fácil de convencer de lo que aparentaba previamente. La charla muta tras la segunda botella de vino. El negocio está cerrado, North Group vuelve a triunfar y con uno de los hombres más adinerados de Italia.

—Si me disculpan, tengo que ir al aseo —digo cuando necesito refrescarme.

No estoy acostumbrado a beber vino, soy más de una buena cerveza espumosa y helada, por lo que si no paro ya, me veré demasiado perjudicado tan temprano. Me dirijo a los baños, disculpándome con un mesero que está frente a mí y así me deje pasar. Pero entonces alguien se

levanta de su silla, la bandeja llena de copas de vino tinto caen encima de mí, manchándome la camisa y parte del pantalón. Cierro los ojos, intentando contar hasta diez y no explotar, cuando los abro, no puedo creerlo. La hubiera reconocido entre millones de mujeres, es la misma que me tiró el café.

Sus manos vuelan a su boca, no sé si en reconocimiento o porque de verdad se arrepiente de lo que ha propiciado. Ya van dos veces en las que mis trajes sufren las consecuencias de su poca delicadeza. No puedo dejar de observar su cara, no sé muy bien la razón, es más hermosa de lo que recordaba.

—Lo siento mucho —dice a punto de llorar, antes de agarrar su bolso y dirigirse hacia la salida.

Su pelo castaño oscuro, con imperceptibles rayitos color caoba, se balancea suelto y su perfume queda por unos segundos en el lugar en donde me encuentro. El sonido de sus tacones a juego con su vestido burdeos se extingue una vez sale por las puertas.

El comensal que estaba con ella en la mesa se levanta, se disculpa y corre tras ella. No sé muy bien si es que estaban peleando o lloraba por su increíble torpeza. Sea lo que sea, me deja pensativo por un buen rato mientras que intento sin éxito limpiar el estropicio en mi ropa. La imagen de sus ojos brillantes por las lágrimas, aparece en mi mente sin ser invitada. Es una torpe, pero eso no tiene que ser razón para llorar. Seguro el tipo con el que estaba...

—Para de una jodida vez de querer ser Dios, ¡maldita sea! —me reprendo en voz baja, desistiendo en la labor de hacer desaparecer la mancha.

Ray se levanta cuando llego, señalando hacia la salida antes de hablar.

—Vi salir a la loca esa que te tiró el café —dice divertido antes de señalar mi camisa—. No... dime que no lo hizo de nuevo.

Se tapa la boca para aguantar la risa, el cliente está demasiado ocupado charlando animadamente con Chad, que conociéndolo, estará contándole un chiste tras otro, como para darse cuenta del incidente. Resoplo y aprieto las manos en mi costado, por no darle una bofetada al gracioso de mi amigo. Tras una media hora, los chicos y yo nos vamos. La jornada laboral termina para mí en cuanto dejamos el restaurante.

«La tintorería se hará rica a mi costa a este paso» Pienso, dándome una enésima ojeada.

En cuanto llego a mi casa, suelto las llaves del coche en la mesita del recibidor. Mi viejo gato Lucas, me saluda con un bufido en cuando paso junto a él. No nos caemos especialmente bien, él me odia, yo lo odio a él.

Pero desde que mi hermano murió, quedó huérfano, siendo yo el responsable de su cuidado. Abro la despensa, sacando una lata de comida gourmet, vaciándola completa en su comedero. Tras un nuevo gruñido, quiero pensar de agradecimiento, se pone a comer poniéndolo todo perdido por su falta de dentadura.

—Bicho inmundo... tendrías que estar feliz, antes no comías lo que comes ahora gracias a mí —le recrimino antes de salir de la cocina y dirigirme a mi habitación.

Necesito una ducha y a Beatriz urgentemente. Una holandesa que conocí hace años, la cual se ha convertido en una buena vía de escape.

Aunque también podría considerar llamar a Ginebra. Amo su cabello caoba y sus impresionantes ojos verdes.

Con la toalla alrededor de mi cintura y el pelo goteando todavía de la ducha, llamo a Gin que descuelga al segundo tono. Su voz dulce inunda el auricular y sonrío. A las ocho de la noche estaría esperando a mi chofer en la puerta de su apartamento para llevarla al hotel. Lo que menos quiero es levantar sospechas. Como si yo no fuera más que un vulgar delincuente.

Pero es eso, o que Emily se entere y... cometa una locura.

Una media hora antes, llego al hotel, dándole indicaciones a Vinchenso, para que recoja a Ginebra. Me dirijo a la mesa de recepción, cruzando el bonito vestíbulo Art Decó, con lámparas de ónix pendiendo de los altos techos y apreciando el agradable hilo musical. Soy un friki en ese sentido.

El chico uniformado me reconoce al instante. Parece principiante, por la manera que le tiemblan las manos cuando le pido la habitación, pero luego me doy cuenta que es por mi presencia. No soy un jodido actor famoso ni un cantante, para que la gente me trate como una puta celebridad. No obstante, lo entiendo. No todos los días eres portada junto con tus socios, en FORBES.

—Suite doscientos tres, señor.

Me entrega la tarjeta, después de pagar por ella un cojonal de dólares.

Sin embargo, la noche los vale con creces. O por lo menos eso espero.

Miro de un lado a otro, antes de entrar en el ascensor. Soy un jodido paranoico desde que las amenazas de mi querida exmujer, ya no lo fueron más. Pasó a la acción y de qué manera. El caso es que no quería hacerle daño, no quería verla encerrada entre rejas. Por muy imbécil que me convierta eso.

Me coloco en el fondo del cubículo cuando entra una pareja de avanzada edad. El habitáculo avanza hacia arriba con suavidad y a los pocos segundos se para en el piso donde se bajan, quedándome solo. Mi teléfono vibra por segunda vez. La primera fue cuando salí de casa y por miedo a encontrarme otro mensaje que me arruine la noche, decido dejarlo pasar.

La habitación es preciosa. La cama con sábanas, colcha y cojines blancos, da la sensación de esponjosidad que me hace querer tirarme en plancha como si fuera un niño. Sonríe cuando un recuerdo se me viene a la cabeza. Cuando toda la miseria acabó, cuando pude sacar a mi familia del agujero en el que estaba, gracias a mis tres trabajos en aquella época.

El rostro de mis hermanos cuando vieron una cama de verdad. Con colchón, con sábanas limpias. Fue todo una verdadera locura. Lástima que las cosas no cambiaron como yo hubiese querido.

El champan está listo, galletitas dulces y fresas con nata para hacer de la noche algo más especial, listo también. Mi móvil vuelve a sonar y cayendo en la tentación, lo agarro de encima de la mesa.

«Por mucho que me ignores, no conseguirás que te deje en paz», «Contéstame o soy capaz de cualquier cosa, Tomas», «¡Llámame!»

Y como idiota que soy, pulso sobre su nombre, la voz acongojada de Emily hace que mi corazón se acelere y me tiemblen las manos.

—Me has estado ignorando todo el día, Tomas... ¿Así quieres que esto se arregle?

Sus palabras me hacen fruncir el ceño.

—Emily, no quiero arreglar una mierda contigo. Estoy cansado de decirte que me dejes en paz, tienes todo lo que quieres, ya no nos une nada —intento controlar inútilmente la rabia que sale a borbotones de mis labios.

Cojo aire, lo expulso para tranquilizarme, de un trago me bebo la copa de champan y la escucho reír al otro lado. El llanto parece ser que se le ha evaporado de golpe.

—Nos unen más cosas de las que crees, mi amor.

La llamada se corta en cuanto deja caer esa afirmación envuelta de veneno. Es una maldita psicópata. Entonces me doy cuenta de lo idiota que soy por no zanjar el tema de una vez por todas. Tuve que hacerlo en cuanto vi mi oficina en llamas. Tuve que hacerlo en cuanto recibí el primer

mensaje amenazándome o chantajeándome.

Le había dado los mejores años de mi vida, miles de dólares, qué digo miles, casi un millón y medio si mis cálculos no fallan. Aun así, parece ser que no es suficiente para Emily Berry Laufer...

TRES

A un minuto de la hora acordada, el toque en la puerta me hace saber que Ginebra está al otro lado. Sonrío y me miro en el reflejo de la ventana, atusándome un poco el cabello y parecer que no he estado devanándome los sesos por eternos minutos. Emily queda en un plano aparte cuando abro y la veo. Con un modelito con el que estoy ya acostumbrado verlo en ella, sonrío coqueta y me saluda con un suave beso en la mejilla.

—Estás preciosa —le digo apreciando la redondez de su trasero envuelto en el cuero negro de su pantalón ajustado.

—Gracias, tú estás igual de guapo que siempre —responde, dejando el bolso en la mesilla, donde agarra una fresa, la hunde en la nata y la muerde —. Me ha sorprendido tu llamada, hace tiempo no nos veíamos.

Lamiendo sus labios coqueta, se acerca y enreda sus brazos en torno a mi cuello, jugueteando con mi cabello a la altura de la nuca. Beso sus labios, cuando un resquicio de nata adorna el inferior, arrancándole un hermoso gemido. No necesito de charla, no cuando quiero desesperadamente arrancarme los pensamientos de cuajo. Sin embargo, ella parece querer llevarlo todo demasiado lento, puedo con eso, mientras que me deje manosearla y besarla, manteniendo mi mente ocupada.

—¿No puedo echarte de menos? —pregunto cuando agarra mi rostro y lo saca a la fuerza de su escote donde me he dedicado a lamer su piel.

—Claro que sí, pero eso sería mentira, y es impropio de ti.

Resoplo molesto y me siento en la cama. Por un momento olvidé que Ginebra es demasiado preguntona. Me arrepiento de no haber llamado a Beatriz, ella sí que se deja de tonterías y me baja los pantalones de una.

Sin embargo, estoy cansado del cabello rubio, deseo enredarme hebras marrones entre los dedos.

—Si no querías venir, haber dicho que no —le digo, llevando mi mano al pelo, desordenándolo y peinándolo otra vez.

Estoy hasta las narices de dar explicaciones. Necesito un puto suspiro, ¿es tanto pedir?

—Tienes razón, no debería haber dicho nada.

Se sienta encima de mí a horcajadas, acercando sus labios a mi boca para besarme. «Por fin» pienso apretando su culo, acercándola a mi entrepierna hinchida. Con dedos ágiles desabotona mi camisa hasta sacármela, su boca aterriza en mi cuello y cierro los ojos suspirando. Me arrepiento en cuanto lo hago, es cerrarlos y mis pesadillas aparecen.

De un movimiento la hago aterrizar en la cama, arrancándole un grito de sorpresa. La beso con fuerza, sin dejar de mirarla a los ojos, sus pupilas están dilatadas, la siento deseosa de mí y eso me aviva. Gime cuando adelanto mi pelvis, todavía con la ropa puesta. Estoy malditamente duro y juraría que ella está igual de necesitada. Puedo apostar toda mi jodida fortuna a que mis dedos entrarían en su coño sin ninguna dificultad.

Ginebra lleva sus manos a mi trasero, haciendo que nuestras entrepiernas se aprieten más, le encanta duro, fuerte, haciéndole daño en el proceso para después resarcirme con besos y caricias lánguidas.

Con diligencia, sus dedos desabotonan mi camisa, dejándome el torso desnudo para

marcármelo con el carmín de sus labios. Su cabello se enreda entre mis dedos y lo llevo a mi nariz, aspirando, aguantando la respiración con el rico olor volviéndome loco. Puedo decir que tengo un pequeño fetiche con el cabello. Tiene que estar limpio, generalmente con olores florales. Los colores oscuros me apasionan, aunque también disfruto del rubio para descubrir si realmente es natural.

Ginebra me muerde el pezón derecho, hago una mueca con la boca por el dolor, para luego jadear de placer, por la lamida que me da justo después. Me coloco de rodillas en el colchón y mientras me quito la camisa, tirándola de cualquier manera al suelo, observo las marcas de su pintalabios en mi piel morena.

El bulto que se adivina en mis pantalones se ve tan doloroso como se siente, por lo que procedo a desabrochármelos y sacármelos junto con los calzoncillos. Ginebra está sobre mí en cuanto me quedo desnudo frente a ella. Besa mi cuello, las uñas de su mano izquierda araña mi pecho y con la derecha agarra mi erección con fuerza. Deslizándola de arriba abajo, ayudándose de la lubricación que encuentra en mi glande.

—Yo sí que te he echado de menos... —susurra mirándome coqueta, posicionándose de rodillas como yo y provocándome con sus movimientos.

Se desnuda ante mí con tranquilidad, descubriendo, piel y encaje, haciendo que me muerda el labio inferior, aguantándome las ganas de tirarme sobre ella y morderla en su lugar. Pero no. Amo quedarme a la espera, expectante, observando todo lo que tengo a mi disposición y cuando ya la tenga lista, atacar sin piedad.

Ginebra agarra mi mano, llevándola a su entrepierna, todavía cubierta por su tanga negro. La humedad me moja las yemas de los dedos y sin poder remediarlo, los llevo a mi boca para lamerlos y probarla.

—Deliciosa —digo empujándola, posicionándome sobre ella, y ahora sí, colocándome en su entrada.

Jugueteo con los labios de su sexo una vez hago a un lado su ropa interior. Sus jugos facilitan que me deslice desde su clítoris a su entrada, tanteándola, aunque sepa de sobra donde tengo que meterla sin siquiera mirar. Agarro el preservativo que esta junto a su cabeza, rasgo el envoltorio y con premura lo deslizo sobre mí. No quiero ni respirar, por no perder el tiempo.

Desde que recibo amenazas, no he podido tener una vida sexual plenamente tranquila. Todo es a la prisa y aunque los polvos exprés, están bien, echo de menos tomarme mi jodido tiempo.

Mi problema es que pienso demasiado las cosas.

De un certero empujón, su calor me envuelve y aprieta. Ginebra jadea, aguantándose de gritar. Otra cosa que olvidé. Amo escuchar los gritos femeninos, los gemidos frustrados. Aunque Gin satisface mucha de mis fantasías, como también Beatriz o Carlota, no he podido encontrar a la que me reviente los sesos y me deje lo suficientemente consciente para verlo.

Paso mis brazos por su espalda y ayudándome del apoyo que me da el agarrarme de sus hombros, me la follo con rudeza. Mordisqueo sus labios, mi pelvis golpea hosco para luego retroceder despacio y vuelta a empezar.

La piel de Ginebra está erizada, cálida y preciosamente sonrojada. Mi bajo vientre se aprieta con el placer tan grande que me recorre de pies a cabeza.

Mis ojos, por inercia se cierran, vuelvo a abrirlos cuando la cara de Emily aparece sin ser llamada.

—¡Joder! —maldigo en coraje, golpeando más violentamente en su interior.

Ginebra grita, se arquea, sus dedos reptan entre nuestros cuerpos para así masajearse el clítoris. Sabiendo que esto va a llegar a su fin en breve.

Tengo tanta mierda metida en la cabeza que ni esto puedo disfrutar al cien por cien. Y me pone malditamente enfermo.

Cogiéndola de las caderas la levanto hasta colocarla sentada y yo de rodillas, sin dejar su interior. Tan acogedor y caliente que a punto estoy de correrme con el cambio de posición. Ginebra serpentea sobre mí, colocando sus pies sobre el colchón, cabalgándome como toda una experta.

No me mira por lo que tengo que agarrar su barbilla para obligarla. Me encanta ver el placer en los ojos de una mujer. Verme reflejado en ellos.

Saber que la satisfago en todos los sentidos aunque no sea por mucho tiempo. Me dejo caer un poco hacia atrás, colocando mis palmas en el colchón a mi espalda, viendo cómo baja y sube sobre mí. Gin cierra los ojos, tiembla, su labio inferior entra y sale de su boca. Adelanto mi pelvis, encontrándome con sus acometidas y cuando veo que lloriquea y se tensa por el orgasmo, la sujeto de las caderas y me empalo con fuerza. Casi rompiéndola en el proceso. Las contracciones de su coño me llevan al punto de no retorno. Mi bajo vientre se aprieta junto con un escalofrío que me recorre la espalda.

Caemos agotados, uno junto al otro, hasta que la incomodidad del ambiente, hace que Ginebra se levante y empiece a vestirse. Como siempre, mientras ella se asea en el baño, yo me pongo la ropa, me despido con un nos vemos pronto y salgo de la habitación y del hotel, solo. Como si hubiese tenido una cena de trabajo en el restaurante de uno de los tantos hoteles lujosos de la ciudad.

Vinchenso me abre la puerta del coche en cuanto arribo a la acera, el interior del vehículo está fresco, cosa que agradezco. Abro una botella de agua que cojo de la pequeña nevera y bebo con desesperación. El olor a sexo me envuelve, seguramente mis dedos aún huelan al coño de Ginebra.

Con coraje saco el teléfono una vez vibra en el bolsillo. El nombre de Emily titila en la pantalla.

Al cruzar la puerta de casa una segunda vez en el día, me deshago de mi ropa, me doy otra ducha y me acuesto sin cenar nada. No he leído el mensaje, tampoco me apetece hacerlo. «Tenía que haberla bloqueado hace mucho tiempo» pienso. Sin embargo, eso no hubiera cambiado mucho.

Prefiero que me tenga comunicado a que se presente en mi trabajo o en mi casa como acostumbraba hacer, antes que la amenazase con denunciarla.

Las cortinas de tul blanco danzan a la brisa que entra por el balcón abierto. Desde las pesadillas, acostumbro a dormir con el ruido de la ciudad, lo que me hace conciliar el sueño. No obstante, las pesadillas siguen apareciendo día tras día.

Cierro los ojos, mi cuerpo se relaja, empiezo a pensar en lo que sea que me haga dormir bien. Mañana tenemos comida en casa de Murray, veré a Cecilia y a su perrita. Disfrutaré de buena comida y cervezas. ¿Qué más se podía pedir? Entonces siento cómo las imágenes se difuminan. Cabello rubio con mechuras un tono más oscuro. Labios brillantes, el inferior más fino que el superior. Sus ojos... iris verdes cubiertos de lágrimas contenidas. El filo de un cuchillo, hilos de sangre deslizándose a cámara lenta por su garganta.

Ahogo un jadeo cuando abro los ojos, irguiéndome hasta ponerme sentado y así recuperar el aliento. La misma escena cada noche, su sangre manchando su piel perfecta. Mi nombre brotando de su boca, antes de acabar con su vida. Y no puedo evitar sentirme culpable.

CUATRO

Me decanto por un simple pantalón vaquero y una camiseta blanca de mangas cortas. Es de los pocos días que puedo vestir como una persona normal y no como un jodido empresario forrado de

billetes. Entonces recuerdo que a Emily le encantaba verme de traje. Me decía que le parecía súper sexy y la mayoría de las veces, cuando no estábamos discutiendo, acabábamos follando como locos en cualquier sitio de la casa o en mi oficina. Niego con la cabeza al recordarlo y por otro lado, echarlo de menos. No a ella. Hace demasiado tiempo que pasé esa etapa. Emi se convirtió en algo repulsivo mediante pasaba el tiempo. Cuanto más dinero ganaba, más ambiciosa e insoportable se volvía. Cosa que no ha dejado de ser. Pero sí echaba mucho en falta el cariño hacia la persona con la que compartes tu vida, tu tiempo libre. Las caricias en las mañanas. Incluso las pequeñas discusiones.

Hago una mueca al ver de nuevo el correo de mi banco, donde me indica que la transferencia de diez mil dólares ha sido llevada a cabo satisfactoriamente. Con el nombre Emily Berry Laufer como destinatario de confianza. No sé si es para ponerse más tetas o una jodida cara nueva.

Sea lo que sea, tiene que acabarse para mi salud mental y física. El sonido de mi teléfono me avisa de una llamada entrante. Su nombre me hace burlas desde la pantalla, mientras me anudo los cordones de las deportivas.

Descuelgo sin siquiera saludar.

—Gracias por el regalo, tesoro. Nos vemos pronto.

—¿Que...?

Pero antes de que pueda formular la pregunta completa, la llamada se corta. Gruño de coraje y lanzo el móvil a la cama, queriéndolo estampar contra la pared en su lugar. Dios quiera que no se presente en ningún lugar para verme. Hace un año que no nos vemos y quiero que siga así para siempre. Tampoco es que me vaya a convertir de nuevo en ese jodido sumiso que bebía los vientos por ella. Me veo lo suficientemente capaz de verla y no moverse un músculo. Sin embargo, le tengo miedo a los recuerdos que vayan a embargarme una vez la mire a los ojos. Terribles ojos azules, fríos como témpanos de hielo.

De nuevo suena mi móvil, esta vez con la canción livin on a prayer de Bon Jovi. El maldito friki de Murray me la puso de tono para cuando me llamaran cualquiera de ellos. Por su culpa también caí en la tentación de ponerle a Emily la de Numb, de Linkin Park. Desde entonces sé quién me llama, dependiendo del tono que suene mi teléfono.

—¿Tanto se me echa de menos? —pregunto con humor, haciendo que Murray ría al otro lado.

—Por mí como si te vas a vivir al infierno...—Bromea haciéndome soltar una carcajada—, pero Cecilia me ha preguntado por ti, ya solo faltáis Lauren y tú.

—Dame unos veinte minutos y estaré allí. No sé la prisa, como si tuviera algo que decirnos.

Mi tono de voz da a entender que algo hay tras tanta insistencia y por el resoplido de Ray, me hace saber que tampoco tiene idea.

—No lo sé, Tomas. Solo está rarísima desde ayer. Tengo una ligera sospecha, como ya te conté hace días, pero no quiero precipitarme.

Sé exactamente a qué sospecha se refiere. Venimos hablando del tema por varias semanas y ambos estamos de acuerdo en que la rubia está más rara de lo normal. Ya sea por los intentos de embarazo frustrados o...

—¿Y su hermano? —me atrevo a preguntar.

—Ese hijo de puta sigue estando en la cárcel y espero que por mucho tiempo más. No creo que sea por nada de eso.

Asiento aunque él no pueda verme y agarro una sudadera por si más tarde refresca. «Nunca te fies del tiempo ni de las mujeres» Como siempre decía mi padre. Una punzada de morriña aprieta mi pecho. Cuelgo a Murray diciéndole que estaría allí enseguida. Tengo que poner mi mierda en orden antes de estar rodeado de gente, por muy mejores amigos que sean. Me gusta sentirme

arropado por ellos, saber que los tengo ahí pase lo que pase. Pero no me gustaba la sensación que eso me deja después.

Siempre he sido alguien independiente salvo cuando estaba con Emily, me daba la sensación de que sin ella ni respiraba bien. Y eso es jodidamente terrorífico.

Salgo de casa con una caja de bombones que compré hace unos días. A Ceci le encantan estas mierdas y como preveo que se van a quedar guardados en mi despensa por siglos, mejor que los devore ella. Me decanto por mi Ferrari Portofino, y salgo del parking subterráneo incorporándome al ajetreado tráfico. Una media hora después, llego a la cancela de la nueva casa de Murray. Una tupida arboleda rodea la finca, haciendo que nadie pueda ver el interior a menos que se asome sobre la verja de la entrada.

Llamo al timbre, la puerta se abre automáticamente y entro, escuchando el crujido de las piedras del camino en las gomas del coche.

León me saluda desde el porche con un botellín de cerveza en la mano y asiente encantado. Lo aparco junto a los demás, salgo y cierro las puertas con el pequeño mando.

—Bonito... muy bonito —dice cuando nos encontramos en mitad del camino.

Palmea mi hombro y me tiende su cerveza para que le dé un trago.

Acepto, estoy sediento y acalorado. Me arrepiento de no haber optado por unas bermudas como él. Tiene el cabello húmedo por lo que me da a entender que se ha dado un chapuzón en la piscina.

—¿Ya estamos todos? —le pregunto entrando en la casa, cruzando la gran sala decorada con tonterías de cristal, detalles blancos y montones de figuras geométricas sobre superficies.

A Murray con lo poco que le gusta decorar, lo más seguro es que haya sido Ceci la que lo haya hecho todo. No es feo, pero tampoco mi estilo.

Todo es demasiado blanco, abierto, diáfano... Yo soy más del gris, los tonos azules oscuros y sumirme en la penumbra. Salimos al jardín trasero, Chad está a punto de tirarse de cabeza a la piscina, la cual que me llama como canto de sirena, y me saluda antes de sumergirse. Murray está junto a la gran parrilla con Lauren que bebe de su cerveza mientras escucha lo que Ray le dice, demasiado serio, he de recalcar.

—Todavía falta John —me dice León.

Cecilia me ve, dejando de disponer los platos en la mesa, para sonreírme y venir a abrazarme. Desde mucho antes de que se casara con Murray, esta mujer ha formado parte de nosotros. La quiero como a una hermana, como podría querer a los chicos. Beso su mejilla y de pronto la caja de bombones sale de mis manos de un tirón.

—Joder, te amo —dice contenta, viendo los chocolates con hambre.

—Mas te vale que menos que a mí, rubia —dice Murray llegando a donde estamos y besando a su mujer en la coronilla.

La que falta en escena aparece, ladra y corre en mi dirección para saludarme. La peluda pastor alemán, casi me tira al suelo del entusiasmo.

—Yo también te eché de menos, fea —le digo acariciando su barriga cuando se pone bocarriba.

—No sé cómo consigues que se ponga tan feliz de verte siendo tan irascible con nosotros —dice León con un nuevo botellín en las manos.

—Hay que saber tratar a las señoritas —digo creído, haciendo que Ray y Cecilia se rían de mi chiste.

—Yo no las he escuchado quejarse. A ninguna de las doscientas sesenta y siete, de todas formas —enumera orgulloso, con el pecho inflado como un palomo en celo.

Niego con la cabeza a la vez que me yergo, dejando de acariciar a la perra y dándole un manotazo en el torso a mi querido amigo mujeriego. Es verdad lo que dice, puede haber estado con muchas, sin embargo, jamás le ha faltado al respeto a ninguna de ellas. Todas saben dónde se meten cuando se trata de León. No puedo decir lo mismo de mi querido amigo John, igual de don Juan pero un cabrón de cuidado.

—No sabía que llevabas la cuenta —le digo con tono reprobatorio.

—Es un reto personal. Cuando llegue a cuatrocientas, podré morir en paz y satisfecho —acaba, subiendo y bajando las cejas de forma sugestiva.

—Y yo que pensaba que John era el cabrón de los seis —suelta Cecilia negando con la cabeza y llevándose a Leila con ella.

—Por cierto, ¿dónde está John? —pregunto siguiendo a Murray y León hasta llegar a la parrilla donde la carne se asa y desprende un olor delicioso.

—Está por llegar, ha ido a recoger a Jessica al aeropuerto —dice serio, mirando de reojo a Chad y Lauren que juegan a waterpolo en la piscina.

—¡Daros prisa con esa carne o me comeré todo lo que hay en la mesa, estoy famélica! —grita Cecilia dando énfasis a sus palabras, acariciándose la tripa.

—No sabes lo que me pones cuando te pones así, feminazi —la voz de John hace que me gire a mirarlo.

Murray gruñe ante su provocación, haciendo que John ría con ganas y le haga rabiarse más todavía, besando a Cecilia en la mejilla con demasiado ímpetu. Jessica sale al jardín, desprendiendo esa alegría que siempre lleva encima, portando un corto vestido vaporoso con montones de florecitas por doquier. Su cabello rubio brilla bajo el sol, una vez baja los escalones del porche y se acerca a nosotros. No la he visto desde su versión de novia a la fuga. Y puedo decir que está radiante, le ha sentado demasiado bien el divorcio. No como a mí.

—Más te vale quitar las manos de encima de mi mujer, capullo —amenaza Murray haciendo que John la suelte, no sin antes decirle algo al oído, provocando que Cecilia le golpee el brazo.

—Hola, chiquillos —dice Jessica en español, haciendo que León gima de placer.

Ella se ríe y acepta su abrazo de oso con alegría.

—No se lo digas a tu hermano porque me corta las bolas, pero me acabas de poner perrísimo —contesta también en español haciendo que Jessica frunza el ceño sin entenderlo.

León suelta una nueva carcajada y le dice al oído, supongo lo que ha dicho pero en inglés. Jessica se sonroja y lo ignora viniendo hacia mí para saludarme. La abrazo apretadamente, diciéndole que está bellísima. Ella besa mi mejilla y veo cómo busca a alguien con la mirada. No sé si lo ha encontrado mirando a Lauren o a Chad. El primero fuera de la piscina y con la cabeza gacha, mirando la pelota a sus pies.

Cuando la carne está hecha y el pan tostado, nos sentamos todos alrededor de la mesa. Lauren se sienta a mi lado y Murray al otro. Cecilia es la primera en agarrar un filete y llevarlo a su plato. No pasa desapercibida para mí la mirada de adoración que Murray le dedica a su mujer, como tampoco la leve incomodidad que se respira en el ambiente, al otro lado de la mesa.

John le da de comer a Jessica como si fuese una niña pequeña, aunque esta tampoco es que le presente mucha reticencia. Sin embargo, noto la tensión en el cuerpo de Lauren, una vez más, dejándome un poco descolocado. Estoy comiendo mi último bocado de carne cuando Cecilia carraspea llamando la atención de todos. Es el momento. Lo noto. Todos estamos expectantes a lo que va a decir y cuando sonrío a Murray, ya lo sé antes de que abra la boca.

—Estoy embarazada.

La sorpresa y la emoción en el rostro de mi mejor amigo me estrujan el corazón. Murray está

por levantarse y correr a abrazarla cuando ella alza la mano y hace una mueca con los labios.

—Y son dos —termina, haciendo que John se atragante, León lance un grito de guerra y Ray se siente en la silla al no poder sostenerse en pie.

CINCO

Ver a Murray con las lágrimas mojándole el rostro no es tan nuevo para nosotros, lo que sí, es el porqué de ese llanto. Va a ser papá de dos pequeños que estoy seguro van a ser los niños más felices del mundo.

Después de las felicitaciones pertinentes, los besos y abrazos, con los sentimientos a flor de piel todavía, ayudamos a recoger la mesa para poder relajarnos todos juntos en la zona de la piscina. Me tumbo en una de las hamacas junto a Lauren que está en su mundo, toqueteando el teléfono móvil.

Escucho la risa de Jessica cuando John la lanza a la piscina, cayendo a su lado y salpicándonos a los dos. Lauren le da una mirada no muy difícil de descifrar a la cual, John, le responde salpicándole adrede.

—¿Pasa algo con John? —pregunto haciendo que deje de mirarlo como si quisiera matarlo, dejando a un lado su teléfono y a continuación, cerrando los ojos.

—Es un jodido capullo —dice sin ánimo, suspirando.

—Es John, claro que vive siendo un capullo, pero eso no es nuevo para nadie, Lauren. ¿Ha pasado algo con él? Sea lo que sea, creo que ya es hora de que entiendas que le doblas la edad y no es más que un niño—le digo sincero viendo cómo niega con la cabeza, después de darle un nuevo vistazo.

Murray se sienta en la tumbona de al lado, haciendo que Lauren cierre la boca, dejándome con la intriga con lo que sea que fuera a decir.

—¿No es genial? —pregunta Ray con una sonrisa gigante, partiéndole el rostro en dos.

Ambos asentimos sonrientes y me siento mal por querer que se vaya para así saber qué es lo que le ocurre a Lauren. No obstante, no estoy muy seguro de que al final fuera a contarme nada. Es tan hermético como una cámara acorazada y ni borracho.

—Murryyyyy... —Llama Jessica a su hermano saliendo de la piscina con su bonito y escueto bikini color blanco.

Él que ve sus intenciones, levanta las manos parándola, cosa inútil, ya que empapada corre hacia él y se tira encima suya, mojándolo por completo. Lauren se levanta diciendo algo lo suficientemente flojo para no poder oírlo y lo observo mientras se dirige al interior de la casa. Cuando vuelvo la mirada a Murray, veo que este también se ha dado cuenta.

—¿Qué cojones le pasa? —pregunta.

Jessica frunce el ceño y desvía la mirada cuando ve que la estoy observando. Hay algo que me estoy perdiendo y no sé muy bien si quiero saberlo.

—No tengo idea. Estaba preguntándole cuando te has sentado antes, pero no me ha dicho nada.

—El cargo de conciencia no le dejará dormir por las noches —dice Jessica haciendo que su hermano y yo la miremos extrañados.

Ella ríe, niega con la cabeza y vuelve a correr hacia la piscina, cayendo justo al lado de John que la recibe con ese aire juguetón que nos tiene bastante acostumbrados.

—¿A qué crees que se refiere Jessica con eso de cargo de conciencia?

—le pregunto a Ray, viendo cómo se encoje de hombros.

Decidimos dejar de lado la conversación cuando vemos que no llegamos a nada sin que Lauren nos cuente lo que realmente le pasa.

Entonces preveo hacia dónde va a girar la conversación.

—¿Y tú? ¿Todo bien? —de nuevo esas preguntas que hacen que me queme el estómago.

—No, pero tengo la esperanza que mejorará —respondo escueto, agarrando el botellín de cerveza olvidado y dándole un trago largo.

Hago una mueca ante lo caliente que se ha puesto y me dispongo a levantarme por otra cuando Ray me coge del brazo.

—Si quieres ayuda, solo tienes que pedirla, hombre.

—Lo sé.

En la cocina me topo con Lauren que bebe de una cerveza mientras mira distraídamente por la ventana. Abro la nevera sacando un botellín para mí, Lauren voltea a mirarme y cuando ve que soy yo, soy consciente de cómo la tensión abandona su cuerpo.

—Ya sé que no soy el indicado para dar consejos de nada, sin ir más lejos, esta mañana acabo de hacerle una transferencia a Emily de una cantidad ingente de dólares y siquiera sé si va a servir para una mierda.

Pero quiero saber si puedo hacer algo por ti.

—Es muy amable de tu parte pero estoy bien. Lo tuyo simplemente no tiene arreglo porque eres demasiado bueno como para hacerte pasar por gilipollas —sus duras palabras no hacen que me avergüence, al revés, me hacen reír ante la veracidad de las mismas.

—Tiene arreglo pero no sé cómo hacerlo pero a lo mejor tú estás a tiempo.

Lauren da un sorbo a su cerveza, dejando el botellín encima de la encimera y sacando su móvil del bolsillo. Toquetea la pantalla, a continuación, suena mi teléfono con una alerta de mensaje.

—Llámalas, a mí me ayudó mucho antes de que me diera cuenta de que mi problema es algo con lo que tendré que cargar siempre. Así que contestando a lo que me has dicho: no, no estoy a tiempo de arreglar nada.

Abro el mensaje, viendo el número de un contacto con el nombre de Isabel Becker, terapeuta. Eso hace que frunza el ceño.

—No estoy loco, joder —me quejo, guardando el móvil en el bolsillo.

—No digo que lo estés pero por tus jodidas ojeras veo que ni por las noches te deja en paz esa maldita perra.

—No te quito razón, pero no creo que hablar con una loquera, vaya a solucionar nada. Emily seguirá chantajeándome, es ella la que debería ir no yo.

Lauren se ríe, se separa de la encimera y palmeándome el hombro, me dice:

—Llámalas, te sorprenderá con lo que puede hacer en un par de sesiones. Te sacará toda tu mierda antes de que te des cuenta.

Me quedo pensando, en la última frase que me dijo Lauren, durante toda la tarde, noche y parte de la mañana. Hasta ayer, no he visto necesario acudir a ningún psicólogo o terapeuta, sin embargo cada vez se me hace más tentadora la idea. Todavía de noche, a pocas horas de amanecer, salgo a correr. La calle está mojada, el cielo nuboso y preveo que empezará a llover de nuevo en breve, como lo ha hecho durante casi toda la noche.

Cuando llevo tres kilómetros, mis pulmones empiezan a quemar al igual que mis gemelos que protestan por el esfuerzo. La canción *sweet child o mine* de Guns And Roses empieza a reproducirse a través de los auriculares, lo que me da energías para seguir trotando hasta llegar a Washington Square Park. Con la respiración acelerada, disminuyo mi carrera con la intención de dar la vuelta, en ese momento un trueno resuena en el cielo desatando la tormenta sobre mí.

Maldigo para mis adentros, me giro para retornar mi marcha caminando rápido, cuando un coche aparca de malas maneras a mi lado, salpicándome de barro con la rueda trasera. Jadeo con

lo frío que está y estoy por decirle cuatro frescas al inconsciente, cuando alguien se tropieza conmigo, haciéndome caer en el suelo con ese alguien encima. Su chillido me hace abrir los ojos y ver, entre la fuerte lluvia, que nos empapa con rapidez, de quien se trata.

Es la misma mujer por la que pronto tendré que ir a renovar mi fondo de armario. Sin ser consciente de ello, mis manos aprietan sus brazos, la detallo con pericia. Sintiendo su cuerpo sobre el mío, cuando deja caer todo su peso sobre mí. Puedo ver que sus ojos son de un tono marrón más claro de lo que recordaba, como también su nariz vive llena de pequitas casi imperceptibles a la distancia que la he visto las otras veces.

Su boca se abre, los labios le tiemblan no sé si por lo fría que cae el agua o los nervios. Su cabello empapado nos rodea, su olor hace que aspire con fuerza y tema dejarlo salir. No me gusta el olor a lluvia, más que nada porque hace que los fantasmas de mi pasado aparezcan sin ser invitados.

Pero puedo decir que ligado con su olor compite con el perfume más caro y delicioso del mundo.

—Lo siento... —susurra mirándome a los labios por décimas de segundo, entonces intenta incorporarse, con la mala suerte que golpea mi entrepierna con la rodilla.

Aprieto los labios con fuerza por el dolor, ella vuelve a disculparse, dejándose caer encima de mí una vez más. No sé si decirle que pare de moverse o que se mueva pero de forma distinta, cuando me he dado cuenta de que estoy empezando a excitarme.

—No te muevas, por el amor de cristo —le pido entonces con la voz ronca, sin dejar de agarrar sus brazos, manteniéndola quietecita donde está.

Gracias a Dios, hay pocos transeúntes, prácticamente estamos solos junto al coche en la acera. La lluvia no cesa, incluso puedo decir que cada vez lo hace con más fuerza. Con cuidado me siento, haciendo que caiga encima de mí a horcajadas. Un jadeo sale a trompicones de sus labios color rojo, como manzana madura, en cuanto nota lo evidente. Seguro está pensando que me gusta que me peguen en las jodidas bolas.

—Estoy empapada —dice a duras penas, llevando las manos a mis hombros.

Una risa burbujea en mi garganta encontrándole el doble sentido a sus palabras. Sus ojos se entrecierran con entendimiento, golpeándome el pecho con una mano se deshace de mi agarre y se pone de pie. Matando todo contacto. Hago lo mismo, quedándome a una distancia prudencial, recogiendo el iPod que se ha caído al suelo por el tropiezo. Me doy cuenta de que no sabe a dónde mirar, aunque sus ojos se frenan más de la cuenta en un lugar concreto de mi anatomía. «Si quieres de verdad arreglarlo, preciosa, no mires ahí» pienso alzando una ceja, calibrando si decírselo directamente o no.

—¿Quieres que te de las llaves de mi casa y así ensucias lo que me queda en el armario? —digo con falsa molestia, viendo la mancha de barro en mis pantalones de chándal gris y parte de mi camiseta.

La lluvia remite hasta que solo queda una leve llovizna casi imperceptible. Estamos empapados, el vestido se le pega al cuerpo, adivinando cada una de sus curvas y por poco me vuelvo loco atisbando un par de pezones inhiestos. Puede que empiece a encontrarle un nuevo sentido a las lluvias de verano.

—No lo hago queriendo, pareces un imán de las desgracias —dice abrazándose a sí misma, cubriéndose los pechos.

No logro reprimir la mueca, no por lo que ha dicho, sino por privarme de verlos. Ya que no sé cuándo va a ocurrir de nuevo.

—Ah, entonces intentas decirme que no es por tus inoportunas apariciones o que eres una

patosa, soy yo el que me materializo en el momento en el que tropiezas y derramas cosas —imito su movimiento, cruzándome de brazos.

Su peso cambia de un pie a otro, luciendo nerviosa. Entonces me arrepiento de haber sido tan duro con ella.

—Oye...

—¡Joder ahora tendré que ir a casa a cambiarme! —dice interrumpiéndome al ver la hora en su reloj.

No pueden ser más de las seis de la mañana, ¿qué es lo que tiene que hacer tan temprano? Pero antes de poder decirle nada más, abre la puerta del coche, entra y arranca para luego incorporarse a la carretera, lanzando más barro hacia mí.

—Encantado de conocerte, simpática—digo con ironía, antes de seguir mi marcha, mojado, más sucio que antes y con una erección bestial por su culpa.

SEIS

Me fijo en los cuatro dígitos de la hora en la pantalla del ordenador, después miro de reojo mi teléfono. Desde el altercado el día anterior con esa mujer, no he parado de darle vueltas a la atracción extraña que sufrí al verla tan de cerca y pegada a mi cuerpo. Hacía tiempo, más de lo que es sano recordar, que no me fijo de esa manera en una mujer. No solo es hermosa, que lo es y bastante, también me quedé con ganas de hablarle, de saber de ella, su nombre, de donde viene ya que por el acento pude deducir que no es de Nueva York. Mi interés por ella, solo hizo que tuviese miedo a que Emily se enterara. Todavía quedan resquicios en mi mente de la pesadilla que me mantuvo despierto prácticamente toda la noche. Ver a esa chica en la misma escena que Emily solo hizo que me aterrara la idea de que eso se cumpliera.

Con un suspiro, desbloqueo el teléfono y busco el contacto que me facilitó Lauren de su terapeuta. A los tres tonos, una voz femenina y con un marcado acento de Boston, me saluda de modo profesional.

—Doctora Isabel Becker, ¿en qué puedo ayudarle?

Me sorprende que no tenga un secretario o secretaria que atienda las llamadas, sin embargo, me parece más personal al no tener que decir mis datos a otra persona. Ya que me va a sacar toda mi mierda, como Lauren me dijo, que fuera la única que supiera de mí.

—Buenos días, me llamo Tomas Brown de North Group Enterprise — Me presento arrepintiéndome de darle tantos datos de primeras—, quisiera concertar una cita, mañana o pasado a ser posible.

—Déjeme ver la agenda, un momento por favor, no cuelgue —dice dejándome en espera por unos eternos segundos.

Su voz regresa, cuando dubitativo, casi caigo en la tentación de colgar y dejar mis problemas a buen recaudo.

—Señor Tomas puede venir pasado mañana a las siete y media de la tarde. No me quedan más huecos disponibles.

Acepto con un: «Allí estaré», antes de apuntar la dirección de la clínica, dándome cuenta que está cerca del Trinity Palace. Cuando cuelgo, un suspiro de alivio sale de mi boca sin esperármelo. Solo espero que sirva para algo.

—Tomas, ¿te apuntas?

La voz de Chad hace que deje de mirar la mesa de cristal como si fuese a explotar en cualquier momento. La preocupación me invade, las ansias me atosigan y todo por la cita de mañana con la doctora Becker. No solo le tendría que contar mi problema con Emily, conozco el

protocolo de los psicólogos ya que mi hermano Mason tuvo que pasar un infierno para recuperarse de sus propios traumas. Recapitularía toda mi jodida infancia, lo que les pasó a mis padres, lo de mi hermano pequeño.

—¿Qué ocurre? —Carraspeo y me incorporo en la silla prestándoles atención—. ¿A qué me tengo que apuntar?

—Tenemos pensado ir a una guerra de bolas de pintura, cuando salgamos de aquí. John dice que esta vez te hará comer polvo en menos de dos segundos —dice León intentando buscar reacción de mi parte.

—Claro ¿por qué no? puede ser divertido ver cómo lo intenta —Acepto con una sonrisa engreída.

No me gusta la violencia, pero amo esa mierda. Cada dos semanas descargo adrenalina, disparando diminutas pelotitas de pintura a pobres desgraciados. John es el más competitivo, sin enterarse todavía que eso no sirve de nada si no tienes paciencia y un buen “toque de dedos”. El truco está en mantener índice y corazón en el gatillo. Cuando tienes el objetivo en la mira, apretarlo intermitentemente con uno y con otro con rapidez.

A eso de las siete, ya estamos parapetados con los trajes de competición. Hay un equipo en el campo, esperando por nosotros. Hemos decidido competir juntos, por mucho que a John le encante hacerlo en el contrario por tener una excusa para poder calcinar nuestros traseros. No es que las pelotitas vayan a hacer un daño increíble, pero sí pican lo suficiente para hacerte un moretón.

Bajo mi máscara cubriendo mi rostro cuando entramos en el campo.

Los del otro equipo son hombres a excepción de uno que o bien es pequeño, de pelo largo y con tetas o se trata de una mujer. En mi fantasía es una chica con cuerpo de infarto vestida con ropa ajustada y cargando la marcadora como una auténtica cadete de guerra. Me la imagino sonriendo cuando inclino la cabeza en su dirección a modo de saludo. Ante todo hay que ser educado, ya habrá tiempo de celebrar la victoria cuando la vea llena de pintura de color azul.

El juego se trata en proteger la bandera sin que el otro equipo la consiga, llevándose la contraria a su terreno. Las reglas son sencillas: no ser alcanzado por ninguno, eso incluye los de tu mismo equipo, tampoco si es accidental. Debes disparar a una distancia mínima de siete metros, no insultar al árbitro ni a los jugadores. Quien consiga la bandera del contrario, gana. Y esa tela roja que ondea orgullosa encima de unas rocas, justo al lado de la pelicastaña, me gusta demasiado.

El árbitro nos da unos dos minutos para formar una estrategia de ataque.

—Hay que matarlos a todos, sin excepción, también al chiquitín con tetas —dice John ganándose una colleja de León y una mirada divertida de mi parte.

—Es una mujer, imbécil —murmura Murray negando con la cabeza.

—¡No me jodas! —Exclama John, dándole una mirada a la susodicha para luego sonreír bobalicón—. Tranquilos, yo me encargo de ella, dentro y fuera del campo.

—¿Quieres dejar de decir sandeces y hablemos de cómo vamos a contratar? —cuestiono haciéndolo callar, no sin que antes resoplara con molestia como si fuera un niño pequeño.

Decidimos que tres de nosotros irán delante, dispersos y cubriéndonos las espaldas a los de detrás. Al ser el más impulsivo, John irá a la cabeza para formar escándalo, claro no le decimos que es claramente un jodido cebo para después dar el golpe de gracia. Murray se encargará del flanco izquierdo delantero, Chad del derecho. Lauren me cubrirá mientras yo, entraré de improvisado por el lado izquierdo donde estoy seguro dejarán a la chica.

No soy machista, simplemente pienso que puedo ser el menor de sus problemas y con el que menos moretones teñirá su piel. Con solo un tiro puedo descalificarla sin problema y estoy seguro

que John no se quedaría tranquilo hasta verla retorcerse en el suelo o que el árbitro lo elimine.

La sirena resuena, el combate comienza. Como esperamos, John lanza un grito de guerra, haciéndome reír. No pasan ni tres segundos que el otro equipo dispara contra él, dándole de lleno en el pecho. John se cabrea, les saca el dedo medio, ganándose un par de tiros más de uno de los contrincantes. Acto que no queda impune, el árbitro lo saca del juego, haciendo que sea nuestra oportunidad para seguir avanzando. Me mantengo escondido mientras Chad y Murray avanzan, el sonido de los tiros resuenan en el aire, junto con el de las bolas estrellándose contra los obstáculos o trincheras. Me agacho, observo la bandera roja, sonrío cuando la veo desprovista de protección y avanzo semi agachado, intentando pasar desapercibido.

Estoy casi acariciándola, cuando una de las bolas revienta justo al lado de mi cabeza, salpicándome la careta. Me giro con cuidado, levantando las manos en son de paz como si eso fuera a hacer algo. Es la chica. Apunta con el arma directamente a mi cara, eso me hace saber que ha fallado el tiro adrede. Le gusta aniquilar a sus víctimas de frente y para qué mentir, eso hace que me excite como un loco.

Veo a Lauren apuntar a su espalda pero hago un gesto con la mano para decirle que no lo haga. Es inteligente pero no lo suficiente para cubrirse o los de su equipo son tan hijos de puta que la han dejado desamparada a su suerte.

—¿Te gusta lo que ves? —Dice ella con la voz amortiguada por la máscara.

Sonrío aunque sé que ella no me ve la cara y me quedo parado en el sitio, pensando en mi próximo movimiento. Chad es eliminado a la vez que él elimina al otro. Nuestra bandera está custodiada por Lauren que dispara por doquier, sin dejar que nadie se acerque. La suya... apenas está a un metro de mi mano.

—Mucho —contesto a su pregunta.

—Pues espero que te recrees lo suficiente, cariño, porque de aquí vas al infierno —murmura bajando un poco el arma, apuntando a mi pecho.

Todo es demasiado rápido, soy consciente de que no estoy lo suficientemente lejos por lo que si le disparo desde aquí podría hacerle mucho daño, cosa que a ella no parece importarle aunque salga descalificada. Me levanto de un salto, encaramándome a la roca y entonces coger distancia para disparar. Le doy en la cadera y ella dispara dándome en el hombro.

Ambos estamos eliminados.

El disparo ha dolido más de lo que creía recordar y puedo ver que a ella le ha afectado también cuando sale del campo con la mano en la zona de impacto. Me despido de Lauren, Murray y León que son los que quedan y me apresuro a alcanzarla antes de que se vaya. Hacía tiempo que no salía del campo antes que los demás.

—Oye, siento mucho si te ha dolido, no estaba a la distancia de seguridad —le digo haciendo que se gire en mi dirección.

Para completar mi disculpa me saco la máscara, dándole una sonrisa pretendiendo parecer un niño bueno. Ella parece quedarse estática por unos segundos hasta que de pronto siento un fuerte dolor en el pie izquierdo tras el soplido del arma al dispararse.

—¡Mierda! —exclamo apretando los puños e intentando mover los dedos y comprobar que no me los ha roto, porque se nota como si lo estuvieran.

—¡Lo siento, lo siento, lo siento! —se disculpa varias veces antes de salir corriendo, dejándome dolorido y temiendo si mañana podré o no sentir los dedos del pie.

SIETE

Después de la última reunión con un cliente demasiado difícil, lo que menos me apetece es ir a reunirme con la señora Becker. Es tarde, demasiado como para ponerme a contarle mis penas a

nadie a menos que sea con un par de copas, como mínimo, encima. Aparco en el único sitio que veo disponible y ando los metros que me quedan hasta llegar a la clínica.

Es pequeña, con el apellido Becker en papel de vinilo en los cristales de las puertas. Me lo pienso dos veces antes de alzar la mano y tocar el timbre. «Es mi última oportunidad de salir corriendo» pienso, entonces me abren y con un suspiro me doy por vencido. En cuanto entro, mi móvil suena, no me he acordado de silenciarlo. Saludo a una muchacha que se encuentra en la mesa de recepción, me devuelve el saludo preguntándome a continuación, mi nombre. Hace que me espere en las sillas de al lado y mientras, saco el teléfono del bolsillo con la intención de apagarlo.

Un mensaje de Emily me hace fruncir el ceño. «¿Es que ya se ha gastado el dinero?» pienso, rezando para que no sea así.

«Quiero verte»

Simple y conciso. Como si aún siguiéramos siendo marido y mujer y no me haya jodido la vida como me la jodió y sigue jodiendo. Me debato en llamarla para mandarla a la mierda, no obstante, la mujer de antes me dice que pudo pasar. Dándome cuenta de un señor que sale de la consulta.

Apago el móvil como tenía previsto, sin contestar al mensaje. No quiero pensar en eso ahora, no quiero imaginarla con una pistola apuntándose la cabeza ni con un bote de pastillas en la mano. Por algún motivo que aún desconozco, que espero la doctora me ayude, aún me preocupa su bienestar.

Toco la puerta, una voz femenina me hace pasar y cuando abro, la veo de espaldas a mí, ojeando algo en la estantería repleta de carpetas. Cierro, la habitación es amplia, acogedora, de muebles negros, moqueta oscura y lo más predominante, un diván de color rojo. La estancia huele a limpio junto con una pincelada de fragancia de mujer.

—Tumbese en el diván, en un segundo estoy con usted —el tono de su voz me hace fruncir el ceño ante lo familiar que se me hace.

Su cabello castaño oscuro está recogido en una cola de caballo, dejando al descubierto un precioso cuello níveo. Lleva una falda de tuvo color negro que le llega por encima de las rodillas y una camisa blanca de manga larga. Todo el conjunto hace que sus piernas se vean kilométricas y se le acentúen cada una de sus curvas.

—¿Prefiere que cierre las cortinas o quiere que entre claridad? —Su pregunta hace que observe el exterior a través de los grandes ventanales y deje de comérmela con la mirada.

Todavía es de día aunque no tardará mucho en oscurecer.

—No, así está bien —contesto tumbándome en el diván, encontrándolo muy cómodo.

Desde esta perspectiva se ve mejor, ya que su trasero se aprecia más voluminoso y apetecible. «Dios ¿qué coño me pasa últimamente con las castañas?» Aprieto mis manos juntas encontrándolas temblantes, estoy nervioso, como si fuera un chiquillo en la sala del doctor a la espera de una inyección.

—Señor Brown, relájese y cierre los ojos, en un minuto estoy con usted.

«Más fácil decirlo que hacerlo» Pienso, acatando su orden, suspirando para intentar ralentizar mis pulsaciones. El corazón parece que se me va a salir del pecho. Aguzo el oído, escuchando sus pasos, acercándose, el golpeteo amortiguado de sus tacones en la moqueta. Entonces la visualizo sin poder evitarlo. En mi fantasía, no sé por qué, me imagino el rostro de la patosa. Esa que ha ocupado mis pensamientos estos días. Labios carnosos, suaves pecas salpicándole la nariz, el olor del agua de lluvia, la presión de su cuerpo con el mío.

Me remuevo un tanto incómodo en el diván, intentando reprimir mis pensamientos lascivos. Es

entonces que escucho un «ay» y algo cae sobre mí haciendo que abra los ojos de par en par por el susto. Lo que veo me deja anonadado. Está sobre mí, mi fantasía parece haberse hecho tan real que da miedo. Es cuando su boca se abre y habla con ese acento de Boston que me trae por el jodido camino de la amargura, que veo que no se trata de un sueño.

—¡Tú! —decimos al unísono.

Se me queda mirando largo rato, sin dejar de presionar ese delicioso cuerpo sobre el mío. Me excito, no puedo evitarlo, no cuando se siente tan delicioso que a punto estoy de morir de placer. Mueve sus manos, una carpeta se interpone entre nuestros pechos y suspira, haciendo que la calidez de su aliento golpee mi rostro, embriagándome.

—He tropezado —murmura, colocando las manos a ambos lados de mi cabeza en el diván.

Un mechón de cabello se le escapa de la coleta y no puedo reprimir el fuerte impulso de agarrarlo con los dedos por el simple placer de acariciarlo. Probando si se siente igual de sedoso que se ve. Seda egipcia, joder. Isabel se remueve, haciendo que mi erección crezca contra su estómago. Soy consciente en el momento que se da cuenta de lo que hace porque se muerde el labio inferior, aguantándose un jadeo. Sonrío, dejando caer mis manos en su cintura, muy cerca de su bonito trasero.

—Si quieres levantarte, hazlo, pero no te muevas sobre mí de esa manera. Me estás matando —le digo sincero, sin pensar en las consecuencias que trae coquetear con ella.

Sin tener consciencia de lo que acarreará si esta mujer se siente igual de atraída por mí que yo por ella. Sin importarme un jodido comino lo que sucederá después. Ella me mira, apiña su boca con coraje impostado y cuando veo que tiene la intención de levantarse la ayudo. Lo que menos me apetece es tener otra patada en las bolas.

Ya sobre sus pies, se alisa la falda, se le ha subido lo suficiente para que pudiese darle un brevísimo vistazo a sus muslos. Llevándose el mechón de cabello tras la oreja, suspira y se sienta en el sillón junto a mí, cruzando las piernas en el proceso. Luciendo profesional, preciosa y sonrojada. Entonces me pregunto si ese es el tono que cogería su piel al ser acotada.

—Deberías aprender a coordinar mejor tus movimientos —le digo con Mofa.

Deja de observar su libreta para lanzarme una mirada asesina. Alzo las manos con rendición y me acomodo en el diván, sin disimular mis claras ganas de ella.

—Señor Brown, no le he permitido tutearme. Soy la doctora Becker, si no le importa, ahora sí empezamos con la sesión —dice ruda.

Si pudiera ocultar la rojez de sus mejillas y cuello estoy seguro de que lo hubiera parecido ruda de verdad, sin embargo, ver que le afecto solo alimenta mi apetito.

—Y yo que pensé que después de haberme manchado dos de mis trajes favoritos y la ropa de deporte, ya éramos un poco íntimos —digo con la intención de provocarla.

—Ya le pedí disculpas por eso, ¿qué es lo que quiere? —pregunta molesta, resoplando cuando su teléfono suena sobre la mesa y procede a silenciarlo.

—¿Eso es una pregunta trampa?

Suspira pero puedo ver que una de sus comisuras se alza durante breves segundos, aguantándose la sonrisa. Decido darle tregua, no obstante, eso no significa que se vaya a quedar así.

—Primero que nada, señor Brown...

—A mí puede tutearme —le interrumpo.

—Quiero saber si está —continúa sin hacerme demasiado caso—... lo suficientemente cómodo. Necesito que lo esté para poder empezar.

Asiento, despojándome de la chaqueta y los zapatos, desabotonando un poco la camisa y

remangándomela hasta los codos. Siento su mirada puesta en mí, detallando mis movimientos, incluso un poco temerosa.

«Quizás piensa que me voy a desnudar? Si es así, no tiene más que pedírmelo con esa boca preciosa que Dios le ha otorgado»

—¿Está bien? —le pregunto haciendo que de nuevo se sonroje más violentamente.

—Sí, tumbese y mire un punto fijo en el techo. Haga como si solo existiera mi voz en su cabeza, olvídense de mi presencia —pronuncia suavemente, notándola un poco alterada.

«Es difícil cuando su olor revolotea por toda la estancia» Pienso en decirle, sin embargo, hago lo que me indica y miro la lámpara de hierro negro.

—¿Qué es lo que le trae por aquí, señor Brown?

Su pregunta me hace suspirar y fruncir el ceño. Lo tengo tan claro que casi las palabras salen de mi boca en tropel.

—No duermo en las noches, no logro hacer desaparecer la angustia que siento cuando creo que las pesadillas se puedan hacer realidad.

—¿Cuál cree que es la causa de ellas? ¿Qué es lo que ve exactamente?

Aprieto mis manos juntas y un vago recuerdo hace que desaparezca el techo para reproducirse frente a mí. Emily llorando. Sus ojos acuosos, sus labios pronunciando palabras inentendibles. Con un arma en la mano.

—Tomas... Tomas, abre los ojos.

Su voz irrumpe mi recuerdo y la veo frente a mí con el rostro inundado de preocupación.

—¿Qué es lo que le atormenta? No deje de mirarme —me pide, haciendo que me relaje.

—Mi exmujer —confieso haciendo que ella asienta y trémula alce la mano con la intención de tocarme.

Sin embargo en el último momento se retracta y se levanta del suelo donde estaba arrodillada, sentándose en su silla. La sesión prosigue, esta vez mirándola a ella en vez de al techo. Hay algo en su voz y en la calidez de su expresión que me da la suficiente confianza para seguir hablando de ella. Sin que las imágenes difuminen mi visión. Como si en este caso no fuera más que un espectador de lo que me pasa. Isabel apunta en su libreta anotaciones que no logro descifrar ni mirando el movimiento de su pluma.

La noche ha caído por completo, la semioscuridad, rota por la lámpara situada sobre el escritorio, nos rodea.

—Creo que es suficiente por hoy —dice levantándose del sillón.

Yo también me pongo sobre mis pies, una vez me coloco los zapatos y la chaqueta, posicionándome demasiado cerca de ella. Noto la atracción que hay entre nosotros, en cuanto observo cómo se le acelera la respiración al tenerme cerca. Le doy las gracias, ella asiente y me acompaña en silencio hasta la puerta. Coloco la mano en el pomo, me giro para mirarla una última vez cuando la veo tropezar. La agarro por los brazos y su boca aterriza sobre la mía sin querer. Me quedo quieto, estático en el lugar, encontrando el calor de sus labios demasiado acogedor como para apartarme.

Alguien abre la puerta sin llamar, Isabel se aleja y un hombre entra en la consulta, mirándonos a ambos de hito en hito. Lo recuerdo, es el mismo tipo que comía con ella en el restaurante.

—Perdón no sabía que estabas con un paciente—se disculpa sin quitarme los ojos de encima.

—Si estoy aquí es que sigo trabajando —le responde hosca, arrepintiéndose después al darse cuenta de mi presencia.

—Te espero en el coche —le dice él, saliendo y dejando la puerta encajada.

—Lo que ha pasado... —empieza a decir, oliéndome una nueva disculpa.

—No ha sido nada más que un tropiezo —acabo por ella, notando todavía la sensación de tener su boca sobre la mía.

—La mala suerte me rodea —bromea regalándome una preciosa sonrisa.

—¿Eres supersticiosa?

—No hasta que te conocí.

OCHO

En cuanto la puerta se cierra tras de mí y el bochorno aún palpable en el ambiente me golpea en el rostro, lanzo un suspiro sin poder retenerlo más. No sé cómo describir lo que siento ahora mismo. Las palabras ansioso, nervioso y jodidamente excitado, son las que más se aproximan.

Veo al tipo de antes, apoyado en su coche, un Audi RS4 azul, con cara de haberse comido el mundo cuando estoy seguro solo comió mocos. Por alguna razón, no me simpatiza, no logro verlo como una buena persona. Es raro, no soy de juzgar a la gente de primeras, siempre hay que darles una oportunidad. Sin embargo, no sé si es su mirada, la forma de hablar o la manera de actuar, tan jodidamente prepotente.

Saco el teléfono, negando con la cabeza por mis estupideces.

Claramente son celos, ya que desde que lo vi en el restaurante, tengo más que claro que no es solo un amigo para ella. Isabel. Degusto su nombre en mi paladar, susurrándolo, antes de llevar el auricular a mi oreja y esperar a que Murray atienda.

—Steven.

—¿Es que no te funciona el identificador de llamadas? —bromeo al escuchar su saludo formal.

—No, gracias a John, casi no me funciona el móvil.

Ruedo los ojos. Antes de salir de la empresa, John dijo que visitaría a Jessica para hablar de algo. La hermanita de Murray se está quedando unos días en su casa. Puedo imaginarme de todo, así que no me extraña que hayan llegado a golpes los muy mocosos.

—Tengo que contarte algo que es desternillante —le digo arribando a mi coche, saludando a Vinchenso con un asentimiento, antes de entrar en la parte de atrás.

—Dispara, así olvido la idea de matar a ese hijo de puta.

Suelto una carcajada y abro la pequeña nevera para sacar una botella pequeña de agua. Me la llevo a los labios y libo con celeridad, estoy sediento y todavía siento el hormigueo en el cuerpo como si todavía la tuviera encima. Es una maldita locura.

—¿A que no sabes quién es mi terapeuta? —le pregunto con una sonrisa idiota en la cara.

Me dejo caer en el asiento, echando un vistazo a los edificios a través de la ventana tintada. El hilo musical que ameniza el coche en el interior no hace que mi ansiedad mengüe, ahora mismo, todo me recuerda a esa mujer.

—Pues no. ¿Quién es?

Me quedo unos segundos en silencio, a Murray le cabrean en demasía los silencios dramáticos por lo que hablo después de que resople y diga mi nombre a modo de reprimenda.

—La patosa o ahora conocida por doctora Isabel Becker.

—¿QUÉ? La misma que te tiró el café y la copa de vino en el Trinity Palace?

—La misma —contesto.

Vinchenso aparca junto a mi edificio y le digo que se marche y que no necesitaré que me lleve a ningún lugar. Él asiente en despedida y va a guardar el coche. No necesitaría un chofer si mi querida exmujer no hubiera atentado contra mi vida en un par de ocasiones. Hasta ese punto de locura llega. Murray cuelga cuando le he dado algunos detalles de la sesión, aceptando que, puede ser beneficioso para mí seguir yendo.

Ocultando que la verdadera razón de las siguientes citas van a ser exclusivamente para verla a ella.

Doce de agosto. Ningún día luce tan asqueroso como este y lo sé incluso antes de que abra los ojos. El rostro de mi hermanito todavía sigue en mi mente, cuando me dejó, cuando *nos* dejó a Mason y a mí. Me levanto cuando el sonido del despertador se hace insoportable. Los músculos los siento agarrotados por las vueltas que he dado en la cama durante toda la maldita noche. Todo hubiese sido más fácil si me hubiera tomado una de esas bonitas pastillitas que me ayudan a dormir. Pero no quería retrasarme en mi cita de cada año.

Me lavo los dientes sin siquiera darme una ojeada al espejo. Seguro me veo como la mierda que me siento. Me enjuago la boca y me mojo la cara para despejarme. Aunque sé que no servirá de nada. Me ducho y me visto con un simple pantalón vaquero y un polo blanco. Odio ir a visitarlo con colores oscuros. Ni en su funeral. El me hizo prometerle que no haría de ese día algo típico ni aburrido. Quería música, quería que no llorase nadie por su partida.

Tras ese día no he faltado a ninguna de las promesas que le hice mientras aún respiraba en la cama del hospital. Vinchenso me lleva en silencio al cementerio, donde ya se encuentran los chicos esperándome.

Sonríó para mis adentros, mientras que no puedo evitar cerrar los labios con fuerza intentando no dejar salir mis sentimientos. Salgo del coche, León es el primero en verme, luego los demás y todos caminan a mi lado hasta llegar a su tumba. Cada uno viste de manera informal, con tonos claros y con una flor en la mano.

Puede que uno de mis hermanos esté muerto y que el otro apenas dé señales de vida, sin embargo, doy gracias por tenerlos a ellos como tales.

Cierro los ojos cuando susurro el nombre de mi hermano en voz alta.

—Michael Brown Baker.

Al cabo de unos minutos siento cómo una lágrima insolente cruza mi mejilla y me la aparto como si temiera que alguno se diera cuenta de ello.

El tatuaje arde como un grandísimo hijo de puta. Ese que tengo bajo la piel, sobre el corazón. Murray me palmea el hombro, lo abrazo para luego abrazar a los demás y recibir sus muestras de afecto. Incluso habiendo pasado años desde que Dios se lo llevó, el dolor no se va. Los chicos se marchan a sus coches, es mi turno de quedarme a solas con él y contarle lo que ha pasado durante este largo año. Le digo de los bebés que vienen en camino, de lo que creo que le ocurre a Lauren y de Isabel. Lo imagino con su sonrisa torcida, muy parecida a la mía y tan diferente a la de Mason.

Entonces como si lo hubiese invocado, mi teléfono suena siendo su nombre el que se refleja en la pantalla.

—Mason —lo saludo sin saber qué cojones decirle después de tanto tiempo.

Ni siquiera sabía que aún conservaba mi número de teléfono en la agenda de su teléfono. Escucho su respiración al otro lado y me asusto. No es de hablar mucho pero tampoco de quedarse callado. Eso solo puede significar dos cosas: que le haya pasado algo o que no le funciona el auricular.

—Ey, hermano —el sonido de su voz me reconforta de alguna manera.

Es lo más cerca que he estado de él desde que lo vi por última vez cuando murió Michael. Me siento en el césped, tirando de las briznas hasta arrancarlas. Estoy nervioso solo por no saber qué decirle a mi hermano mediano.

—¿Cómo has estado? —Le pregunto, escuchando la voz de una chica y el sonido del mar de fondo.

—Bien, todo bien y espero que tú también lo estés —suspira. Algo no va bien, lo conozco demasiado.

—Mason no creo que me hayas llamado para preguntarme cómo estoy así que habla de una vez —. Vuelve a suspirar.

—Simplemente me di cuenta del día que era hoy y me acordé de ti. Sé que no soy el mejor hermano del mundo, pero te he echado de menos aunque no lo creas.

—Yo también a ti, pero con la diferencia de que yo si he intentado hablar contigo cuando lo único que he recibido de vuelta ha sido la voz del contestador —juro que no quiero reprocharle nada, pero duele tener un hermano y que parezca un total desconocido.

Lo entiendo. Prometo que sí. Ha pasado mucho desde que éramos pequeños, el abandono de nuestros padres, el ir y venir de una casa de acogida a otra. Pero no solo él lo ha pasado mal. Los tres lo hemos hecho aunque yo por ser el mayor, pude ganarme la vida solo, trabajando a escondidas de la ley y así poder llevarme un trozo de pan a la boca. Es entonces cuando me doy cuenta de lo suertudo que soy hoy día por tener todo lo que tengo gracias a lo que he luchado.

Mason, sin embargo, se largó cuando Michael faltó. Sin decir a donde demonios iba, sin dinero y sin nada. A día de hoy todavía le sigo enviando dinero aunque él no lo necesite. Me veo con la obligación de cuidarlo aunque sea a la distancia. El silencio se hace en la línea y me arrepiento en el acto. Si quiero que me llame y que hable conmigo, no favorece mucho siendo un imbécil orgulloso.

—Lo siento, no quería decir eso. ¿Dónde estás? —le pregunto, teniendo la última información de su paradero en américa latina.

—Eso no importa —contesta. De nuevo la voz de la chica diciendo su nombre—. El motivo de mi llamada en realidad es otro. Vas a ser tío, Tomas y no quiero que mi hijo nazca pensando que solo tiene a la familia de su mamá.

Lo que oigo me deja en shock. Un bebé. Mi hermano Mason va a ser padre y siquiera sabía que tenía mujer o novia. Estoy sin habla, boqueando como un pez fuera del agua y Mason se ríe al otro lado como si pudiera verme.

—Eso... eso es genial, Maze. Enhorabuena.

—Gracias, Luciana, mi mujer, quiere ir a conocerte seguro viajemos en un par de meses.

Sonrío de pura felicidad, charlamos un par de minutos más y cortamos la llamada con la promesa de vernos pronto. Cuando salgo del cementerio los chicos me esperan reunidos junto a mi coche.

—¿Qué os parece un desayuno de campeones y hacer pellas? —idea León haciendo que todos riamos.

—Por mí está genial eso de un desayuno de campeones, lo de faltar al trabajo no lo veo del todo claro —comenta Murray haciendo que John ruede los ojos.

Por algún motivo hoy está usualmente callado, no hay bromas de su parte hacia ninguno por lo que lo más seguro es que haya tenido alguna discusión con alguno de los chicos. Decidimos ir a desayunar a un restaurante al aire libre y luego cambiarnos para llegar a la empresa y ponernos a trabajar. North Group no se mueve sin alguno de nosotros y por mucho que seamos los jefes, no nos podemos tomar el lujo de dejar el barco sin capitán.

Estoy entrando al coche, bien entrada la tarde, cuando mi teléfono suena con una notificación.

«Señor Brown, soy Isabel Baker, su cita se confirma para la semana que viene, lunes a las diecinueve cero, cero»

Estoy tentado a contestarle, pero temo que no sea su número personal y quede como un estúpido acosador. Decido enviarle un escueto: Ok, saludos y pase un bonito día. Eso debe bastar

por mucho que mis dedos hormiguen queriendo ponerle algo con lo que seguramente la haría sonrojar.

NUEVE

—Me encantan las vistas de esta terraza —la confesión de León viene seguida de una mirada que no deja nada a la imaginación.

John observa lo que le ha llamado tanto la atención y al ver su sonrisa cretina, sé que se trata de una mujer. Ruedo los ojos, sin embargo no puedo evitar mirar de reojo y comprobarlo por mí mismo. En efecto se trata de una mujer y una que conozco bien. Ginebra me ve en cuanto me giro. En nuestro acuerdo está todo más que claro, follamos en la intimidad de cualquier hotel, luego somos meros desconocidos.

Asiento en su dirección imperceptiblemente, ella gira el rostro hacia sus amigas, pero no lo suficiente para que no pueda ver su sonrisa. Va acompañada de tres muchachas, no las he visto en mi vida, pero puede decirse que parecen sacadas de una revista de moda.

—Todas están buenísimas —dice León en español, tomando un sorbo de café.

Miro mi reloj de pulsera y hago una mueca. Tenemos reunión en una hora y odio comer deprisa. La comida y el sexo son las dos cosas con las que me gusta tomarme mi tiempo, aunque con lo segundo no pueda hacerlo como me gustaría. Con el último bocado de tostada, me limpio la boca y me levanto de la silla. Murray me sigue al igual que Chad y Lauren.

Los otros dos, todavía miran a las chicas y les sonrían de tanto en tanto.

—Por si no lo sabéis, tenemos una reunión importante dentro de un rato —dice Murray en tono de regaño haciendo que John le saque el dedo medio.

—Yo me voy yendo, os veo en la empresa —les digo dejando una buena propina en la mesa.

Voy hacia el interior del restaurante para ir al baño cuando veo al hombre con el que frecuenta mi terapeuta. Está sentado en una mesa, solo, hablando por teléfono con alguien a quien le está echando un buen rapapolvo. Sin poder evitarlo, ya que tengo que pasar a su lado, escucho sin querer algo de la conversación.

—Déjate de excusas, joder, estoy harto de que siempre estés igual... A la mierda con eso, ¿me oyes, Isabel?

Para cuando alcanzo la puerta, mis puños están tan apretados que casi me quiebro los dedos. No sé si seguir mi camino y girarme para hacerle tragar el jodido florero. Cuando llego al baño lo primero que hago es mojarme la nuca, cogiendo aire un par de veces para así tranquilizarme.

—¿Pero qué cojones...? —digo en voz alta hasta que me doy cuenta que no estoy solo.

Hago lo que había venido hacer y cuando salgo, veo que ya no habla con nadie, está muy bien acompañado de una rubia despampanante con pechos operados y la mano derecha en el muslo del hijo de puta. Muevo mi cuello de un lado a otro, como si me preparase para un combate de boxeo. Pero no hace falta que haga nada, el karma lo hace por mí. Un camarero pasa por su lado, tropezándose con sus propios pies, haciendo que el contenido de la bandeja, cafés y zumos en su mayoría, caigan lo suficiente cerca como para mojar su traje. Me acerco rápidamente, ayudando al camarero a levantarse. El silencio se hace en la terraza, salvo por los jadeos del impresentable y las maldiciones que suelta por lo bajini.

—Estúpido ¿sabes cuánto cuesta este traje? —pregunta al muchacho, haciendo que este casi se arrodille a suplicarle perdón.

Pongo una mano en su pecho cuando lo veo acercarse de más, entonces el reconocimiento cubre sus facciones. Me acerco, para que solo él oiga lo que tengo para decirle.

—¿Pero qué coño haces?

—Será mejor que te guardes esa energía para darle lo suyo a la rubia que te mete mano o

puede que yo gaste la mía dándote la paliza de tu asquerosa vida. Entonces no será café lo que manche tu carísimo traje.

Suelto su camisa cuando me doy cuenta que mi puño se ha apretado en torno a ella. Me mira con el ceño fruncido, sin decir una palabra. Lo que temía, un imbécil cobarde que solo se mete con mujeres y personas que no pueden defenderse. Le señalo con el dedo, dándole otra advertencia, esta vez silenciosa, antes de largarme.

Cuando entro en el coche me doy cuenta de la rápido que me late el corazón y que casi me falta el aire. Masajeo mis sienes y bebo agua para calmar la incipiente migraña que amenaza con aparecer. «Relájate...» Me digo a mí mismo, cerrando los ojos y dejándome caer en el asiento. No soy un tipo conflictivo pero odio las injusticias, el maltrato y todo lo que no sea limpio. Ese hijo de puta tiene demasiada mierda encima, tanta, que huele al kilómetro. No soy nadie para meterme en la relación que tenga con ella, tampoco es que Isabel sea nadie importante para mí. Quizás entre ellos hay un acuerdo de no exclusividad, de esos que tanto se llevan últimamente.

Eso me hace pensar en ella y joder, no quiero eso. Y menos imaginármela follando con hombres diferentes cada día. No sé muy bien si lo que siento son celos o el evocarla desnuda y jadeando hace que mi cerebro se convierta en puré de bebé.

Mi móvil suena con un mensaje. Lo alcanzo en el interior de mi chaqueta y veo que se trata de Ginebra.

«Estabas delicioso en ese traje gris. Todo un hombre de negocios... Me preguntaba si llevas un cinturón puesto»

Llevo la mano a mi entrepierna y aprieto la incipiente erección que me ha causado con tan poco. Eso hace que se me olvide el altercado con el capullo y lo agradezco como lluvia en sequía.

«Sí y uno muy, muy resistente»

Respondo, siguiéndole el juego. Estoy a menos de diez minutos de llegar a North Group, sin embargo, espero ansioso su siguiente mensaje sin importar que me retrase un poco.

«No sabes cómo me gustaría comprobarlo»

«Esta noche, 00:00. Te enviaré la ubicación»

Vinchenso me abre la puerta y guardo el teléfono, tras silenciarlo, de vuelta al bolsillo. Mi humor ha cambiado drásticamente para mejor y estoy deseando ver su delicioso trasero sonrojado.

El agua se desliza por mi cuerpo, llevándose todo rastro de perfume femenino. Aún me duelen las palmas de las manos de los azotes que he prodigado al culo de Gin. Esa mujer me va a acabar matando a este paso.

Pido comida a domicilio de mi restaurante italiano favorito y a los veinte minutos, ya tengo una humeante pizza peperoni junto con una copa de vino tinto. Siento mi móvil vibrar en la encimera por lo que muerdo una porción de pizza y lo agarro para saber quién es a estas horas.

Lo que veo en las notificaciones hace que el bocado se me atragante y tosa para despejar mi garganta. Es Isabel, desde el número que me habló la última vez para darme cita. Es una imagen demasiado reveladora, con sus pechos cubiertos, a duras penas, por seda roja. Se le ve parte de su abdomen plano y el filo de su braga del mismo color que la parte superior.

No puedo recrearme en ella más de dos segundos que desaparece de la notificación y cuando entro en el chat, aparece como mensaje eliminado.

Quiero gritar un «mierda» o cualquier improprio por no haber sido listo y guardar la imagen antes de que la borrara. La veo en línea y tecleo varios signos de interrogación, solo para saber si ha sido un descuido de su parte o se ha arrepentido de enviarme algo así.

El tic azul me hace ver que está en nuestra conversación por lo que no tiene escapatoria y

empieza a escribir y borrar, así hasta pasados dos minutos.

«Lo siento, me he equivocado»

Dice sin más, haciéndome fruncir el ceño. No sé muy bien si hacerme el tonto pretendiendo como que no he llegado a ver nada o hacerla enloquecer. Una sonrisa peligrosa se forma en mis labios. Me dejo caer en el respaldo del taburete y agarro la porción de pizza para darle un nuevo mordisco. Sigue en línea, espera paciente una respuesta y en efecto cuando le respondo, sigue dentro de la conversación.

«Espero que no le envíe esa clase de fotos a todos sus pacientes, señorita Becker»

Ya está... lo he soltado como me ha venido. Ya estoy viejo para andarme con medias tintas. También quiero saber si lo que acaba de pasar no ha sido nada más que algo totalmente puntual y no anda enviando sus *nudes* a cualquiera.

«No sé de qué habla»

Responde al fin haciéndome reír a carcajadas. Bebo de mi copa, dejándola en visto unos segundos más, solo por el placer de imaginármela sonrojada y nerviosa. Con esos ojos grandes bien abiertos, expectante, con el labio pinzado entre sus dientes...

«¿No sabe que cuando envía un mensaje sale en las notificaciones del receptor?»

Isabel escribe y escribe para finalmente desconectarse y dejarme con la palabra en la boca. Eso hace que se le quite la gracia al asunto y me debato en seguir con la conversación o dejarlo ahí. Mi lado canalla gana el debate interno en mi cabeza y me levanto del taburete, me quito la camiseta y poso para una foto. Se me ve solo la barbilla cubierta de barba recortada, mi torso y la cinturilla de mi pantalón de pijama gris. También puede que se adivine una incipiente erección, cosa que ignoro deliberadamente.

Se la envío. No tarda ni un segundo en volver a estar en línea, la ve y le dejo de margen el suficiente tiempo para que la vea solo un momento. La elimino pata todos y desaparece.

«Lo siento me equivoqué»

Le escribo muerto de la risa.

«No es gracioso, señor Tomas»

«Sí que lo es y mucho en realidad» «pero no me has contestado: ¿Le sueles enviar esa clase de fotos “sin querer” a todos tus pacientes?»

Dejo el móvil en la encimera y me como otro trozo mientras espero a que responda. Piensa demasiado y dice poco, así no hay quien se divierta.

Cuando acabo, todavía no me ha respondido, es más, se ha desconectado hace diez minutos por lo que por mi mala suerte dudo que vuelva a hablarme.

Recojo todo y me termino la copa de vino de un trago. Son las doce y media de la noche cuando consigo acostarme en la cama. Pienso en lo desgraciado que soy por haber desactivado la descarga de imágenes automáticas, ella en cambio tendrá la mía en su galería para su disfrute personal. No es que me importe tampoco. No se me ve la cara y no podrá hacer negocio con ella si se es lo que pretende.

Me giro hacia el balcón abierto y presto atención al sonido del tráfico.

Eso me da tranquilidad, el silencio absoluto es terrorífico, esa fue la razón por la que me conseguí el apartamento cerca del centro. Los párpados me pesan, en algún momento de la noche escucho el sonido de un mensaje pero estoy tan cansado que caigo en un sueño demasiado profundo como para ver si se trata de ella.

DIEZ

El fin de semana llega como también lo hacen las ganas de salir de fiesta. No las mías, yo me conformo con ir a beber cervezas a un bar y volver a casa. Chad es el que me pide ir a un club en

el centro. Los demás optan por ir a una fiesta privada, el cumpleaños de una modelito, íntima amiga de John.

Estoy agarrando la chaqueta del perchero cuando Chad entra en mi despacho con el cabello alborotado. Como si se hubiese pasado horas despeinándolo con las manos.

—¿Puedo acompañarte a tu casa y salimos desde allí? Cogeré ropa de mi casa.

—Eso solo lo hacen las mujeres —Le digo en broma, haciendo que ruede los ojos y me saque el dedo medio. —Está bien, vámonos. ¿Y los demás? —pregunto mirando hacia el pasillo oscuro.

Todo está vacío en la planta por lo que intuyo que todos se han marchado a casa.

—Se fueron hace una media hora, John quiso convencerme de ir a esa fiesta pero necesito hablar contigo.

Asiento. John también me insistió de ir, sin embargo, ver el desespero en el rostro de mi amigo, hizo que desestimara la invitación. Llegamos al ascensor y pulso el botón del parking. Chad suspira, se apoya en la pared espejada y cierra los ojos.

—Mi madre Bel tiene cita el lunes para la revisión —dice, costándole hablar.

Trago saliva. Desde el año pasado, Bel, una de sus madres, se curó de cáncer. Pero entiendo su preocupación, ya que yo ya he pasado por lo mismo con mi hermano.

—No tiene por qué salir mal... —Intento darle ánimos, pero ni yo mismo creo mis palabras.

Es jodido. Por mucha gente que se cure de la enfermedad, la mayoría no consigue superar la lucha. Aunque intente infundirle ánimos, tampoco quiero mentirle y decirle que no va a volver o que se va a curar. Solo Dios, si es que existe, lo sabe.

—Lo sé, pero necesito despejarme, apagar el teléfono y olvidar que puedo recibir una mala noticia de un momento a otro.

El ascensor se detiene y soy el primero en salir, sucedido por él.

Saludamos al guarda de seguridad, que hace un gesto con la mano de forma amigable. El coche de Chad, el mío y un par más, son los únicos que siguen aparcados. En silencio entramos cada uno en el suyo, Vinchenso tiene la tarde libre, por lo que me toca conducir. Hacemos una parada en su apartamento, al cabo de unos minutos, lo veo salir con una funda y una bolsa. Seguimos hasta mi casa y cuando entramos, mi gato sale a saludar.

Mejor dicho: gruñir como si odiara su vida y a todos los que la componen.

—No sé cómo sigue vivo este animal —dice Chad haciéndome sonreír.

—¿Nunca has oído eso de que los gatos tienen siete vidas? Pues esta es la primera, le quedan seis.

—Pues cómo compadezco a tus hijos y tus nietos que tendrán que hacerse cargo de una bola de hueso y pelusa con humor de perro.

Eso hace que el susodicho lo mire como si quisiera echarle una maldición y Chad se aleja por si las moscas. Le informo que me voy a duchar y que él puede utilizar el otro baño de invitados. Cuando estamos los dos listos, salimos del edificio y llamamos a un taxi ya que ninguno de los dos tiene pensado volver sin al menos dos copas.

El club es de lo más exclusivo, no hay nadie haciendo cola como en los clubes normales. Aquí hay hasta calendario con citas y lista de espera.

Pero claro, nosotros somos especiales y solo con asentir al portero, nos deja pasar sin problema. Una canción del momento, de lo más marchosa, se escucha cada vez más mediante nos adentramos. La luminosidad es bastante baja hasta que llegamos a la pista de baile y las luces de colores bailan al ritmo de la música. Cuerpos femeninos y masculinos se mueven sinuosos. No me gusta demasiado bailar, intentarlo solo significa quedar en ridículo por lo que siempre opto por quedarme quieto en la barra y ver a mi alrededor.

Nos sentamos en una mesa con sofás mullidos de color blanco, son espacios íntimos, rodeados de una fina tela de tul gris. Una camarera de lo más amable y hermosa, nos apunta lo que vamos a beber.

—¿Recuerdas a Estela? —la pregunta de Chad me toma por sorpresa y dejo de observar a la gente para prestarle atención.

—Claro, tu amiga con derecho, la cual es íntima amiga de tus madres y que te saca como diez años... —Le digo para hacerlo rabiar.

No es que me importe una soberana mierda con quien se líe Chad, mientras que no sea con una menor. Mientras que sea adulta, da igual la edad que tenga. Pero siempre es divertido sacarlo de quicio.

—No es gracioso, capullo —gruñe obstinado.

La camarera vuelve y deja la botella, de Louis Roederer Cristal Rosé de dos mil ocho, encima de la mesa junto a dos copas. Chad es el primero en agarrarla y descorcharla, sin hacer mayor algarabía de ello. Es pijo como él solo y no se contentaría con un par de cervezas o copas de cualquier ron.

Llena cada copa hasta la mitad y tras darle un trago me mira fijamente.

—Creo que les ha dicho algo a mis madres —confiesa frotándose el cabello de atrás hacia delante y vuelta.

He aprendido a lidiar con ese tic suyo, da igual las veces que le diga que eso hará que se le caiga el pelo, él lo sigue haciendo, importándole tres pepinos. Hago una mueca con los labios y tomo un sorbo de champan.

—¿Cuánto de jodido es eso? —Le pregunto apoyándome en el respaldo del sofá.

—Mucho. No soy un niño, puedo hacer lo que me venga en gana, pero es que es amiga de ellas... Sería demasiado violento tener que dar explicaciones o sencillamente estar en el mismo lugar que ella y mis madres, ¿entiendes? —explica, mordiéndose el labio, sacando de su bolsillo un bombón de chocolate blanco.

—¿Tienes otro de esos? —le pregunto antojado.

Me lo da y lo saboreo haciendo de la combinación con el champan, algo delicioso. Lo señalo para dar mi punto de vista, Chad escucha atentamente y por un momento odio ser el que tiene consejos para todo el mundo excepto para mí mismo.

—Como ya dijiste, no eres ningún niño. Bel y Mary, también lo saben y no creo que te juzguen. Las conoces, yo las conozco y no son así. Por lo tanto, relájate, cómete a esa mujer las veces que se te antoje y disfruta del momento. Y lo otro... —me quedo a medias sin saber qué decir en realidad. Quiero tranquilizarlo, hacerle saber que estoy aquí para él y que siempre le servirá charlar conmigo. Por lo que me infundo de valor y le digo lo que tengo que decirle aunque luego me tenga que arrepentir—.

Todo saldrá como tiene que salir. Tu mamá está tranquila, no tiene miedo porque os tiene a Mary y a ti. No hagas que lo tenga por tu culpa.

Eso último lo hace asentir conforme y se relaja en el sillón, tomando de su copa. Le sonrío y vuelvo a mirar la pista de baile. La música cambia en ese momento, una canción lenta que he escuchado escasas dos veces, la cual me pareció tan sensual y envolvente. *Go Fuck yourself de two feet*, creo recordar. Entonces como una fantasía, rodeada de halos de luz roja, veo a Isabel. Su cabello está suelto, con suaves ondas, sus ojos cerrados, disfrutando de la canción como si estuviera sola. La falda de vuelo color negro, le llega hasta la rodilla pero lo que más llama mi atención es la gran abertura que deja su pierna al descubierto hasta casi llegarle a la cadera.

Sinuosa mueve sus caderas, sus ojos están fijos en mí y me pregunto cuándo es que se ha dado

cuenta de mi presencia. Es tarde cuando la canción llega a la cúspide, donde una voz femenina gime emulando un orgasmo. Isabel se arquea, abre los labios, puedo sentir el aliento cálido desprenderse de ellos estando a más de cuatro metros de distancia.

Trago saliva. Mi corazón bombea tan fuerte que parece que voy a sufrir un ataque. La veo bailar, sonreír en mi dirección, y diciéndome en silencio lo que quiere. Frunzo el ceño cuando la veo modular algo. «Ven».

Es lo que entiendo o quiero entender.

—Esa morena te está diciendo que vayas y como no lo hagas, seré yo y te arrepentirás —dice Chad haciéndome reaccionar.

Me levanto y la alcanzo justo cuando el estribillo vuelve a sonar. Se gira, pegando su trasero a mi polla, provocando que me ponga más duro de lo que su bailecito ha provocado. Serpentea hacia abajo y cuando sube, lo hace alzando su trasero y rozándose deliciosamente. Con fuerza la agarro del brazo, la canción se acaba y me la llevo a un sitio menos concurrido.

Jadea cuando la presiono contra una pared, es el pasillo que da a los lavabos, por lo menos no hay demasiada gente para presenciar lo que malditamente voy a hacerle con tanto gusto. Cierra los ojos cuando estoy a milímetros de su boca, me desea, tanto o más que yo deseo que ocurra.

Sonríó cretino y decido hacerla sufrir un poco más. Es la primera vez que quiero que todo pase tan lento que parezca que se para el tiempo, tengo que aprovechar.

Rozo mi nariz con la suya, la música que suena ahora no me lo pone demasiado fácil como tampoco la mano de Isabel que araña mi pecho sobre la camisa.

—¿Por qué no lo haces de una vez? —pregunta haciéndome saber cuánto ha bebido por el olor a alcohol que desprende al hablar.

—¿Qué cosa?

Agarro su pierna, la falda de seda se le sube por el muslo y engancho su corva en mi cadera. Necesitando de alivio, me restriego contra ella, haciendo que adelante su pelvis, buscándome. Como simuláramos la penetración. Cierra y abre los ojos como si no aguantara lo que sea que está sintiendo. Puedo hacerme una ligera idea, ya que humedece mi pantalón con rapidez. O no lleva ropa interior o la tela es demasiado fina.

Comprobarlo por mí mismo pasa por mi cabeza pero entonces estaría follándomela en un lugar demasiado público.

—Besarme, aunque mañana me arrepienta... —responde en susurros ahogados, arqueándose, regalándome la visión de sus preciosos pechos desnudos bajo la blusa.

—He tenido ganas de besarte desde que aterrizaste sobre mí en la consulta. No sabes lo que me hizo tener tu sabor por el resto del día cada vez que me relamía los labios.

Eso hace que se muerda los suyos con fuerza, me acerco un poco más, saco la lengua y perfilo la comisura derecha de su boca con pericia y delicadeza. Degustándola por fin.

—¿Entonces qué estás esperando?

—¿Debería hacerlo? —le pregunto de vuelta por el simple placer de hacerla rabiar.

—¡Sí! —exclama enfurruñada como si fuera una niña pequeña.

De ninguna manera iba a dejar pasar la oportunidad de probarla, esta vez, más a fondo. Sin embargo, las ganas de jugar, de atrasar lo inevitable, hacen que siga resistiéndome aunque duela.

—Te arrepentirás mañana —le digo con pena impostada.

—Queda mucho para eso, puede que hasta se acabe el mundo y entonces...

—Seré yo el que me arrepienta —acabo por ella, matando toda distancia de nuestros labios.

ONCE

En el primer roce ya siento morir. Besarla es muchísimo más delicioso de lo que recordaba.

Isabel gime en mi boca, respira por la nariz para no perder baza y ataca mi boca con su lengua. Mordiéndome los labios, entregándome el de ella inferior para que haga lo mismo.

—Joder... —resuello notando el sudor corriéndome por la espalda.

Inconscientemente mi pelvis se adelanta, rozándome contra su sexo en un fútil intento de calmar mis ansias. Está borracha, como ella ha dicho, mañana se arrepentirá de esto y no quiero que eso ocurra bajo ninguna circunstancia. Deseo que después de estar conmigo no sea capaz de sacarme de su cabeza como yo no puedo sacarla a ella de la mía.

Y eso que aún no hemos alcanzado la segunda base.

Su mano serpentea entre nosotros, posándola sobre mi erección, apretando y masajeando haciendo que un sonido gutural escape de mi garganta.

—No quiero follarte en un pasillo —le digo más para convencerme a mí que a ella.

—¿Y por qué no? —pregunta en un tono añorado a causa de lo borracha que está.

Acaricio su cabello, reparto besitos por sus mejillas para volver a sus labios y darle piquitos que me saben a gloria. Isabel saca la lengua, me tienta, me busca y cuando voy a mandarlo todo a la mierda, escucho la voz de Chad a mi lado.

—Tomas, *tenemos* que irnos —dice haciendo énfasis en tenemos.

Frunzo el ceño, bajo la pierna de Isabel y me separo lo suficiente para no estar tan pegado a ella y volverme a perder. La cara de Chad me dice que salir de aquí es primordial, por lo que sin preguntarle de qué se trata, me despido de Isabel con un: nos vemos el lunes; y salgo del pasillo entrando otra vez en la pista de baile.

Chad sigue andando dirección a la salida, entonces lo veo. Veo el motivo por el que jodidamente tengo que salir de aquí cagando leches.

Emily. Mi ex mujer está apoyada en la barra, acompañada de dos de sus amigas, bastante conocidas para mí. Mis piernas parecen ralentizarse o es que todo se ha vuelto a cámara lenta. Hace tanto tiempo que no la veo que el shock que sufro es bestial.

Lleva el pelo suelto, como cuando salía de la ducha o se levantaba en las mañanas. Luce espléndida aunque no es la misma mujer que conocí en la adolescencia. Su nariz ha cambiado, sus labios son más gruesos y luce con orgullo un par de senos grandes apretados contra el escote de su vestido blanco perla. Alguien tira de mí y cuando vengo a darme cuenta, estoy en la calle, con el aire fresco de la madrugada dándome la lucidez que esa mujer me ha quitado estando a más de cinco metros de distancia.

Un miedo irracional me envuelve hasta atenuar mi garganta, haciéndome imposible coger aire y respirar. «No... que no me esté pasando de nuevo...» Pienso, llevando las manos a mis sienes y cerrando los ojos fuertemente. Imágenes se me vienen a la cabeza, como si fuese una película de terror.

Llegaba de trabajar tarde, la cena estaba fría en el salón. Emily me había llamado incontables veces por no hablar de las decenas de mensajes diciendo que con quién estaba. La cita con el cliente se había alargado aunque también me retrasé todo lo que pude por tal de retrasar mi llegada a casa. Voceé su nombre cuando vi luz en la planta alta. No me contestó.

Mi corazón estaba acelerado, la sangre me corría deprisa por las venas.

Cuando llegué al baño, lo que vi me asustó tanto que casi muero de un ataque.

La bañera estaba llena. Agua roja. Emily semi inconsciente dentro de ella.

Esa fue nuestra primera crisis de verdad. A partir de ahí, todo fue en picado. Cada vez peor que la anterior. Hasta que me di cuenta que yo no era el culpable. Mi mujer necesitaba ayuda profesional. Lástima que nunca quiso ser ayudada, nos hubiéramos ahorrado mucho hasta el día de hoy.

—¡Tomas, joder!

Abro los ojos y pestañeo cuando veo turbio. Las lágrimas hacen que no enfoquen lo suficientemente bien, por lo que froto mis ojos con los nudillos y miro a mi amigo como si fuese una tabla de salvamento.

—El taxi está esperándonos, muévete —me ordena ayudándome a levantarme.

Siquiera me había dado cuenta que estaba sentado en el suelo. El taxi se mueve, abro la ventanilla para así hacer que el aire despeje mis pensamientos. Escucho a Chad hablar con alguien, luego dice el nombre de Ray junto con el de Emily. Maldita sea. Ahora tendré los culos de mis mejores amigos atosigándome con el tema de acabar con todo esto. No es que yo mismo no lo quiera así, Dios sabe cuánto lo deseo, pero volver a revivir lo que pasó esa noche o las siguientes escenas donde Emily casi pierde la vida, muero de miedo.

—¿Cómo te encuentras?

Suspiro y me froto la cara con las manos. El taxi acaba de aparcar frente a mi casa y no sé qué demonios hacer. Si quedarme aquí o buscar refugio en otro lugar donde me encuentre a salvo. A salvo de las pesadillas que seguramente me atormentarán toda la bendita noche.

—Sí —miento y abro la puerta con la intención de salir.

—Puedo quedarme contigo si quieres —dice con cautela, como si en cualquier momento le fuera a morder como un perro rabioso.

—No te preocupes, estoy bien, solo ha sido un pequeño ataque de ansiedad. Ya sabes... —le digo lo más tranquilo que puedo para que así se crea mis palabras.

Ahora lo único que tengo ganas es de salir corriendo hasta que me duelan las piernas. No obstante, opto por salir del taxi y subir a mi casa.

En cuanto abro la puerta de mi habitación siento mi teléfono sonar en el bolsillo. Sé quién es. *Numb* se reproduce a todo volumen y suspiro antes de descolgar. Sin pensar que responderle sería como ponerme en la trayectoria de una bala.

—Cariño, ¿no te enseñaron que irte sin saludar es de mala educación?

Ya está. Emily me ha visto, entonces el miedo que me recorre la espalda, a modo de escalofrío, es diferente al que normalmente siento.

Isabel. Ella estaba conmigo en el pasillo, si la ha visto acabo de firmar mi sentencia de muerte. Porque jamás voy a permitir que nadie le ponga un dedo encima. Aprieto los puños en coraje, mi mandíbula también y casi escucho chirriar mis dientes por la fuerza que ejerzo.

—¿Qué demonios quieres de mí? —Le pregunto iracundo.

—Ey, tranquilízate, no es como que fuera a visitarte e incumplir la maravillosa orden de alejamiento que me pusiste. A menos que tú me pidas que vaya.

El sonido de un claxon me hace saber que está en la calle e inconscientemente voy hacia el balcón rezando para no verla. Suspiro de alivio al no atisbar a nadie parecido y cuelgo. Darle cuerda es como entregarle carnaza a un tiburón hambriento. Con prisas, abro mi armario, sacando un bolso y metiendo prendas sin mirar siquiera. Cojo las llaves del *Maserati* y sin pensar mucho más, bajo en el ascensor hasta el aparcamiento.

Busco en la agenda de mi teléfono y doy con el número de Isabel. No estoy jodidamente tranquilo con ella y Emily en el mismo sitio. Tengo que saber que está bien. Sin embargo a los cinco tonos, salta el contestador.

—¡Mierda!

Marco ahora a Murray y este me lo coge a los dos tonos.

—Tomas —dice mi nombre con preocupación en la voz.

—Ray, necesito que hagas algo por mí.

Entro en el coche y conecto el manos libres antes de hacer que se abra la puerta para salir a la calle.

—¿Qué necesitas? —pregunta alejándose del sonido de la música y las voces de la gente.

—Quiero que vayas al club Shantera... Emily está allí e Isabel también. No estoy preparado para volver y...

—Tomas —vuelve a decir mi nombre, cortando mi retahíla.

Sin darme cuenta mi respiración se ha vuelto irregular y temo tener un accidente de coche en el estado que me encuentro. Por lo que me obligo a contar hasta diez y relajarme.

—Tranquilo, yo voy a ver si está todo bien, no tienes que preocuparte.

¿Cuéntame qué ha pasado?

—¿Chad no te lo ha contado? De verdad no me apetece hablar de ello.

Escucho su suspiro y luego la voz de Lauren diciéndole que se marcha.

—Espera, yo también me voy, tenemos que hacer una parada en el Shantera.

No escucho la contestación de Lauren pero sí la voz de León diciendo que los acompaña. Giro a la izquierda y me paro en el semáforo en rojo.

—Llámame en cuanto sepas que está bien. Voy a la casa de los Hamptons, necesito estar alejado unas horas.

—Entiendo —murmura relajado—. Ten cuidado, lo que necesites, llámanos.

Asiento aunque no me pueda ver y cuelgo sin querer decir una palabra más. No estoy seguro si voy a poder hacerlo siquiera. El nudo en la garganta me hace tragar incontables veces y ni aun así se deshace. Soy un cobarde. Un puto cobarde por no volver y ser yo mismo el que vaya a ver si está bien. Pero entonces me expondría de nuevo, la vería otra vez y los ataques de ansiedad que creí tenerlos a buen recaudo, salgan a la luz.

Una media hora después, veo el nombre de Murray en la pantalla del coche. Pulso la pantalla dándome cuenta de lo que me tiembla la mano de los nervios.

—¿Está bien? —pregunto ansioso.

—Por mucho que busqué no la vi, hombre... Pero sí a tu exmujer.

Isabel se tiene que haber marchado ya de aquí.

Suspiro de alivio y le doy las gracias antes de colgar. «Está bien...»

pienso infundiéndome tranquilidad. Seguramente esté ya en su casa, medio dormida en su cama y a salvo. Aprieto el volante con fuerza y aguanto como puedo las ganas de gritar. Me siento tan impotente, que si no fuera por orgullo, ya me estaría echando a llorar. Dos horas más tarde, estoy entrando por la verja de la casa. El aire fresco con olor a salitre que proviene de la playa hace que me calme.

La casa está semi iluminada. El ama de llaves y su esposo, los cuales cuidan de la finca cuando no estamos, las dejan encendida para que no de la sensación de estar abandonada. Aparco justo en la entrada, junto a la gran fuente. Las luces automáticas del porche se encienden a mi llegada y abro la puerta.

Aspiro el olor a limpio y en cuanto cierro tras de mí, me siento a salvo.

DOCE

Un ruido me despierta de golpe y miro la hora en el reloj despertador de la mesilla, viendo que apenas he dormido cuatro horas seguidas. Frunzo el ceño al escuchar barullo en la planta baja y es cuando oigo a Murray discutir con John. Me levanto de la cama y estiro mi cuerpo, viendo maravillado el paisaje a través de los grandes ventanales abiertos.

Kilómetros y kilómetros de agua, arena y cielo. Con nada más que los calzoncillos, salgo al pasillo y me asomo por la baranda para ver un par de bolsos al pie de las escaleras y a Lauren

teniendo una conversación bastante acalorada con Jessica.

—¿Es que uno no puede venir a relajarse en soledad? —pregunto en voz alta haciendo que Jessica de un brinco y Lauren cambie su cara de mal follado por una sonrisa.

—Da gracias porque nos tienes y no te dejamos morir en esa soledad que dices querer —contesta con humor.

Jessica me saluda con una sonrisa y un amago de su mano.

—¿Has estado haciendo ejercicio, Tommy, Tommy? —pregunta ladeando la cabeza para darme un repaso en toda regla.

Ruedo los ojos y alzo los brazos para que, si ve, que mire en condiciones.

—Uf... Qué jodidamente bien te trata la vida —murmura antes de lanzarle una mirada a Lauren con más de un significado e irse dirección a la sala.

No sé por qué tengo la imperiosa necesidad de disculparme con él.

Todavía sigo diciéndome que no es más que un hombre demasiado protector con aquellas personas que quiere y ama. Pero estoy empezando a darme cuenta de que con Jessica se pasa demasiado. Cosa que creo, a ella, le molesta sobremanera.

Lo veo subir las escaleras, llevándose uno de los bolsos, colgado del hombro.

—Tú también estás muy bueno, Lauren —le digo con mofa haciendo que ruede los ojos y suelte una carcajada.

—Lo sé... Pero por mucho que ella te diga, yo opino que te estás poniendo fondón. Empezando por aquí —indica justo antes de darme con el bolso en pleno estómago.

—Los celos no hacen bien a nadie, Lauren. Deberías ir sabiéndolo ya —Le recuerdo.

Apoyo un codo en la baranda y me giro en su dirección antes de que entre en su habitación al final del pasillo.

—¿Me lo dices por experiencia, Tomas?

Y tras ese golpe bajo que me hace fruncir el ceño, cierra la puerta de un puntapié. Niego con la cabeza y me molesto un poco. No ha sido mi intención molestarlo, o sí, pero no de la manera con la que se lo ha tomado. De un año hacia acá, está más irascible de lo normal pero no seré yo el que le pregunte. Me visto con unas bermudas del año en que inventaron los teléfonos móviles y una camiseta que ya tiene sus campañas. Eso pasa cuando haces el equipaje sin ver más allá de querer largarte cagando leches. Bajo las escaleras, dándole un último vistazo a la puerta cerrada de Lauren. En cuanto llego a la sala, veo a Murray sentado en el sofá viendo un documental, a Cecilia recostada sobre su hombro medio dormida, Jessica se escucha en la cocina en compañía de Chad y John chatea con alguien por el teléfono mientras sonrío bobalicón.

Todos, excepto John, levantan la cabeza en cuanto sienten mi presencia.

—Antes de que digas nada, piensa que lo hemos hecho por ti —dice Cecilia con voz dulce, incorporándose un poco.

Estoy tentado a decirle que está más hermosa de lo normal, que su cabello luce brillante y sedoso. Pero me abstengo. Lo que me falta es tener a Murray gruñéndome cada dos por tres como lo hace con John.

—No mientas, feminazi, vinimos porque no íbamos a dejar a este capullo disfrutar de la mansión y la playa él solo —rebate John haciéndola refunfuñar.

—Ni caso a este idiota. ¿Cómo estás? —responde Murray después de lanzarle una mala mirada a John que sigue sin quitar la vista del teléfono.

Voy a contestarle cuando mi móvil suena en mis manos. Me llevo la grata sorpresa que se trata de Isabel y alzo un dedo a Murray para salir fuera del alcance de sus oídos. Malditamente tengo que coger esta llamada.

—Sí... —Mi voz sale como me siento. Ilusionado. Y eso me toma con la guardia baja, hacía tiempo que no sentía lo que estoy sintiendo solamente por escuchar su voz.

—Ehmm... Señor Tomas, soy Isabel —dice con un leve tartamudeo al principio.

Sonrí sin poder evitarlo y me siento en el primer escalón que da a la planta alta.

—Lo sé, y tú deberías tutearme, no es como si estuviéramos en consulta.

Carraspea y me la imagino enrollándose un mechón de cabello color chocolate entre los dedos. Cierro los ojos, para que la imagen se evoque a todo color como si fuera real.

—He visto las llamadas y pensé que necesitabas... necesitaba algo — termina hablándome de usted.

Como si anoche no la hubiera tenido dispuesta a entregarme hasta el último centímetro de su deliciosa carne. Solo recordar la suavidad de su cuello, la tersura de su muslo en mi mano y la humedad de su coño mojando mi pantalón, mi piel se eriza.

—Solo quería saber si estabas bien —Le digo con franqueza, tragando duro.

Lo que menos quiero es que la conversación vire hacia la dirección que jodidamente no quiero llegar. Emily está fuera de todo esto.

—Sí, estoy bien, gracias por preocuparse. La cita sigue en pie mañana a última hora, no pude hacerle hueco antes.

La coletilla de su frase me hace sonreír cretino.

—El hueco que me dejes, estará bien, Isabel —susurro cuando escucho los pasos de alguien salir de la cocina.

Jessica se acerca a mí, me besa la mejilla y se va. No puedo evitar sonreír. La muy mocosa se ha metido en mi corazón y ya pasa a ser como la hermanita que nunca tuve.

—No me diga... —responde Isabel con retintín haciéndome reír a carcajadas.

—Te digo y te lo enseño en persona si lo deseas.

La escucho resoplar y mi risa más se intensifica.

—No se retrase, odio que me hagan esperar.

—Es bueno saberlo. Me apunto que te gusta rápido y duro, ¿no?

Isabel gime exasperada al otro lado del teléfono, ese sonido solo activa el botón que hace que todo yo me altere y quiera ponerlo como tono de pantalla.

—No me provoque o seré yo la que lo deje temblando.

Y tras esa perla, me cuelga el teléfono. Como si no hubiera conseguido dejarme temblante ya.

—Será divertido ver cómo lo haces en persona —susurro para mí, deseando que ya sea mañana y verla... O hacerle lo que mi mente se empeña en imaginar.

Pasar el día con los chicos, incluyendo a Cecilia y a Jessica, es lo mejor que hay. Hacen que mis problemas se queden encerrados, que los olvide por completo y eso es de agradecer. Sobre todo cuando crees que tu vida solo puede girar en torno a ellos. Jugamos en la playa como infantes.

Chad, por el contrario, por mucho que intente unirse a nosotros, siempre acaba distrayéndose en sus pensamientos.

No puedo evitar sentirme mal, al final fui yo el que acabó necesítándolo y él quedándose con la misma preocupación que al principio. Aunque, por otro lado, dudo mucho que se fuera a tranquilizar hasta que no pase el día de mañana y le digan a Bel que todo está bien.

Almorzamos al aire libre, una de nuestras famosas barbacoas y nos permitimos tomarnos más cervezas de las que deberíamos. Mañana hay trabajo, sin embargo, por algún motivo, hoy es día de celebración. Aunque no haya nada que celebrar, excepto que estamos vivos.

Tras mi tercera cerveza, se me viene a la cabeza que debería ir a visitar a mi padre. No es que me fuera a reconocer, pero eso no quita que yo necesite verlo para saber si está bien. Desde que mi hermano murió, empezó a sufrir ataques, pérdidas de memoria y se puso demasiado violento con todo aquel que se acercaba. Mi papá, tal y como lo conocía, había muerto junto con él.

Le envió un mensaje a Mason, porque desde aquel día que me llamó, no he sabido nada más él. Me contesta a los pocos minutos, haciéndome saber que parece estar cambiando y queriendo acercarse a mí. Hay personas a las que les cuesta un mundo levantarse de una caída. Yo tuve y tengo la suerte de refugiarme en personas como Lauren, Murray, Chad, León y John; aunque este último no sea muy cariñoso que digamos. Sin embargo, cada uno de ellos, me ayudan a no caer del todo cuando me veo perdido.

Entonces entiendo que Mason pudo haberse ido con la intención de buscar su propio apoyo, que quedándose aquí, no encontraría.

Son las ocho de la tarde cuando decidimos irnos a casa. Debemos estar descansados para poder estar lúcidos en la mañana. Como todos hemos bebido lo suficiente como para no poder circular sin formar un accidente, hemos llamado a nuestros chóferes para que nos llevaran a Nueva York.

León, Lauren y Jessica comparten un coche conmigo y en cuanto nos ponemos en marcha, noto la tensión palpable en el ambiente.

León se queda dormido a los pocos minutos y me pregunto si lo ha hecho a posta o simplemente es causa de las decenas de cervezas que se ha bebido. Veo a Lauren nervioso y a Jessica un tanto incómoda. Por lo que cierro los ojos, haciéndome el dormido. No es hasta que ha pasado como media hora, que escucho el susurro de Jessica.

—¿Me vas a ignorar para siempre?

—Jessica... —le contesta él con tono de advertencia.

Ella resopla y estoy a nada de sonreír si no fuera que tengo demasiadas ganas de saber lo que se traen estos dos entre manos.

—Están dormidos y alcoholizados, no nos escuchan, y si lo hacen lo olvidarán mañana. Ahora responde.

—Sí, Jessica, sí. Es lo que pretendo, ignorarte, eres la única que no se da cuenta.

—Eres un gilipollas. No me merezco...

—¿No te mereces qué? —pregunta Lauren subiendo el tono, cortando su frase a la mitad.

Escucho a León balbucear algo inteligible y abro los ojos en rendijas para ver la cara de espanto de Lauren para luego suspirar aliviado, mirarme a mí y de vuelta su atención a la rubia. Cierro los ojos por completo, lo que me falta es que se den cuenta de que los estoy espiando como una vieja metiche.

—Yo soy el que no me merezco esto, joder. Tú simplemente desapareces. Yo no puedo hacerlo por más que quiera. Así que te agradecería que me dejaras tranquilo, me olvidaras como yo estoy intentando hacer.

Se quedan en silencio unos segundos eternos, no me atrevo a abrir los ojos de nuevo por miedo a lo que pueda encontrarme en sus rostros. Luego escucho como si alguien sorbiera por la nariz.

—Eres un insensible —dice Jessica con voz nasal. ¿Está llorando?

—Créeme, cariño, siento demasiadas cosas como para ser insensible — replica con ironía.

—Pues a mí me parece que sientes muy poco.

—Jessica, por favor. ¿Para esto quisiste venir en el mismo coche que yo?

—No, ya veo que es imposible tener una conversación contigo. Mucho que dices ser el adulto, pareces un niño de teta.

—Habla la niña mimada que si no tiene lo que quiere hace berrinche — rebate enfadado.

La cosa se está poniendo demasiado tensa, tanto que dudo que León tarde mucho en despertar. Me estiro en el asiento, bostezo y hago como que me despierto de pronto. Los veo cada uno mirando a un lado, sin rozarse. Lauren es el primero en observarme. Sonríe y yo le devuelvo el gesto.

Cuando llego a casa, me despido de ellos, León sigue muerto en el asiento por lo que me pregunto cómo harán para sacarlo del coche. Entro en mi casa, dejo el bolso en una esquina del salón y me desnudo en el camino a la ducha. Será mejor que no le dé demasiadas vueltas a lo que acabo de presenciar o me volveré loco.

TRECE

Llego demasiado pronto a la consulta, el deseo de verla me puede y aunque no entre todavía, tengo la esperanza de poder atisbarla aunque sea a través del cristal. Me siento en la sala de espera, como me ha indicado su secretaria y noto su mirada puesta en mí hasta pasados unos minutos. Esta mañana los muchachos y yo hemos tenido una entrevista en la televisión.

Algo rápido, sin demasiada importancia, sin embargo eso hace que el foco de la atención esté puesta en nosotros durante unos cuantos días. No me extraña que esta mujer que me sigue mirando de reojo, se haya visto el programa y esté en shock al verme aquí.

Una chica sale de la consulta y es cuando la veo a ella. Despidiéndose de su paciente con un amago y una sonrisa. Viste un vestido blanco hasta las rodillas, sin mangas y cuello tortuga. No deja nada a la imaginación y eso que está prácticamente tapada. Carece de sujetador, lo puedo adivinar, justo cuando se gira a verme sentado en la silla.

Le sonrío y me llevo los dedos a los labios para no dejar escapar un gruñido animal, repasando su figura, siendo lo más hermoso y excitante que he visto en mucho tiempo. Una sonrisa le baila en los labios, entonces agarra el picaporte para cerrar, se da la vuelta y me dirige una mirada cargada de significado sobre su hombro, justo antes de que la puerta toque el marco.

Aguanto la respiración y me mantengo como puedo en el asiento sin echar a correr, abrir esa puerta y comérmela completa. Cuánto daría por tumbarla sobre la mesa, verla con ese vestidito arremolinado en las caderas y averiguar si carece de bragas también.

—Señor Brown puede pasar —me avisa la secretaria y no ha terminado de decir la frase que ya estoy de pie.

Cierro y abro las manos a cada lado de mi cuerpo cuando no soy capaz de retener el hormigueo en mis palmas. Abro, ella está sentada en su silla, con la vista puesta en su libreta de notas. Cierro tras de mí y la veo alzar la vista unos segundos para verme, antes de devolverla a la libreta.

—Buenas tardes, señor Brown —saluda en ese tono profesional que me enerva y me pone duro a la vez—. Túmbese en el diván, cerraré un poco las persianas.

Se levanta de la silla y hago lo que me dice sin rechistar. Como la última vez, me quito los zapatos, la chaqueta y desprendo los primeros botones de mi camisa, remangándome las mangas a continuación. La estancia se ensombrece un poco y enciende la luz tenue de la lámpara a mi lado, inclinándose más de la cuenta, poniendo su trasero en la trayectoria de mi mirada. Suspiro y tengo que apretar las manos, otra vez, para no tocarla. Lo ha hecho adrede, lo sé y no me puede poner más feliz y excitado lo dispuesta que está a jugar conmigo.

Se sienta en su sillón al lado mío y cruza las piernas, dándome un maravilloso espectáculo. No lleva bragas, joder.

Miro al techo y cojo aire para después soltarlo lentamente. «Cálmate» me digo a mí mismo en una especie de mantra.

—¿Empezamos?

Trago saliva y asiento, estaba tan ansioso por verla a ella que se me olvidó el primer motivo por el que vengo a sus citas. Me sacará mi mierda aunque tenga que sufrir como un hijo de puta. Ya luego tendré la recompensa, estoy seguro.

Le cuento de mi familia, de mis hermanos, de la enfermedad que se llevó al pequeño, obviando lo que le ocurre a mi padre. Isabel hace preguntas demasiado personales, todavía no tocamos el tema de Emily y lo agradezco, es algo que quiero retrasar todo lo posible. No sé por qué, lo que me ocurrió con ella y lo que sigue ocurriéndome, me hace más daño que lo que ocurrió con mi familia.

Isabel me tiende un vaso de agua cuando acabo de hablar. La noche ha caído, como la última vez que estuve aquí. La miro por primera vez desde que entré y ella me sonrío amable. Es tan bonita que da miedo. No estoy acostumbrado a esa clase de belleza suya. Algo natural, que te hace evocar paisajes preciosos y lejanos. Montaña, flores, naturaleza, todo a la vez.

—Si le parece bien, le mandaré tarea para que haga en casa —dice con dulzura, cerrando la libreta, dejándola encima de la mesita auxiliar y posando los codos en sus rodillas.

Sonrío por puro reflejo y asiento conforme, sin decir nada al respecto.

Como ya hemos acabado la sesión, me siento en el diván y me giro para quedar frente a ella,

con sus piernas entre medio de las mías. Eso la coge por sorpresa pero no se aparta, solo traga saliva y sonrío nerviosa antes de proseguir.

—Procure hacer algo antes de dormir para mantener su mente alejada de pensamientos indeseados. Lea algún libro, escriba un diario o algo así, por muy infantil que suene esto último, ayuda mucho.

—¿Y qué se supone que escriba en ese diario? —pregunto adelantando mis manos hasta posarlas una en su rodilla y la otra en el muslo.

Descubriendo su piel, subiendo la tela de su vestido.

Isabel no me aparta, tampoco deja de mirarme con expectación. Abre los labios un poco, dejando salir el aire que ha retenido por mi atrevimiento.

—Lo que quiera, ya sea lo que hace durante el día o la noche —esto último le sale susurrado, como se imaginase lo que hago a esas horas.

No digo nada más, solo me dedico a pasarle las palmas de mis manos por su piel suave, subiendo cada vez más el dobladillo hasta casi alcanzar el principio de sus muslos. Terciopelo con olor a crema hidratante de leves tonos florales. Me acerco a su rostro, calibrando su expresión y así seguir a delante, o por el contrario, recular.

Cierra los ojos y se acerca, también desea que la bese, pero antes de que pase, su teléfono vibra encima de la mesa de cristal y ella parece despertar de un sueño. Se levanta, yo lo hago también, se separa de mí todo lo que puede, acercándose al centro de la estancia. Con la mano derecha se frota la frente y se revuelve el cabello, mientras que la otra la posa en su cadera. Cuando me pongo los zapatos y la chaqueta, apago la luz de la lámpara, sumiéndonos en la oscuridad. La luz de los coches que pasan por la calle, hacen que vea por donde camino.

No se mueve, me espera y cuando estoy cerca, no aguanto más lo lejos que estamos. Agarro su nuca y la atraigo con fuerza hasta mi boca, Consiguiendo el beso que tanto deseaba desde que llegué. Las manos de Isabel suben con delicadeza hasta agarrarme de la camisa en los costados.

Mueve sus labios, de nuevo hace eso que me vuelve loco, entregarme el inferior para que se lo chupe y muerda. Profiriendo un delicioso gemido.

La agarro del culo y de un salto me rodea con sus muslos las caderas.

Sus dedos aprietan mi cabello, siseo de dolor y placer al mismo tiempo.

Me la llevo hacia la mesa, con cuidado de no tropezar con nada, la siento en ella y jadea al sentir el contraste de temperatura con el cristal.

Su boca sabe a delirio, a locura, a mala idea... Pero no puedo parar. No consigo detener mis manos que aprietan la carne de sus muslos y tira del borde del vestido hasta arremolinarlo en sus caderas. Un coche pasa, alumbrando la estancia lo suficiente para poder atisbar su precioso coño depilado sin nada que lo cubra.

—Quiero saber si has pensado en mí cuando decidiste venir a trabajar sin ropa interior...

Siento su sonrisa pegada a mi boca, adelanta la pelvis y se pega por completo a mi entrepierna henchida, aprisionada contra el pantalón.

Agarro su barbilla cuando pretende besarme. «Maldición necesito que me responda»

—Contéstame —le ordeno en un susurro bronco.

—A veces me apetece ir cómoda, señor Brown, no todo tiene que ir girando en torno a un hombre —responde envalentonada.

—Muy bonito discurso, señorita Becker, pero no has respondido.

¿Pensaste en mí?

—Si le digo que sí ¿qué pasará?

—Que me harás el hombre más feliz del mundo —le respondo franco, no sé por qué siento

celos por imaginar que era para otro.

—Quieres que te diga... —comenzó, por fin, tuteándome—, que me miré al espejo pensando en que te iba a ver. Que ibas a saber que no llevo nada debajo. Que me masturbé esta mañana imaginando que eras tú el que me tocaba...

—¿Lo has hecho? —pregunto como si mi vida dependiera de su respuesta.

Un coche aparcando frente a las ventanas hace que gracias a la luz de los faros, pueda ver su cara. Entonces lo sé. No hace falta que me diga nada más, sé que esta mañana lo primero que ha hecho ha sido darse placer pensando en mí.

Le arranco un grito en cuanto me abalanzo sobre ella para besarla con ganas. Mordisqueo su labio inferior, cuando me lo entrega, yo le doy el mío y lo chupa como si fuera mi polla y eso me vuelve loco. Hasta tal punto que no soy consciente de mi fuerza y la aprieto contra mí, golpeando su sexo rudamente contra el mío todavía cubierto. Mi boca desciende por su delicado cuello, repasando con la lengua la vena yugular y escuchando sus suspiros ahogados de fondo.

Isabel se quita el vestido por la cabeza, odio estar a oscuras, sin embargo puedo decir que mis otros sentidos están doblemente agudizados.

Su olor, el sentido del tacto de su piel en mis palmas, el sabor... No podré verla pero sí sentirla y es muchísimo más morboso y placentero.

Llego a su pecho derecho mientras que le presto atención al izquierdo con mis dedos. Tiro de ellos, Isabel se arquea divina y mediante bajo por su esternón repartiendo besos, paso por su estómago y llego por fin a su monte de venus, se recuesta sobre la mesa. Le abro las piernas, es tan flexible que sus rodillas tocan el cristal.

—No sabes lo bien que lo vamos a pasar... —murmuro, besando el interior de sus muslos, soplando en su sexo para hacerla gemir y retorcerse.

—¡Hazlo de una vez! —exclama en voz baja, no queriendo llamar la atención de su secretaria, que seguramente se estará preguntando qué hacemos tanto tiempo y a oscuras.

—Tan impaciente... —digo antes de pasar mi lengua cargada de saliva de abajo arriba por su coño.

El sabor de su excitación hace que mi polla palpite. «No. No todavía» me digo a mí mismo. Isabel gime mi nombre, resollando en busca de aire.

Se mueve sobre mi boca, haciendo contacto completamente. Me la como con gusto, mordisqueando sus labios y chupándolos como premio después.

Masajeo sus muslos, tiene la carne prieta, cálida. Un cuerpo de verdad que voy a disfrutar como no tiene idea. Siempre y cuando acepte estar conmigo.

—Todo tu cuerpo grita que siga —le digo lamiendo su ingle derecha, luego la izquierda y volver a pasar la lengua por su entrada.

—Pues para escucharlo tan claro, vas demasiado lento —refunfuña agarrando mi cabello con fuerza y enterrándose en su entrepierna.

Ahogo una risa y le doy lo que quiere solo por unos segundos. Tanteo su abertura con los dedos, impregnándome de sus jugos, introduciéndolos solo un centímetro y sacarlos.

—No quiero que te arrepientas luego —le respondo—. Tampoco sé si aceptarías mis condiciones.

Eso llama su atención y la noto erguirse hasta ponerse sentada.

—¿Condiciones? —pregunta al fin.

Tengo la sensación de que piensa que esto es una broma de mal gusto, que esa frase la he sacado de una película mala. Pero no. Todo es tan real que temo que no acepte y se me escape.

—Sí, no podrán vernos en público, no nos podremos ver todos los días aunque muera de ganas

y sobretodo no podrás decírselo a nadie.

—¿Te avergüenzas de que nos vean juntos? —se atreve a preguntar.

Me incorporo hasta quedar frente a su cara, agarro sus mejillas y la beso para hacerle saber que no es eso lo que me preocupa ni mucho menos.

—No, Isabel, no, por Dios. Solo que no puedo imaginar que te ocurra algo por mi culpa.

—Sé cuidar de mí misma —responde.

—¿Eso es que te lo estás replanteando? —le expreso con otra pregunta, no pudiendo evitar que una sonrisa curve mis labios—. ¿Incluso teniendo novio? —recalco esto último, acariciando su clítoris con el pulgar, para que no se me enfríe demasiado con tanta charla.

Se queda callada, muerde su labio inferior para ahogar un gemido. Sus caderas se mueven en mi busca, imitando los movimientos de mis dedos.

—Puedo llegar a celarme demasiado si sigo acercándome a ti, Isabel.

No soy así, jamás lo he sido, pero haces que me convierta en un animal cuando te tengo así de cerca. No pretendo compartirme con nadie.

Mis dedos entran en ella, curvándolos al final y así hacerla perder el resuello del todo. Se queda sentada, con su boca pegada a la mía, dejando salir jadeos exasperados.

—Puedo pensarme aceptar tus condiciones —murmura llevando una de sus manos a mi entrepierna. Siseo una maldición—. Pero tú también deberás acatar las mías.

—¿Y cuáles son? —Mi voz sale ahogada, estoy a punto de correrme y solo me está tocando por encima de los pantalones.

—No preguntes sobre mi vida privada.

CATORCE

«No preguntes sobre mi vida privada» Y así tal cual, la hice correrse con mi boca hasta que me dolieron los labios y ella dejó de temblar. Iba a acatar su condición, siempre y cuando ella aceptase las mías. Es un trato.

El cual aún no está cerrado para desgracia mía. Después de que su respiración se normalizara, su teléfono sonó una vez más, ella me despidió con un beso y la promesa de llamarme cuando tuviera una respuesta.

Me quedé como un imbécil empalmado pero no podía arrepentirme de nada. Todavía, si me relamo los labios, puedo degustar su sabor. Nada más salir, después de secarme la boca con la manga de la camisa, para que la secretaria no vea la humedad mojándome la barba, me juré hacerla entrar en razón. Convencerla de que sería la mejor experiencia que tendría y yo con ella. Sin embargo, había un gran elefante rosa en la ecuación. Ese que tenía letreros grandes diciendo que podía caer irremediablemente enamorado de ella. Si no lo estaba un poco ya. No sé por qué ella es diferente, o sí que lo sé, no siempre tiene que haber una razón en específico para gustarte alguien o enamorarte. Simplemente pasa. Me conozco lo suficiente para saber que cuando me llega, me llega y con Isabel estoy llegando demasiado rápido, cosa que me asusta como la mierda.

Por un lado me pareció injusto no poder saber nada de su vida privada, no saber de dónde viene cuando ella lo sabe todo de mí. Incluso cosas que muy poca gente sabe. Y por otro, intento decirme que está en todo su derecho, yo no soy psicólogo como ella. A mí no me pagan por escuchar la vida de nadie. Es la que debe elegir si contarme o no y hacer de lo que tengamos algo más formal. Aunque el principal problema sea la loca de mi exmujer y lo que pueda pasar si se entera.

Es cuando llego a casa, con la cabeza embotada de tanto pensar sin éxito, que se me ocurre una idea. No es que sea buena a largo plazo pero lo suficientemente satisfactorio para ambas partes por lo menos para un par de semanas. Quitarme esta insoportable picazón. Esas ganas de ella que

me vuelven demente.

Me doy una ducha rápida, ceno un poco de pollo a la plancha y me acuesto tras ver que no he recibido ningún mensaje de Isabel. Entonces cuando estoy consiguiendo conciliar el sueño, mi teléfono suena con una notificación.

«Acepto tus condiciones. ¿Cuándo podremos vernos otra vez?»

Me froto los ojos y leo por tres veces la escueta línea. Sonrío contento y le contesto con un mensaje de voz. No me veo en condiciones de escribir con el temblor de mis manos.

—Me alegro de que tengas tantas ganas de verme como yo a ti. ¿Hace cuánto no te tomas unas vacaciones? Estaba pensando en una escapada, dos semanas, tú y yo, lejos de aquí. No aceptaré un no por respuesta.

Le doy a enviar y espero pacientemente a que lo escuche.

«Soy mi propia jefa, puedo coger vacaciones cuando quiera»

Una carcajada brota de mis labios sin querer y le envío otro audio. El sueño se me ha ido de golpe.

—Es bueno saberlo, yo también lo soy, por lo que te espero en el aeropuerto John F. Kennedy el lunes de la semana que viene a las siete de la mañana. Dí mi nombre, te indicarán dónde encontrarme.

—¿Tantas ganas tienes de verme que no esperas ni una semana? — responde con otro audio.

—Mmmm... y menos cuando me envías audios con esa voz. Menos puedo aguantar sin verte.

«Tengo que hablar con mis pacientes, no prometo nada».

«Te puedo dar hasta mañana, si no, iré a buscarte y te convenceré»

respondo desesperado.

«Será divertido ver cómo lo intentas»

Que escriba esa frase me sorprende demasiado. La uso continuamente, como si fuera una coetilla, por lo que sin querer, me hago la película en mi cabeza. No obstante, el miedo aparece, ocupando mayor espacio que la ilusión. Me despido de ella con un beso y me responde con otro. Lo que daría por recibir su despedida en persona...

Muerdo la uña de mi pulgar y miro con nerviosismo la puerta del avión por donde se supone que debe entrar Isabel de un momento a otro. Me levanto como un resorte, no pudiendo estar quieto mucho más y me dirijo al baño privado dentro de la habitación. Tener tanto dinero y no saber dónde gastarlo, hace que cometas locuras y adquieras cosas que no necesariamente necesitas. Sin embargo, cuando veo la cama, grande, con la colcha blanca y cojines negros, puedo imaginarme cómo sería tenerla ahí tumbada y desnuda. Muerdo mi labio y entro en el aseo para refrescarme un poco.

Ha pasado una semana, casi ni hemos hablado, ya que he tenido que adelantar mucho trabajo para poder dejarlo todo atado y que los chicos no se vean desbordados con más trabajo. Aún recuerdo el tercer grado de Murray, preguntándome dónde, con quien y cuánto tiempo me marcharía.

Aunque no lo dijo, tengo la ligera sospecha de que cree que me voy para huir de Emily. En teoría puede que sea así, pero más que nada, lo que pretendo es disfrutar de Isabel sin que nada ni nadie se entrometa.

Poder follármela a placer, cada vez que me dé la gana, tomarme mi tiempo en lamerla, olerla. Para cuando vuelva, lo único que me quede es el recuerdo de haber pasado las dos semanas más maravillosas de mi vida.

Trago saliva cuando la realidad me golpea y me miro al espejo por si me veo igual que me

siento. Las ganas que tengo de aterrizar en la isla, son las mismas que no tengo para que acaben tan rápido que no me dé tiempo a disfrutarla de verdad. ¿Y luego qué? ¿Qué haré cuando volvamos y no me haya deshecho de esa ansia que tengo por ella? ¿Qué pasa si este tiempo solo hace que me obsesione más y no pueda lograr separarme?

Preguntas que intento ahogar, echándome agua en la cara con las manos.

Abro la puerta del baño para salir y me sobresalto al ver a Isabel inclinada hacia delante, en la cama. Me doy cuenta de que está con la maleta abierta, buscando algo, no sé qué aunque no me importa demasiado. La visión de sus piernas torneadas, desnudas y con el trasero casi al aire por la ínfima falda que lleva, me corta la respiración y cualquier pensamiento coherente. Me convierto en ser unineuronal.

Me acerco a ella, como un depredador acechando su presa, paseo mi mirada desde sus tobillos a su culo. Lleva tanga, lo sé cuándo se inclina un poco más y no hay tela que le cubra los glúteos. Eso, o de nuevo, ha decidido que es buena idea ir sin bragas por la vida. No puedo evitar adelantar las manos hasta posarlas en sus caderas. Isabel ahoga un grito de sorpresa cuando, de un tirón, la llevo hacia atrás hasta pegarla contra mi entrepierna.

Puedo ver que sonrío cuando se yergue y posa la cabeza en mi hombro, restregándose impudorosa por mi erección.

—Es de cobardes atacar por la espalda —dice cerrando los ojos cuando le beso el cuello.

Mis manos suben la suave tela de su falda, descubriendo más y más piel, hasta llegar por fin a su sexo. No sé si suspirar de alivio por saber que lleva puesto algo, por mínimo que sea, o de fastidio por tener que quitárselas y perder tiempo.

—También es muy feo de tu parte calentar la comida si no pretendes darme de comer... —le susurro en el oído, antes de lamer el lóbulo y tirar de él con los dientes.

Un suspiro algodónoso brota de sus labios y no sé si morir de ternura o reventar como una palomita de lo caliente que me pone.

—¿Quieres comerme? —pregunta girándose.

Quedando de frente, con esos ojos marrones casi negros por la excitación, mirándome pícaro.

—Quiero más que eso —le respondo franco, aguantando un gemido cuando siento sus manos arañarme el pecho sobre la camiseta.

—Adoro cómo se siente tu barba en mis muslos... —confiesa acariciando la misma. Haciendo que mi polla de un brinco—. Tuve que reprimir las ganas de llamarte todas estas noches para que vinieses a mi cama y me comieras.

—¿Pretendes matarme? No puedes decir eso como si nada, vas a hacer que caiga de rodillas.

Isabel sonrío sensual, con esos succulentos labios regordetes que me gustan tanto besar.

—Es lo que pretendo, sí. Así que cómeme. Nunca he experimentado lo que se siente correrse en un avión.

Caigo de rodillas y no pierdo el tiempo. Ya tendremos suficiente cuando lleguemos a la isla. Ahora la quiero rápido y fuerte, como le gusta.

Entierro la cara en el resquicio de sus muslos, ella se levanta la falda suavemente, a la misma velocidad que lo hacen mis besos hasta llegar a su entrepierna. Aspiro y me mareo. Como si hubiese esnifado droga de la mejor calidad.

—Podría hacerme adicto a tu olor —susurro sacando la lengua y lamiendo sobre la tela de encaje donde ya está húmeda por y para mí.

—Y yo a tu lengua.

Amo que sea tan directa en el sexo, que me diga lo que piensa sin avergonzarse. Que me indique lo que le gusta, lo que le apetece. Eso hace que mi cabeza explote, mi corazón bombee

sangre en cantidades industriales y viaje a un lugar en el que quiero echar raíces para siempre.

Un sonido en los altavoces hace que pierda el hilo de mis pensamientos y escucho al piloto decir que vamos a despegar en diez minutos. Hago una mueca con los labios y miro hacia arriba, hacia su cara.

—Tenemos que ser rápidos o esperar a que despeguemos.

—Más nos vale darnos prisa entonces, no creo poder aguantar diez minutos sin tener tu boca en mí.

Con un gruñido la empujo hacia la cama, tirándome encima de ella y devorándole la boca con ansias. Coloco sus manos sobre su cabeza, con mi derecha, serpenteo por su cuerpo hasta hacerle a un lado su ropa interior y poder tocarla con los dedos.

—Deja tus manos donde están, como me toques, harás que pierda la razón y te folle como un desquiciado. Y no creo poder acabar contigo en diez minutos, nena.

Isabel hace lo que le digo, dejando escapar un jadeo cuando desciendo por su cuerpo. Beso sus pechos sobre la camiseta y aparto la tela para descubrir un precioso pezón duro. Muerdo, lamo y soplo, hasta que la tengo gimiendo mi nombre. Llego por fin a su coño, sin perder un segundo, ataco su clítoris sin piedad. Isabel se arquea, recibiendo mis lengüetazos con el vaivén de sus caderas. Alzo la vista cuando siento su mirada, tiene los labios abiertos, dejando salir jadeos y gemidos preciosos.

Lubrico dos de mis dedos con la humedad que emana de su coño, índice y anular, pasándolos a continuación, por el perineo y así tantear su ano. Su respiración cambia, presiono, solo las puntitas de mis dedos y ella empuja haciendo que los introduzca más. «Dios... mátame ahora»

Isabel se corre violentamente y sin esperármelo, una vez la penetro por completo con los dedos. A los pocos segundos, dándole lánguidas lamidas a su coño hinchado, se yergue en posición sentada y me atrae hasta su boca para besarme. Me muerde los labios, se saborea y gime, haciéndome gruñir de dolor por lo excitado que estoy.

La agarro de la mano, separándome de su boca y me la llevo al sofá para ponerle el cinturón de seguridad.

—Vamos a hacernos daño si sigues así, Isabel... —le reprocho con falsa molestia, intentando abrocharme el cinturón. Es difícil cuando tu polla parece el puto mástil de una bandera.

—¿Quieres que te ayude? —pregunta cuando noto el avión moverse.

—Joder sí y no, no me fio de ti —contesto, sintiendo el sudor correrme por las sienes del esfuerzo.

Las manos de Isabel aterrizan en mi entrepierna, deslizando los dedos adrede hasta alcanzar la hebilla. Pero antes abrocharla, me baja la bragueta y los calzoncillos, dejando mi erección al aire. «Lo sabía y no sabe lo contento que me ha puesto» Coloco mis manos en los reposabrazos, viendo cómo trabaja con el cinturón hasta que consigue abrocharlo. El avión coge velocidad, un cosquilleo familiar me recorre el bajo vientre pero incrementado por las caricias “accidentales” de sus manos. Cuando creo que no va a hacer nada más, dejo caer la cabeza hacia atrás, entonces siento algo húmedo en el glande.

—Joder, Isabel... —si quiera soy capaz de abrir los ojos y mirar cómo me la come.

Es eso o correrme en dos segundos. Con una mano masajea mis huevos por dentro del calzoncillo, con la otra me masturba y su lengua hace círculos en la punta lentamente. El avión despega, un escalofrío recorre mi espalda, aunque tenga un calor de mil demonios.

—Para o me correré en tu boca —Le aviso.

Deja de lamarme pero no disminuye la velocidad de su mano.

—Hazlo, me encantará probar cómo sabes.

Y solo hace falta que me mire de esa forma que me vuelve jodidamente demente y posar nuevamente sus labios en mí. El orgasmo es tan intenso que se me duermen las manos y no consigo regular mi respiración por lo menos hasta que pasa un minuto. Si esto es el prelude... no me quiero imaginar lo que será estar con esta mujer por dos semanas completas.

QUINCE

Llegamos a la isla, aterrizando directamente en la playa. La villa se alza magnífica en el fondo, rodeada de palmeras, árboles y flores. La arena fina y clara hace que el contraste con la madera oscura de la fachada sea maravilloso a la vista. Isabel es la primera en bajar las escaleras, las hélices todavía están en movimiento por lo que su cabello vuela por todos lados, haciendo que entorpezca su visión. Cosa que por poco hace que se caiga de bruces sobre la arena si no llego a estar detrás suyo para agarrarla.

—Ya decía yo que estabas tardando en tropezar, menos mal no hay ningún líquido cerca para que puedas destrozarme más ropa —bromeo cuando la tengo bien sujeta, de cara a mí, para no recibir su ataque en reprimenda.

—¿Te das cuenta que las rodillas las tengo bien libres para golpearte las bolas? —dice sobreactuando una sonrisa, pareciéndome adorablemente follable.

—Sí, pero si lo haces, eso hará que estas dos semanas no sean tan placenteras como queremos.

Entrecierra los ojos y sé que sabe que tengo razón. Beso su cuello y la hago girar sobre sí misma, pero sin dejarla escapar. Me encanta tenerla abrazada por mucho calor que haga. Olisqueo su coronilla, encontrando su olor mezclado con la sal del aire. Caminamos juntos hasta llegar al camino hecho de tablones de madera y la conduzco hacia la entrada.

—No sería yo la que me quejase de vivir aquí para el resto de mi vida —dice provocando una carcajada de mi parte.

Cuando llegamos a la puerta de entrada, habiendo subido la ancha escalera de madera, la dejo entrar primero y que admire las vistas. Porque una vez la tenga para mí, no la dejaré ver nada que no sea yo. Me alegra que no se espante con tanta ostentación. Estoy seguro que está más que al corriente de que no soy ningún pobretón, no me falta un capricho ni necesidad. Me gusta verla maravillada ante tanta “purpurina” rodeándola, sin embargo, algo me dice que hay otras cosas más importantes para ella que el poder o el dinero.

—¿La casa es tuya? —pregunta al cabo de unos minutos, cuando le ha dado un vistazo al gran salón y a la cocina.

La casa está fresca gracias al aire acondicionado, tendré que subirles el sueldo a los empleados que la tienen impecable desde que la compré. Me acerco a ella y la rodeo con los brazos, ella levanta los suyos hasta mi cuello.

—Sí, ¿asustada? —bromeo, haciendo que ruede los ojos.

—En parte sí porque es grande y alejada de la civilización. Si grito no me oirán... —acaba, mordiéndose el labio y mirándome otra vez de esa manera.

—No me mires así —le digo muy serio, agarrándole del trasero y apretándola contra mí. Haciéndole saber lo que provoca—. Esa es la gracia de traerte a una villa de lujo apartado de todos los seres humanos. Hacerte gritar. Mucho.

—Lo que sientes cada vez que te miro así, es totalmente proporcional a lo que siento yo cada vez que me dices cosas como esa.

—Pues entonces no veremos más allá de la cama en catorce días.

Isabel sonríe coqueta.

—Entonces espero que sea grande, aunque viendo la magnificencia que te rodea, tengo una ligera sospecha.

Agarro su blusa por el borde, ella alza los brazos solícita y se la quito dejándola con los pechos al aire.

—¿Pretendes desnudarme en el recibidor? ¿Qué hay de eso que dijiste de hacerlo en una cama?

Desabrocho el botón de su falda y la hago caer al suelo junto con la otra prenda. Beso su cuello suave, y paso las manos por sus costillas, con los pulgares rozando cada seno, provocándole un escalofrío.

—Demasiado lejos. Verte subir esas escaleras con esa insignificante falda, solo haría que te follase en los escalones. Solo me estoy ahorrando unos segundos.

Se agarra del cuello de mi camisa y hace que me siente en el segundo escalón. Está divina, hermosa, poderosa y me pone a cien.

—Quítate el pantalón y ponte un preservativo —me ordena desde su altura, mordisqueándose el labio inferior.

Sonrío porque no sé qué es lo que he hecho en esta vida para que me haya conducido hasta ella. Y para colmo, haber sido por culpa de sus tropiezos. Me ha costado dos trajes, sin embargo, podría manchar todo mi guardarropa si eso significaría tenerla un poco más. Me desnudo como me ha pedido, no voy a decirle eso en voz alta. No quiero asustarla. Ahora entiendo a esas personas enamoradizas que no se atreven a decirles a la persona que quieren sus sentimientos. Yo no es que la quiera como tal, pero sí deseo hacerlo con todas las ganas. Es lista, preciosa, independiente, ruda y delicada en un perfecto equilibrio, sin vergüenzas, segura de sí misma. ¿Qué más se puede pedir? El miedo es que sea yo el que no le guste con toda la mierda que acarreo. Ya sabe parte de ella, seguramente esté más que acostumbrada a escuchar historias y traumas de todo tipo.

Pero no deja de ponerme nervioso la idea de que eso la haga huir lejos de mí.

—Oye... ¿Tomas estás bien?

Noto su peso cuando se sienta a horcajadas sobre mí. Me doy cuenta que me he perdido en mis pensamientos y no me he acabado de desnudar.

Sonrío como puedo, ella me devuelve el gesto y con cariño me besa los labios.

—No pretendía hacerte sentir mal... yo solo... —empieza a disculparse y antes de que lo haga del todo la beso.

—No ha sido tu culpa, suele pasarme a menudo. Me quedo absorto pensando, mi cabeza parece no querer desconectar nunca, así que el que lo siente soy yo, perdóname.

Ella niega con la cabeza. Está desnuda, tibia, con la piel erizada y oliendo demasiado bien para ser legal. Me desabrocha la camisa hasta que deja mi pecho al aire, besa mi cuello, eso hace que cierre los ojos por acto reflejo. Alzo su trasero, lo suficiente para poder quitarme el pantalón y los calzoncillos. Con premura desenvuelto el condón sobre mi erección, habiéndolo cogido previamente de la cartera, y la dejo caer sobre mí.

—Dios mío... —resuella—. Dime que no vendrá nadie en este momento, porque si es así, no voy a parar.

Jadeo de la impresión, una carcajada entrecortada brota de sus labios hinchados por mis mordidas y ondea sus caderas, haciendo que entre y salga de ella suavemente. Agarro su culo, ayudándola con el movimiento, sin embargo no parece necesitar de mi ayuda para nada. Se arquea, sujetándose en mis rodillas. Puedo ver a todo color cómo mi polla entra y sale de su precioso coño. Su humedad me ha mojado entero y tengo que evitar seguir mirando si no quiero venirme tan pronto. ¿Pero qué coño me pasa? ¿Acaso vuelvo a la adolescencia?

Da igual el fresco que hace en el ambiente, yo me noto arder por dentro. Palmeo su trasero cuando noto que se tensa, ella se mueve más certeramente, encajando mis sutiles movimientos.

Gime fuerte y yo la miro maravillado. Su sexo se aprieta en torno a mí, entonces lleva una de sus manos a su clitoris, masajeándose insistentemente. No puedo aguantar mucho más, ella lo sabe en cuanto me mira a los ojos. Nos corremos casi a la vez, buscándonos a continuación, como si necesitáramos el uno del otro para recuperarnos.

Ella respira en mi cuello, yo en el suyo y nos quedamos así por largos minutos.

—Voy a hacer que dejes de sufrir —susurra tan bajito que casi creo no haberlo oído.

No digo nada al respecto, solo suspiro y le digo a mi corazón que afloje, que no salte al vacío. Solo espero que me haga caso, por lo menos, hasta que no esté en juego su seguridad.

—¿Qué vamos a comer? Estoy famélica —dice, apareciendo en la cocina.

Me abraza por la espalda, besa mi omóplato y se separa para ver qué hago.

—Lasaña, ya está casi lista.

Miro a través de la puerta del horno y me relamo los labios degustándola antes de tiempo. Isabel gime de gozo y se pone a trocear tomate para la ensalada que estoy preparando.

—¿Cómo es que aprendiste a cocinar? —pregunta a los pocos segundos, mirándome para calibrar mi expresión.

—Bueno, por necesidad y el haber cuidado de mis hermanos cuando mi padre estaba trabajando o mi madre... —me quedo con la frase en el aire sin querer decirle a bocajarro que ella se pasaba los días drogada o alcoholizada.

—No tienes porqué contármelo si no quieres, solo era curiosidad, no estamos en la consulta.

—Es un poco doloroso recordar, pero no todo era malo —Intento aligerar la tensión que se ha creado a nuestro alrededor—. Michael y Mason, siempre me pedían que hiciera la tarta mágica.

—¿Tarta mágica?

Sonrí y remuevo la ensalada cuando ya la he aderezado. Como le he dicho hay recuerdos bonitos, no todo era negro.

—Sí, la hacía pocas veces ya que no conseguía los ingredientes siempre. Llevaba chocolates, de cualquier tipo, también trozos de bizcocho. A veces pedazos de fruta, otras golosinas. Por eso lo de mágica, por fuera era siempre igual pero por dentro dependiendo de lo que conseguía, ya fuera porque mis vecinas me lo daban o podía conseguir, era de un sabor u otro.

—Es triste y bonito a la vez —murmura con suavidad, dejando caer su cabeza en mi hombro.

—Más bonito que triste, te lo puedo asegurar. De lo segundo siempre había por lo que cuando ocurría algo lo suficientemente bueno, era como... lo más maravilloso del mundo.

Estoy tentado a preguntarle de vuelta pero entonces estaría faltando a mi palabra. Muero por saber de dónde viene, si fue una niña feliz, si el capullo con el que la he visto las últimas veces es su novio. Pero me callo.

Termino la ensalada y saco la lasaña del horno, que desprende un olor delicioso. Comemos en silencio en la barra americana, compartiendo el plato para no tener que fregar. Ambos lo odiamos. Podría haber dejado que se quedaran mis empleados, sin embargo, quería esto para nosotros dos solos.

Una vez cenamos y recogemos, nos vamos juntos a la habitación.

Todavía está nuestro equipaje en las maletas, las ganas que teníamos el uno del otro, hizo que pospusiéramos ese trabajo para mañana. Nos acostamos en la gran cama King size, ella en el lado derecho y yo en el izquierdo. Me abraza por la espalda, besa mi hombro y me dice buenas noches.

Me quedo dormido con una sonrisa hasta que el calor hace que me despierte en mitad de la noche. Estoy sudando y eso que encendimos el aire acondicionado de la habitación. Hago una mueca ante el olor que llega a mi nariz, la busco con la mano, toco su piel, notándola fresca.

Entonces algo humedece mis dedos. Enciendo la luz y lo que veo hace que mi respiración se acelere y mis ojos se abran desorbitadamente. Miro mi cuerpo, las sábanas, a ella. Todo está cubierto de sangre e Isabel parece no respirar.

DIECISÉIS

Me llevo las manos a la cara, importándome poco mancharme de sangre. «No puede ser, no puede ser» Repito una y otra vez en susurros.

Entonces entre el aturdimiento escucho cómo me llama. Dice mi nombre y yo no dejo de llorar.

—Tomas, por favor, regresa conmigo.

—¡Isabel! —me yergo de golpe, sintiendo cómo se me está por salir el corazón del pecho.

La miro, está bien, su rostro no está ensangrentado, ni las sábanas, ni su pijama, ni mis manos. Todo ha sido una jodida pensadilla y lo más vergonzoso es que ella ha presenciado todo. Me levanto de la cama con náuseas, me dirijo al baño con pasos inestables y un tanto mareado. En cuanto alcanzo el inodoro, vacío mi estómago hasta que ya no me queda nada.

Me siento como la mierda. Los ojos me lagrimean, los nervios hacen que no deje de temblar y para colmo estoy escuchando a Isabel al otro lado de la puerta llamándome para dejarla entrar.

—Vete a la cama, por favor —le pido cuando puedo, por fin, articular palabra sin que me venga otra arcada.

—Tomas...

—¡Te he dicho que me dejes en paz!

En cuanto la frase sale de mi boca me arrepiento. Por lo que antes de meter la pata más todavía y que todo esto se vaya a la mierda incluso antes de haber empezado, me levanto del suelo y abro la puerta. Isabel me mira con comprensión inundando sus bonitas facciones. Ladea la cabeza y sonrío. Como si no le hubiera gritado y tratado de malas maneras.

—Perdóname —me disculpo en un susurro ronco.

—Tranquilo, ¿estás bien? —pregunta dando un paso en mi dirección, por acto reflejo me alejo de su toque.

Aprieto la mandíbula en coraje cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo, incluso inconscientemente.

—No puedo... simplemente necesito estar un momento solo.

—No la dejes entrar, Tomas —dice con cuidado, abrazándose a sí misma y mordisqueando su labio inferior. Sin dejar de mirarme a los ojos.

Gracias a la luz de la lámpara situada en la mesita de noche tras ella, puedo ver su figura frente a mí. Está hermosa. Con un pijama corto de raso blanco y ribetes de encaje negro. Sus pezones se marcan en la tela y por mucho que deseo perderme en su cuerpo y hacer que me olvide de todo, no puedo. Sería como comer hoy y tener hambre mañana. Y ya he tenido suficiente de esa mierda.

—No necesito de la psicología ahora mismo, quiero estar solo. Además no sé a qué te refieres con eso.

Me hago el tonto y por un momento pienso si en alguna de nuestras citas le he dicho algo acerca de Emily. Creo que algo sí, pero no lo suficiente como para que sepa que mis problemas son por su culpa.

—Me contaste que lo que te atormentaba era tu exmujer, después solo tuve que investigar un poco. No puedo saber si lo que cuentan en las revistas y en internet, es cierto al cien por cien, pero sé que el río suena si es que agua lleva.

—No estamos en ninguna sesión, tampoco me apetece hablar de mi pasado en este momento. Te he pedido disculpas por mi grito, pero no por lo que te he dicho. Déjame solo.

Cierro la puerta y me apoyo en esta con pesadez. Me llevo la mano al pecho cuando siento algo pellizcarme ahí. Remordimiento tal vez.

Escucho sus pasos lejos de la habitación y por un momento creo que se va a ir. Me intento tranquilizar, diciéndome que no tiene cómo marcharse.

Al cabo de un buen rato veo, a través de la ventana, los primeros rayos de sol. Es cuando decido salir de aquí, con la incertidumbre de saber lo que me voy a encontrar. La habitación está vacía, las sábanas revueltas tal como las dejé y la puerta abierta. Decido asearme y vestirme.

Preparándome para una charla que necesito tener con ella. Cuando estoy listo, salgo en su busca, encontrándola en el porche acurrucada en el balancín, con una manta fina en las piernas. La mañana está inusualmente fresca aunque el sol ya esté despuntando.

Me arrodillo junto a ella y sin poder evitarlo llevo mis dedos a su cabello. Disfrutando de la suavidad de las hebras color chocolate. Luego acaricio su frente, nariz y labios, siendo estos los que me distraen por unos pocos segundos antes de encontrarme con sus iris dorados.

—He sido un imbécil, si deseas marcharte solo dímelo y Marshall te llevará a Nueva York.

Se queda durante unos segundos observándome en silencio y cuando creo que no diré nada, cosa que me alivia de alguna manera, abre los labios y dice:

—¿Por qué yo, Tomas? ¿Por qué estoy yo aquí y no otra mujer? — formula con la voz pastosa del sueño.

Suspiro y paso las yemas de mis dedos por su hombro y brazo, provocando un escalofrío en su piel.

—¿Y por qué no?

—Yo pregunté antes —rebate agarrando el borde de la manta para llevársela hasta el cuello.

Con poco esfuerzo consigo cogerla en brazos, me siento y la abrazo.

Ella se deja hacer, se arrebujá en mi costado y me mira esperando la respuesta.

—Me pareces una mujer hermosa e interesante.

—Lo de hermosa te lo compro, pero lo de interesante... —dice haciéndome reír.

—Sí que lo eres. Me causas mucha intriga, por eso me jode tanto la condición que me pusiste. Necesito saber de dónde vienes aunque por tu acento más o menos puedo deducirlo. Pero cómo es que viniste a Nueva York, quién es el capullo infiel con el que te he visto y te llama incontables veces...

Su ceño se frunce y carraspeo cuando me doy cuenta de lo que he dicho. Pero hombre... si ese fuera su novio, que no lo sé, ella lo está engañando conmigo. Lo que es igual no es trampa, ley de vida.

—¿Y para qué te hace falta saber eso? Me llamo Isabel Becker Hidalgo, vivo en Nueva York, soy terapeuta. Lo demás carece de importancia si lo que quieres conocer es a mí.

—¿Hidalgo? Eso es que tu mamá no es inglesa, aunque puede deducirse por tu nombre. No hay demasiadas Isabel en América.

Ella suspira derrotada dándose cuenta que ella misma me ha dado una pista de su vida. Beso su frente, haciéndole ver que está bien.

—Sí, mi madre es española y hasta ahí te voy a contar. Eso hace que tenga el poder de faltar a tus condiciones cuando me dé la gana —dice con humor, levantándose y yéndose al interior de la casa.

—Ni se te ocurra —le advierto antes de que no pueda oírme.

—Ya lo veremos.

Cojo una cerveza del frigorífico y cuando cierro, me pego un susto de muerte al ver a Isabel a mi

lado. Se ríe de mí, vuelve a abrir y coge una para ella.

—Necesito hacer un par de llamadas pero luego soy toda tuya —dice dándole un trago a su cerveza.

—Eso suena muy bien —acepto guiñándole un ojo, acercándome a ella lo suficiente para acariciar su hombro.

Gracias a Dios nuestra charla de más temprano y lo que sucedió anoche, no ha hecho que desaparezca esto que tenemos. Beso su mejilla con besos suaves.

—No calientes la comida si no te la vas a comer... —advierte haciendo alusión a lo que le dije en el avión.

—Tienes razón, tengo que ponerle remedio entonces. ¿Está lo suficientemente caliente? Me gusta la comida que me queme la boca.

Ladea su rostro pareciendo jodidamente adorable y gruño como un animal antes de alzarla en vilo y subirla a la encimera. Me meto en su escote, lamiendo su canalillo y disfrutando de su sabor como si fuera un manjar de los dioses. Con prisas le quito las bragas, dejándolas pendiendo de su tobillo.

—Esa manía tuya de llevar falditas, me encanta demasiado.

—Así facilito el trabajo de que puedas meterme mano cada vez que se te antoje —responde resuelta, poniendo sus pies encima del granito para luego abrir las piernas y enseñarme su coño.

—¿Estás deseando que te coma no? —La provoco, masajeando el interior de sus muslos hasta llegar a sus ingles y vuelta a empezar.

—El que desea comerme eres tú, yo solamente disfruto del espectáculo.

Alzo una ceja, no creyéndome ni una palabra de lo que dice. Entonces para demostrar mi punto acerco mi boca a su coño sin llegar a tocarlo. Mi aliento golpea de lleno en su sexo, Isabel abre los labios dejando salir un jadeo que me hace reír. Voy un poco más allá, pasándole la lengua por su monte de venus, maravillándome por su suavidad. Una de sus manos alcanza mi cabeza, tirando de mi cabello hacia sí. Me yergo, beso su frente y me acerco a su oído para susurrarle:

—Cuando seas tú la que lo desees, búscame, estaré en la playa.

—Eres...

Le guiño un ojo antes de salir de la cocina, recolocándome la erección y pidiendo al cielo que venga detrás de mí.

DIECISIETE

El tiempo pasa demasiado rápido, los días, las horas, los minutos, todo se ha acelerado. Cuando me voy a dar cuenta, ya ha pasado una semana, en los que he empezado a adorar muchas cosas de Isabel. La forma que tiene de despertar. Su rostro soñoliento, la sonrisa perezosa cuando le digo de irnos a la cama, los suspiros a media noche cuando nota que le acaricio.

Toda y cada una de sus sonrisas y miradas. Incluso cuando sigue siendo esa misma patosa que me derramó un café hirviendo o varias copas de vino. También es súperperezosa, tanto, que tengo que darle la maña de despertarla de una manera más... efectiva. Y satisfactoria para ambas partes, todo hay que decirlo.

Le acabo de preguntar si le apetece comer fuera, hay un resort cerca de la parcela con un buen restaurante, según indica la gente con reseñas en internet. Ella simplemente ha chillado de contenta, se ha levantado del sofá, me ha besado, ha vuelto a chillar y ha salido corriendo dirección al cuarto para arreglarse. Como si no estuviera lo suficientemente divina con ese vestidito corto blanco, resaltando el bronceado que ha agarrado de tomar el sol en la playa.

Suspiro cuando lo que estoy sintiendo es demasiado insostenible. Creo que mi cara de tonto puede verse a kilómetros de distancia. Isabel se está metiendo bajo mi piel demasiado rápido y no

puedo hacer nada para que eso no ocurra. Llevado por la necesidad de verla, no pudiéndome aguantar el estar lejos de ella un segundo, cosa que me asusta muchísimo, voy a la habitación. Me quedo en el marco de la puerta escuchando cómo canta mientras se ducha, un vestido de margaritas amarillas descansa encima de la cama, sandalias de tacón y solo con la imagen de ella vestida así, me acelera el pulso.

Me escondo cuando oigo sus pasos, a continuación la veo salir del baño desnuda. Con el cabello goteando, dejando pisadas húmedas en el suelo de madera. Tiene la marca del bikini, mucho más blanca que el resto de su piel. El olor a flores de su gel de baño inunda el espacio, eso hace que aguante la respiración queriendo retenerlo en los pulmones. Puedo saber la ilusión que le hace salir después de toda una semana en la villa porque da pequeños saltitos como si estuviera bailando y tararea feliz.

Se me encoje las entrañas no poder darle eso por mucho que lo desee.

Aquí es diferente, no me conoce nadie ya que no he venido desde que compré la villa y apenas me moví del terreno. En Nueva York es diferente.

El foco mediático, los paparazis, los periodistas, todos estarían relamiéndose de gusto al saber que tienen la exclusiva. Como ocurrió con Murray y Cecilia cuando su historia se hizo pública.

Me acerco haciendo el suficiente ruido con mis pasos para no asustarla.

De igual forma pega un brinco, me mira sobre su hombro y sonrío. Me siento en la cama frente a ella y agarrándola de las caderas la acerco a mí hasta quedar a la altura de su ombligo. Beso su barriga, una y otra vez.

Ella me acaricia el cabello de forma lánguida y suspiro a la vez que la abrazo. No hay nada sexual en nuestro acto. Solo soy yo disfrutando de su cercanía para cuando ya no pueda hacerlo.

—Tengo la sensación de que algo te pasa, como no me cuentes no lo sabré y no podré ayudarte —murmura agarrando mi rostro para inclinarme la cabeza y así mirarla.

—No quiero volver a Nueva York —le confieso a medias, porque no estoy malditamente preparado para decirle que lo que quiero es a ella, siempre, de todas las formas posibles.

«Wow. ¿Cuándo es que pasó todo eso?»

—Nos podremos ver cada vez que quieras sin poner en peligro tus condiciones si es eso lo que te preocupa. Puedo ser disimulada aunque no lo parezca.

Le sonrío, beso su barriga y paso la nariz por su piel maravillándome una vez más de su suavidad.

—El problema es ese, que no podré tenerte como quiero.

—Oye, Tomas... —dice al cabo de un par de minutos, en los que se ha dedicado a acariciarme. Sentándose en mis piernas, completamente desnuda para mi placer visual y táctil.

—Ya nos vamos, solo déjame tenerte así un ratito más.

—No es por eso, te quería confesar algo.

Eso hace que deje de esconderme en su cuello y la mire a la cara. Está sonriendo, sin maquillaje está aún más preciosa si cabe.

—Estás muy guapa al natural —le digo no siendo mi intención ignorarla, simplemente no he podido evitar decirlo en voz alta.

Ella se sonroja y da una palmada a mi hombro en reprimenda.

—Al final harás que... —se queda a la mitad de la frase, niega con la cabeza como si descartase lo que está pensando—. Escucha lo que te tengo que decir o no lo haré nunca.

—A ver, dime. —Paso las manos por su muslo, con la derecha alcanzo su trasero y masajeo sus glúteos de manera inconsciente.

—¿Recuerdas a la mujer que te disparó en el pie con una pistola de bolas de pintura?

—No puede ser... —digo no creyéndome lo que está insinuando—, ¿fuiste tú la que me eliminó?

Ella asiente sonriendo bobalicona.

—¿Sabes lo que me dolió el pie después durante un par de días? Pero claro... ahora que caigo, raro fue no deducir que se trataba de ti.

—Oye, que yo también estuve días con un morado en la cadera que dolía horrores. Ambos nos eliminamos sin estar a la distancia de seguridad, por ende, somos culpables. Lo del bolazo en el pie, fue solo el karma por haberme disparado tan fuerte.

Suelto una carcajada y le doy un beso esperando que se convierta en algo más. De repente la única hambre que tengo es de ella, no de comida.

Sin embargo me hace saber las ganas que tiene de salir y pues... ¿Quién podría resistirse a esa carita preciosa?

—Tomas —me llama cuando estoy a punto de entrar en el restaurante.

Está observando la pantalla de su móvil, se muerde el labio nerviosa y eso me preocupa—. ¿Puedes ir entrando? Tengo que atender una llamada.

No espera a que le conteste que se aleja de nuevo hacia los aparcamientos. Mi ceño se frunce pero no diré nada al respecto. Eso sería preguntar sobre su vida privada a menos que se trate de trabajo. Pero cuando la veo descolgar, colocarse el teléfono en la oreja y sonreír como si estuviese hablando con el amor de su vida, no creo que sea ningún paciente. Eso me pone celoso. No puedo evitarlo.

Entro en el restaurante, no quiero darle más vueltas de las necesarias ya que para nada serviría. Un hombre mayor, con uniforme del restaurante, me alcanza en la puerta.

—Querría una mesa para dos, que sea lejos de la gente, a ser posible — Y acompañando a mis palabras, saco un fajo de billetes, entregándole cien dólares.

El hombre traga saliva, acepta los billetes guardándose en el interior de la chaquetilla y me lleva condigo hacia la terraza cubierta. El lugar es precioso, elegante y de tonos azules y blancos. Todo muy acorde con el paisaje playero justo al otro lado de la cristalera en donde se encuentran las mesas. Me lleva hacia una en la esquina, en efecto, como le he pedido, está lo suficientemente apartada como para poder comer tranquilo con Isabel. Si es que puedo disimular mi malestar. Aun así debo hacerlo.

No tengo ningún derecho, habiéndole pedido una relación sin formalidades. Sin presentaciones en público, tampoco acordamos exclusividad. Le pido al barman una cerveza bien fría, con la esperanza de que me calme la ansiedad que tengo. A los pocos minutos la veo entrar en el restaurante y buscarme con la mirada. Le levanto la mano, ella sonrío y se dirige a mí con una sonrisa preciosa.

Sonrisa que también le dedica a ese cabrón con el que sale.

Se sienta frente a mí después de regalarme un besito en los labios que hace que por un segundo se me olvide hasta mi nombre.

—Ummm quiero otra de esas —dice señalando mi cerveza.

Le pido otra al barman, que solícito, la trae rápidamente.

—¿Todo bien? —le pregunto sin poder retener mi lengua.

Casi se atraganta con la cerveza al escucharme. Claramente no le hace gracia tener que hablar de aquello que sea.

—Sí, todo genial. Qué rica está... —cambia de tema y agarra el menú.

Tras pedir una ración de marisco y un plato individual de paella española, nos quedamos en silencio disfrutando del paisaje junto a nosotros. Suspiro y me obligo a relajarme, no obstante, ya no es solo la molestia y los celos que me carcomen, si no que hace unos minutos, siento que alguien me está observando. Da igual la de veces que mire a mi alrededor, no consigo ver quién es el o la que me mira tan insistentemente.

—Me dijiste que pronto vendría tu hermano a visitarte, ¿no? —dice cogiendo un trozo de pan.

—Sí, viene con su mujer embarazada —digo sin poder retener una sonrisa.

Ella sonrío también para luego soltar un suspiro. Por mi culpa todo se ha vuelto incómodo y no sé cómo arreglarlo sin meter más la pata. Paso la mano por encima de la mesa hasta alcanzar la suya y le acaricio los dedos con cariño.

—Tomas quiero decirte algo —murmura de pronto en un tono bajo.

—Puedes decirme lo que quieras.

—Sé que te dije que no preguntaras por mi vida privada, pero creo que debo decírtelo.

—No tienes que hacerlo si no quieres —le digo sincero, me siento como un tonto niño malcriado ahora.

—Quiero hacerlo.

El camarero llega con la bandeja de marisco y la deja en el centro de la mesa. Nos quedamos en silencio hasta que se marcha. Sigo acariciando sus dedos, intentando no hacerle ver lo nervioso que estoy por lo que me vaya a decir. Me espero cualquier cosa y no sé si estoy preparado para escucharlo.

—Estos días... —empieza, desviando la mirada hacia su plato—, me he sentido muy a gusto contigo, tanto, que no sé cómo haré cuando volvamos a nueva york.

Su confesión me hace sonreír feliz y ella imita mi gesto añadiéndole un precioso sonrojo en sus mejillas.

—Quiero que sepas que mientras esté pasando esto entre nosotros, sea lo que sea, no estaré con ningún hombre. Pero no dejaré de tener contacto con Frank, hay algo que nos une, por mucho que quiera, no puedo cambiarlo.

Asiento conforme, como también suspiro de alivio. Sin haberme dicho quién es ese tal Frank, lo sé, no hay hoy hombre que haya visto con ella excepto a él.

—Podré soportarlo siempre que no intente ligar contigo.

—¿Qué? —pregunta divertida—, ¿de qué estás hablando? Hace como tres años que entre él y yo no ha pasado nada ni pasará. Por ambas partes si es lo que te preocupa. Ahora somos amigos por mucho que me saque de quicio.

—¿Entonces no era al él a quien le enviabas fotos sexis?

El sonrojo cubre sus mejillas casi al completo en cuanto la pregunta sale de mi boca, ella abre la suya, la cierra y suelta una risita nerviosa antes de hablar.

—Eso no... Fue mi mejor amiga, me dijo de una aplicación para conocer hombres y conocí a un tal Tommy, él me dio su número telefónico y le quise mandar esa foto. Solo me equivoqué de contacto, os llamáis parecido. Y no me vengas con sermones, mucha gente hemos hecho una estupidez así alguna vez, además, puede que estuviera con un par de copas o tres de vino. No sabía muy bien lo que hacía.

—No puedo reclamarte nada, Isabel, está bien. Pero déjame ser un celoso hombre de las cavernas aunque sea un rato. Es algo nuevo para mí y quiero explorar lo desconocido.

—Cuando lleguemos a la villa te dejo ser lo rudo que quieras, ahora quiero comer y coger fuerzas, deberías hacerlo también, también pienso explorar mucho hoy. —Y tras esa perla, se pone a comer como si nada.

DIECIOCHO

Ya dentro del Jeep que he alquilado para poder movernos, no puedo mantener las manos lejos de su cuerpo. Más concretamente encima de su muslo y ascendiendo hasta donde puedo alcanzar. Isabel se relame los labios, me provoca, sabe lo que hace con solo un par de sonrisas pícaras y me muero por comérmelas de un beso. Llegamos a la villa y no acabo de cerrar la puerta que rodea el coche, me coge de la mano y tira de mí hacia el mar.

—¿Qué pretendes? —le digo con el ceño fruncido.

—Pretendo hacer una de mis fantasías realidad.

Me saco las sandalias, ella se quita las suyas y así vestidos, nos metemos hasta que el agua me cubre por el pecho. Se acerca a mi cuerpo, rodea mis caderas con sus muslos y pega su entrepierna a la mía de golpe.

El vaivén de las olas hace que el contacto se profundice, agarro su rostro, no aguantado más el ansia de comérmela a besos.

Un movimiento me alerta, dejo de besarla y me giro para comprobar que no haya nadie.

—¿Pasa algo?

—Creo que será mejor que entremos, no sé por qué desde hace rato siento como si alguien estuviera observándome.

Isabel no rebate, me acompaña hasta la villa y cierro la puerta con llave antes de seguirla escaleras arriba. Poniendo todo el suelo perdido de agua.

El jacuzzi parece el lugar elegido por mi intrépida compañera, que no le basta con una cama. La veo maravillado cómo se desnuda, porque tampoco puede hacerlo normal. Ella tiene que hacerme mierda el cerebro hasta el último segundo. Una canción lenta y de lo más sensual, que no tardo ni tres segundos en reconocer, ya que es la misma que se reproducía aquella noche en el club, suena a través de los altavoces del baño. Se quita el vestido empapado y lo deja caer en el suelo, se mueve sinuosa, girándose para dejarme ver su tanga amarillo.

Me acerco, atraído por ella como si me hubiera convertido en imán y ella en metal. Jadea al notar mis manos posarse en sus caderas, deslizándose con facilidad gracias a la humedad de su piel. Hago a un lado su cabello castaño, lamo su hombro, reparto besitos por todo su cuello hasta llegar a su oído.

—No puedes hacerme esto... —le digo como si me doliera el solo reconocerlo o ella tuviera la culpa de ponerme tanto—. Va a ser terrible cuando tengamos que volver.

—Eso está muy lejos aún de ocurrir, déjame disfrutarte y disfruta de mí.

Me mira a los ojos fijamente, como si quisiera grabarme esa frase a fuego en mi cerebro. Parece que lo consigue, porque no puedo decir absolutamente nada al respecto antes de posar mis labios en los suyos.

Tira de mí suavemente, metiéndome en el jacuzzi con ella. Me siento y ella se arrodilla frente a mí, con destreza desabotona cada uno de los botones de mi camisa hasta que me la quita y deja flotar entre las burbujas.

Luego es el turno de mis pantalones y mi ropa interior, me desnuda, me besa y acaricia como si hubiera estado haciéndolo toda la vida. Sabe cómo reducirme como un total sumiso sin siquiera hablar. Me dejo caer en el respaldo, posando los brazos en el borde, cuando es demasiado sentir su boca lamiendo mis pezones.

—Espero no ahogarme con lo que pretendo hacer... —Abro los ojos a lo justo cuando la veo sumergir la cabeza en el agua, es tarde cuando intento agarrarla, que siento su boca en mi polla.

—Solo un poco y la hago subir... solo un poco más... —murmuro flojo, diciéndomelo a mí mismo.

Isabel sube y baja por mi erección, solo dejando en la superficie su trasero con el tanga amarillo resaltando en su piel dorada. Llevo una de mis manos a su glúteo y la azoto, provocando que me chupe más ávidamente. Emerge del agua solo para coger aire y entra de nuevo para seguir con la tarea de darme placer como nunca otra lo ha hecho.

Cuando siento que estoy próximo a correrme, la agarro de las axilas para que salga del agua. Suelto una risa cuando veo su cabello tapándole la cara y ella intentando coger aire. La siento encima de mí a horcajadas mientras que le aparto cada mechón hasta ver su precioso rostro.

—Estás preciosa —le digo a la misma vez que hago a un lado su ropa interior y la hago bajar sobre mí.

—Tomas, debemos protegernos —dice en un momento de lucidez sin sacarme de su interior.

—Estoy sano si es lo que te preguntas, siempre usé condón.

—¿No te preocupa dejarme embarazada? —pregunta subiendo por mi erección para luego empalarse con fuerza.

Aprieto sus caderas con fuerza y gruño de placer. Ella parece disfrutar con esto.

—No. No me preocupa.

Su precioso ceño se frunce, le beso la zona y sigo repartiendo besitos por toda su cara y así hacer que se relaje. He sido totalmente sincero, la noticia de un bebé siempre es buena. Aunque nuestra relación no vaya a más, siempre estaría ahí para él. Aunque siempre he soñado formar una familia y que esta esté unida. Algo que yo no tuve con la mía.

—Tomo pastillas anticonceptivas por prescripción médica —dice después de un rato.

—Entonces... ¿Quieres seguir? —le digo abrazándola lo suficientemente fuerte como para moverla sobre mí a mi antojo.

Mi polla se abre paso en su coño con una facilidad pasmosa gracias al agua y a la humedad que se concentra en su interior.

—¿Hay una clausula en el contrato de tus condiciones donde especifique que no pueda enamorarme de ti? —murmura en mi oído cuando ya me tiene a punto.

—¿Y en la tuya? —cuestiono de vuelta.

—Yo pregunté primero —contesta con humor, repitiendo la misma frase que la otra vez.

—No, no la hay... puedes caer rendida a mis pies si es lo que deseas.

Una carcajada entrecortada brota de sus labios hinchados. Ya no hay más charla después de eso, así que me dedico a follarla como un desquiciado hasta que ambos acabamos jadeando el nombre del otro y necesitando más y más.

A la mañana siguiente el sonido de mi teléfono me despierta. Es la canción que les asigné a los chicos y me extraño al ver que es demasiado temprano como para que me llamen. Me asusto, no puedo evitarlo.

Silencio el móvil para no despertar a Isabel y me deshago de su abrazo con cuidado. Salgo a la terraza, está amaneciendo y el paisaje es maravilloso.

—Murray, ¿qué ocurre?

—Oh, hombre, por fin. Siento haberte despertado pero creo que debes saberlo.

—Dime, Murray, vas a conseguir que me ponga nervioso.

—Bueno, no seré yo el que lo haga. Te acabo de enviar un enlace, ábrelo y míralo por ti mismo.

Hago lo que me dice sin colgar la llamada, el link me lleva directamente a la página de una revista, una muy influyente en Nueva York. El titular ya me pone los vellos de punta. ESCAPADA ROMÁNTICA DE TOMAS BROWN Y UNA CHICA DESCONOCIDA.

No sigo leyendo ya que las imágenes que incluye el artículo llaman mi atención. Soy yo con Isabel en el restaurante, el día de ayer, no se le ve la cara, solo su espalda y cabello. Yo estoy sonriendo, agarrándole la mano sobre la mesa. La otra imagen es de cuando entramos al mar cuando regresamos, tampoco se le ve la cara a ella. No sé si el maldito periodista lo ha hecho adrede, ya que podría haber hecho más fotos en las que se le viera entera. Supongo que estarán dejando lo mejor para la revista en papel.

Entonces recuerdo que yo me di cuenta de su presencia en cada una de las ocasiones y tonto de mí que no presté más atención. Lo hubiera matado a golpes al desgraciado.

—Tomas, ¿sigues ahí?

—Sí.

—Deberíais volver, ya sabes por qué.

Emily Berry Lauer. Es todo lo que mi mente repite una y otra vez, mientras me dirijo al despacho para hacer un par de llamadas. «Esto no tenía que terminar así, joder» pienso rabioso, llamando a mi abogado para preguntarle si puede hacer algo al respecto y que se borre esa mierda. No quiero pensar en que Emily se entere de esto, no puedo pensarlo si quiero seguir cuerdo.

Al cabo de un rato escucho la puerta abrirse y a Isabel aparecer sin nada cubriendo su delicioso cuerpo.

—¿Qué ocurre? —bosteza y re frota el ojo con la mano, dejándose caer en el marco con una pose natural pero tremendamente sensual.

—Tenemos que volver, no puedo explicártelo, solo haz la maleta. En una hora llega Marshall con el Jet.

Su ceño se frunce y desvío la mirada con la intención de cortar la conversación. Ella se marcha, supongo a hacer lo que le he dicho y me siento como una cucaracha. Por un lado me prohíbo arrepentirme de traerla y por otro no paro de decirme que ha sido un error de mi parte.

Debería haber arreglado mi mierda antes de dejarme llevar por la maldita polla y no estaría en este momento con un ataque de nervios. Me tomo un par de pastillas para tranquilizarme, hace años que no necesito de ellas y eso me preocupa. Ahora el miedo es tan real como que Isabel corre peligro de verdad a mi lado.

Sobo a la habitación y la veo ya vestida con la mitad de su ropa metida en la maleta. Me siento mal, no debería haberle hablado así, pero por otro lado creo que sería mejor si dejamos esto aquí. Por mucho que mis entrañas se estrujen tan solo de pensarlo. Reúno mi ropa también, siento su mirada a cada rato y no la miro de vuelta para no hacerlo más difícil de lo que es.

Recibo un mensaje de Marshall antes de escucharlo aterrizar en la playa.

—Date prisa, nos vamos.

—Lo hago, no estoy sorda —dice malhumorada.

Cometo el error de mirarla a la cara. Ella me mira a mí, con lágrimas contenidas a punto de desbordarse. Me duele. Joder si me duele. Deseo acercarme a ella, abrazarla y decirle que todo está bien y que nada ocurrirá. Pero sería mentirle y mentirme a mí mismo. Salgo del cuarto cuando es imposible estar a su lado sin que flaquee. Bajo las escaleras con mi maleta, seguramente me he dejado la mitad de las cosas que traje para el viaje, puedo recuperarlas cuando desee. Ahora lo que quiero es volver y ver que todo está bien.

DIECINUEVE

—Dimitri, duplica la cantidad si es necesario, pero haz todo lo posible para que no salga esa mierda a la calle —ladro notando mi pecho estrujarse con angustia.

—No sirve de nada, Tomas. Es una revista seria, saben que da igual lo que le des, tendrán el

doble de beneficios. Además que tu vida es pública así que lo único que sería denunciable sería que sacaran la cara de ella, pero ya viste que no lo hacen. Por ende, no están haciendo nada que no puedan.

—¡Joder!

Cuelgo el teléfono y salgo de la habitación del avión para sentarme antes de que despeguemos. Masajeo mis sienes, un dolor incipiente hace que me pulse demasiado y estoy a punto de colapsar. Entreabro los ojos para ver a Isabel leer un libro. Está enfadada lo sé por la forma apiñada de sus labios, sus piernas cruzadas, su pie moviéndose arriba y abajo, y como no, el detalle de que no me da una mirada siquiera.

Saco el teléfono de mi bolsillo otra vez, verificando mis mensajes por si encuentro algo de Emily. No hay nada y eso me preocupa más que si lo hubiera. Me muerdo los labios al pensar que ahora estaríamos tan tranquilos acostados y abrazados, besándonos y haciendo el amor antes de ir a desayunar. No que estamos a dos horas de camino a Nueva York y Dios sabe cuándo podré verla, si es que nos vemos de nuevo.

Cuando aterrizamos en el aeropuerto, me desabrocho el cinturón a la vez que Isabel. Cada vez duele más lo que sé que es inevitable, aunque eso no hace que desee más mantenerla a salvo. Me choco con ella, no sé si es que lo ha hecho adrede, lo que sé es que mis manos hormiguean cuando la toco al querer agarrarla y que no caiga al suelo. Entonces es cuando me mira. Soy consciente cuándo es que se da cuenta de lo que ocurre. Algo va mal, lo ve en mis ojos, o es lo que estoy intentando decirle sin modular palabra. Porque estoy seguro que no le diría una mierda salvo que la quiero y no deseo alejarme de ella aunque tenga que hacerlo.

—Espero que todo te vaya bien —Dice. Su labio inferior tiembla formando un pequeño puchero.

Mi corazón se estruja y por unos segundos mando a la mierda todo, acercándome a su boca para besarla por última vez. Sus labios me saben más dulce que antes, más jugosos, simplemente más. Ella se deja hacer hasta que decido que ya es suficiente sufrimiento para los dos.

—Tengo que irme.

Asiente y deja caer sus manos a cada lado de su cuerpo, dejando la zona donde estaba tocando, tremendamente fría. Salgo del avión, Vinchenso ya está esperando a Isabel y yo me dirijo al taxi. Solo así, estaré seguro de que llega a su casa sana y salva. Cuando llego a mi edificio, siento un mal presentimiento. Subo al ascensor, viendo los dígitos moverse mediante subo las plantas. Las puertas se abren, el ambiente está demasiado caliente y una fragancia algo familiar hace que me pare en mitad del pasillo. Trago saliva, meto la llave en la cerradura y de lo primero que me doy cuenta es que están las luces encendidas. Entro temeroso. Las imágenes se me agolpan en la mente, siendo otra escena parecida la que aparece como si fuese una película, intercalándose con la realidad.

Solo que en este caso no quiero encontrar a mi exmujer tirada en la cama, con un bote de pastillas vacío a su lado. La sala está destrozada, muebles, sofá, televisor. Todo roto, hecho pedazos, con cristales esparcidos por la moqueta. La cocina igual, no hay nada en las despensas, el baño, más de lo mismo. Es cuando llego a la habitación principal que veo una nota encima de la colcha de mi cama, intacta. Salvo por mi ropa hecha girones tanto en el armario como en el suelo.

«Si no eres para mí, no vas a ser para nadie. Esto no es más que un aviso»

Leo tres veces sin creerme hasta qué punto de psicopatía puede llegar una persona. Tiene serios problemas mentales, no ahora, de siempre y no supe verlo hasta que ya fue demasiado tarde. Pero esto no se va a quedar así, voy a hacer que la encierren en el lugar donde debió ir hace mucho tiempo. Me dirijo a la terraza cuando la imagen que me devuelve mi apartamento me pone

de mal humor. No es lo material, a la mierda con todo. Pero sé que, como muy bien ha dicho en la nota, no es más un aviso para lo que puede hacer. No a mí si no a las personas que quiero incluyendo a Isabel.

Marco el número de todos en una video llamada, la tecnología hace maravillas, el primero en responder es Murray, luego León, Chad, John y Lauren son los últimos en entrar.

—¿Tomas qué ocurre? —preguntan casi todos a la vez.

—Os mostraré, creo que lo que os voy a enseñar habla por sí solo.

Me paseo por la casa, enseñándoles cada una de las habitaciones incluida la nota.

—¡Hija de puta! —maldice León haciendo que asienten los demás.

—Tomas, ya sabes lo que tienes que hacer —dice Murray.

—Sí, estoy por llamar a la policía y a mi abogado. Haré que la metan en un centro especializado. Estar en una cárcel no le haría ningún bien.

—No sé cómo cojones sigues queriendo algo bueno para esa mujer —rebate John.

—No quiero nada malo para nadie excepto por las personas que hacen esas cosas siendo plenamente conscientes. Emily no lo es. Nunca lo ha sido.

A los pocos minutos, alguien llama a mi puerta, la policía. El inspector Robert entra en mi casa junto con dos agentes que empiezan a verificar cada una de las habitaciones.

—¿Daño físico alguno, señor Tomas? —pregunta antes de anotar algo en su libreta.

—No, mi gato está en casa de un amigo. Yo he estado fuera por una semana y acabo de llegar. El asiente, vuelve a apuntar.

—Tendremos que conseguir las imágenes de las cámaras de seguridad.

¿Tiene alguna idea de quién puede haber sido?

A diferencia de las otras veces sé lo que tengo que hacer o decir. No tengo miedo, ya no.

—Emily Berry Lauer, mi exmujer. Ha dejado esta nota para mí, seguro que les sirve.

Le entrego el papel, él lo agarra con su mano enguatada y lo lee para después introducirlo en una bolsa plástica.

—Tendrá que darme una explicación detallada de su relación con su exmujer. ¿Tiene un lugar donde quedarse estos días? Puede que vuelva y no sería seguro que se quede y ponga en peligro su vida. Viendo los daños, se trata de una persona con bastante rencor dentro hacia su persona.

Le cuento todo, lo que pasaba cuando estuvimos casados, el incendio en mi despacho. La facilidad que tiene de quebrantar la seguridad y sus problemas mentales sin diagnosticar. Me despido de ellos, llevándome conmigo el mismo bolso que cogí para el viaje. No me queda una prenda de vestir que no esté hecha girones. Vinchenso ya está en la puerta esperándome y cuando entro no dudo en preguntarle.

—¿Isabel llegó bien a casa?

—Sí, señor.

Asiento en su dirección y miro mi teléfono debatiéndome en si hablarle o no. Muero por contarle lo que ha ocurrido, pero eso sería exponerla de nuevo y joder... no quiero eso.

—Vinchenso, Emily ha destrozado mi apartamento —le digo a mi chofer, haciendo que deje de observar la carretera por unos segundos para mirarme a mí a través del espejo.

—¿Han sido mucho los daños, señor? —pregunta preocupado.

—Todo material, menos mal dejé al gato al cuidado de León, si no, no sé si le hubiera pasado algo.

El rostro de Vinchenso se crispa por la preocupación, haciéndolo parecer más viejo. En todos estos años, le he empezado a coger muchísimo cariño. No solo ha aguantado mis devaneos de cabeza, es un buen amigo, como un padre para mí en realidad.

—Llévame a North Group, por favor.

—Por supuesto señor.

Al cabo de media hora ya estoy entrando en el edificio vacío. Hoy domingo no hay ni un alma, está todo tan silencioso que parece que estoy sordo. No se escucha el sonido de los teclados, ni las charlas entre compañeros. Entonces observo a mi alrededor como si todo esto fuera nuevo para mí, como nunca antes lo había observado. Es la única cosa que he hecho bien en la vida, la única decisión acertada que tomé. Esto es todo lo que tengo, después de Mason, papá e... Isabel.

Saco mi teléfono del bolsillo y llamo a la clínica en donde mi padre está internado. Una de sus cuidadoras, la más veterana, me atiende.

—Buenos días, Marilyn, soy Tomas Brown. ¿Cómo está hoy mi padre?

—Oh, Tomas, qué alegría saber de ti, cielo. Muy bien, hoy parece que es uno de esos días en los que recuerda algo. Por lo menos ha preguntado por vosotros incluido Michael.

Eso me estruja el corazón.

—¿Cree que sería bueno ir a verle ahora?

—Bueno, los domingos no dejamos pasar visita pero puedo hacer una excepción. Yo creo que le vendrá bien verte.

Cuelgo antes de que note mi voz rota por la pena que me embarga. Lo echo tanto de menos, sin embargo, sé que no voy a poder recuperarlo nunca. Siempre que se acuerda de algo, lo olvida a los dos minutos y ver su cara de rechazo al mirarme, me rompe en dos. Quizás he sido un cobarde por no haber ido a verlo tanto como debería, pero no podía soportarlo. Simplemente no estaba preparado, y aún hoy, tampoco creo estarlo.

Subo a mi despacho, solo para saber que todo está bien allí. Cuando me cercioro de que no hay nada fuera de lo normal, salgo del edificio pidiéndole a Vinchenso que me lleve a ver a mi papá.

Desde la ventanilla del coche puedo verlo sentado en uno de los bancos en el jardín principal. Sonríe mientras observa el cielo y eso me hace ver que está contento, tal como le lo ha dicho la cuidadora.

—No se lo piense demasiado, señor —me dice Vinchenso y yo asiento concordando.

Cuanto más tiempo pase, menos es el que estaré con él mientras me reconozca. Salgo del coche a la vez que veo a la señora Marilyn salir al porche. Me hace un gesto para que la siga, y lo hago hasta llegar a una pequeña cancela que da al patio trasero.

—Él sabe que vas a venir, se ha puesto muy contento, ¿sabes?

Asiento porque no puedo hablar. Los nervios se han instalado en la boca de mi estómago y la capacidad de vocalizar se ha ido a la mierda. La sigo en silencio, cruzamos el edificio, saludo a un par de enfermeras más y me preparo para verlo después de muchos meses.

—Charles... Mira quién llegó.

Mi padre se gira ipsofacto y se levanta del banco rápidamente en cuanto me ve.

—Tommy —dice antes de correr hacia mí para abrazarme.

El estrés que he estado reteniendo sale en forma de llanto silencioso, lo aprieto con fuerza contra mí, lo he echado malditamente de menos y por fin puedo decir que estoy con mi papá después de tantos años de ausencia.

VEINTE

Gracias a la amabilidad de las cuidadoras, puedo quedarme a comer con mi padre en el centro. Hoy parece ser un buen día para él, aunque a veces se pierde en sus pensamientos, luego parece reconocermme de nuevo casi en el momento en el que me mira. Charlamos de su antiguo

trabajo, de Mason, de Michael. Aunque de este último no tanto porque me veo incapaz de decirle por enésima vez que ya no está vivo. Le digo que va a ser abuelo, él se alegra, llora y me pide llamar a mi hermano para que cuando venga lo visite.

Paso gran parte del día con él, tampoco es como si pudiera volver a mi casa. Entonces cuando mi papá va al baño, llamo a Murray diciéndole si podía quedarme unos días con él en su casa. Acepta, claro, al igual que Cecilia que escucha la conversación. Hago un par de actividades con papá y cuando ya está a punto de anochecer, Marilyn me dice que ya es hora de que lo deje descansar. Me despido de él con un beso y un abrazo. Entonces me dice algo al oído que hace que se me agüen los ojos.

—Hijo mío, siento si has sufrido mucho por tu culpa. Aunque mi voz te diga que no te reconozco, jamás te olvido. Ni a ti ni a tus hermanos. Te amo mucho, Tommy.

Lo veo alejarse por el pasillo con una sonrisa y lo saludo con la mano antes de que desaparezca una vez entra en su habitación. Salgo del centro con congoja y a la vez alegría. Parece que dentro de lo malo, siempre algo que te mantiene a flote. En una hora aproximadamente, después de haber pasado por un supermercado abierto veinticuatro horas para comprar una botella de vino para compartir con Murray y Jessica, también una caja de chocolates para la embarazada consentida.

Llamo al timbre, la cancela se abre y es Murray el que sale a recibirme en el porche. No me pregunta cómo estoy, bastante se me nota en la cara.

Aunque puedo decir que después de haber pasado el día con mi padre, he olvidado que mi casa está destrozada y que tendré que volver a reponer todas mis pertenencias.

—Hola, guapo —me saluda Jessica, dándome un abrazo de oso.

—Hola hermosa chica.

Beso su cabello rubio y le pellizco las mejillas haciendo que sonría adorable, como una niña pequeña. Abrazados ella y yo, con Murray en la cabeza, seguimos el pasillo hasta llegar a la sala donde Cecilia está poniendo la mesa para cenar. Una gran ensalada de lechuga y tomatitos frescos, me hace salivar. Tanto o más como el olor delicioso que sale de la cocina.

—Mas te vale que traigas hambre, amigo, mi querida esposa cree que has estado sin comer por una semana entera por la cantidad de comida que ha preparado.

Ella lo mira ceñuda, lanzándole dagas envenenadas con la mirada. Beso su mejilla, palpo su barriga en un acto reflejo y eso parece calmarle el enfado.

—¿Cómo va esa mamá y los dos nenes?

—O nenas —dice Jessica haciendo que Murray la mire mal.

—¿Quieres matarme de un disgusto? No podré mantener a raya a tanta mujer... —dice aunque puedo ver el brillo en sus ojos.

En el fondo le da igual si son niños o niñas, siempre y cuando vengan sanos y fuertes. Le doy el vino a Jessica que lo agarra como si tuviera en sus manos el santo grial y a Cecilia le doy la cajita de chocolates. De pronto empieza a llorar sin venir a cuento, cuando me voy a disculpar para lo que no tengo ni pajolera idea de lo que he hecho, me abraza.

—Gracias, son mis favoritos, solo es que llevo con el antojo un par de días pero como me he visto más gorda de lo normal, no he querido comprarlos.

—Es normal que engordes un poco, mi vida, estás embarazada —le dice Ray con cariño.

—Sí, lo sé, ¿pero qué hago si soy un saco de hormonas alborotadas? Lo mismo me da por reír, llorar o por querer ahogarte en las noches con un cojín.

—¿Has querido ahogarme con un cojín? —pregunta el aludido con cara de horror.

Cecilia ríe y llora al mismo tiempo que se acerca a él para besarlo en los labios. Muy dulce la

escena y todo, pero igual de doloroso ver lo bien que están juntos cuando yo no puedo estarlo al lado de mi doctora.

—Ven, Tomas, te llevaré a donde vas a dormir. Dejemos a los tortolitos dar rienda suelta a su amor mientras puedan, una vez esos dos salgan de la barriga, poco movimiento horizontal van a tener —murmura Jessica haciéndome reír.

Ella me guía hasta la planta alta donde se encuentran las habitaciones, me lleva hasta el final y abre la puerta de la derecha. El cuarto cuenta con una cama de matrimonio con una pinta espectacular, o soy yo que muero de cansancio después de tanto ajeteo. Jessica se sienta en la cama mientras yo saco mi equipaje del bolso ante su atenta mirada.

—¿Puedo preguntarte qué ha pasado? No estaba aquí y no me he enterado de nada hasta que Murray me dijo que te ibas a quedar unos días.

He escuchado algo de tu exmujer.

—Sí, ha entrado en mi casa, ha arrasado con todo literalmente. No tengo televisión, ni ropa, ni muebles, nada.

—Uff... Menos mal no estabas allí Dios sabe qué cosas te podría haber hecho esa loca.

Hago una mueca con la boca y cierro la maleta cuando tengo todo dentro de la cómoda.

—Oye Jessica ¿puedo preguntarte algo?

—Claro —responde alegre.

—¿Qué ocurre entre tú y Lauren? Y no me digas que nada porque sé que hay algo. Os escuché el otro día, también se nota cuando estáis uno alrededor del otro. Lauren puede ser demasiado protector a veces y lo único que se me ocurre es que haya golpeado a un tipo por defenderte o algo así.

Ella niega con la cabeza, la alegría parece habersele esfumado de golpe y porrazo. Se mueve incómoda y se levanta hasta llegar al espejo de cuerpo entero al otro lado de la habitación.

—Es un cascarrabias. Me trata como una niña sabiendo perfectamente que dejé de serlo hace mucho tiempo.

—Bueno, entiéndelo, Jess... —suspiro y me siento en el colchón—. Te quiere, todos te queremos, a eso le añadimos que Lauren es así como te dije. No debes tomarlo todo tan apecho.

—¿No te has parado a pensar que el problema no sea mío si no de él?

Es él el que me ignora, el que no quiere ni mirarme. Yo lo intento pero a veces es imposible.

—Ok... entonces si necesitas mi ayuda, para lo que sea, puedes decírmelo. Estabais muy unidos antes, da lástima veros así.

—Gracias Tomas, eres un sol —dice contenta correteando hacia mí para sentarse en mis rodillas y regalarme un beso en la mejilla.

—Venga déjate de mimos y vamos a comer, estoy que muero de hambre.

Jessica suelta una carcajada, me agarra de la mano y juntos salimos de la habitación para bajar al comedor. La comida está deliciosa y se lo hago saber en cuanto la pruebo con un gemido de placer.

—A ver si aprendes de tu amigo y valoras lo que te hago —dice Cecilia formando un puchero con los labios.

—¿Pero que...? Mi amor siempre estoy alagando tus deliciosos platos, todo lo que haces.

—¡Pues no lo suficiente!

Vale, el embarazo ha puesto a Ceci un tanto sensible, por no decir demasiado. Cosa que debería aprender a llevar mi querido Ray que la mira sin entender una mierda su comportamiento. Jessica ríe y yo la secundo haciendo que la mamá irascible ría también dejando a Murray más descolocado todavía. Cenamos sin más sobresaltos, charlamos de mil y una cosas, hasta que

Jessica y Cecilia se retiraron para dormir y Murray aprovechó para hablar conmigo.

Quiero ponerle mil excusa, pero tanto él como yo, sabemos que solo sería evitar lo inevitable. Necesitaba tener esta conversación como también moría de miedo por tenerla. Murray saca del frigorífico un par de cervezas, me tiende una y nos vamos juntos al jardín trasero. La perra nos sigue y se tumba a mi lado en la tumbona para que la acaricie.

La noche está perfecta, no hace calor, tampoco frío por lo que la temperatura es idónea. Le doy un trago, me tumbo hacia atrás y me concentro en el sonido de los chorros de la depuradora y los grillos cantando. El olor del césped, el arrullo del follaje de los árboles con la suave brisa.

—¿Cómo te fue en la villa? —pregunta al cabo de un rato cuando ya pensé que no diría nada.

Suspiro y me llevo la mano al pecho por acto reflejo. Como si el simple hecho de pensar en ella hiciera que me tuviera que cerciorar si aún sigo vivo. Demasiado cursi el pensamiento, la verdad, sin embargo, puedo decir que es totalmente cierto. No me he enamorado desde Emily, ya sea por miedo o porque no llegó la indicada. Aquella que pusiera mi mundo dado la vuelta pero de una buena manera. Sin chantajes, sin temor, sin nada más que el querer disfrutar de la compañía del otro.

«Cuando lleguemos a la villa te dejo ser lo rudo que quieras, ahora quiero comer y coger fuerzas, deberías hacerlo también, también pienso explorar mucho hoy» Sonríe como un auténtico gilipollas al recordar esa frase que hizo que me excitara hasta límites insospechados. ¡Y en público!

Yo que siempre soy el que hace las cosas después de pensarlas mucho, podría jurar que hubiera sido capaz de subirla a la mesa y comérmela completa ante las miradas atónitas de los comensales.

—Esa sonrisa significa que bien, ¿eh?

—Sí, mejor que bien. Es... una mujer excepcional, hermosa incluso en las mañanas sin una gota de maquillaje, sin necesidad de lucir prendas caras ni joyas. Lo suyo es otra clase de belleza que no se encuentra en ningún sitio. También es tremendamente sexy cuando sonrío o simplemente me mira. Inteligente, sagaz, locuaz y patosa.

—Oh, hombre... parece ser que alguien se ha enamorado demasiado pronto.

—No te lo puedo negar, me di cuenta de ello hace ya algunos días. Pero no puedo seguir con ella hasta que todo esto haya acabado. Emily...

—Tomas, no empieces con ella de nuevo. —corta mi frase con voz de fastidio—. Si Emily hace las cosas que hace es porque no pones remedio.

Si esta historia hubiese sido al revés, hacía años que estarías pudriéndote en la cárcel.

Tiene razón pero eso no hace que la situación cambie por solo decirlo.

Emily es la que me acosa, la justicia es diferente por desgracia. El género sigue existiendo, sigue habiendo diferencia entre una mujer y un hombre por mucho que nos llenemos la boca diciendo que los tiempos han cambiado. Yo estaré de acuerdo cuando no tenga que dar explicaciones a un juez cuando me atreva a denunciarla por acoso, amenaza y muchos más delitos que por menos, han matado a muchos hombres.

—Yo no quiero que ella se pase la vida encerrada en una cárcel — confieso girando la cara en su dirección, para que vea lo sincero que estoy siendo.

—Pero algo tendrás que hacer. No puedes vivir eternamente así, acabarás odiándola, odiándote a ti mismo y no deseo ver en lo que te vas a convertir una vez eso pase.

Me quedo callado no estando muy seguro de lo que decir al respecto.

Puedo seguir rebatiendo, intentando defender mi punto, no obstante, sería inútil. Al cabo de un rato, cuando la cerveza se acaba, damos por terminada la conversación.

Ya acostado, agarro el teléfono para desconectar los datos y verificar la alarma. Al desbloquear la pantalla veo que tengo un par de mensajes de Isabel. El corazón se me acelera y la mano derecha me empieza a temblar de los nervios.

« *Quizás lo que tendría que hacer sería decirte que eres un auténtico capullo por dejarme de esta manera. Quizás deba comportarme como una niña tonta, rabiosa, llorar por los rincones o buscarte. Pero solo deseo saber si estás bien y que lo que hayamos tenido, haya sido corto o largo, haya merecido la pena para ti*»

—Ha merecido cada segundo a tu lado, nena —susurro para mí como si pudiera oírme.

En cambio, salgo de la conversación pulso el icono de bloqueo y la silencio para siempre. Y lloro. Como solo tres veces en mi vida lo he hecho pero puedo decir que esta vez es diferente. Un dolor totalmente distinto y que no estoy seguro de poder resistir.

VEINTIUNO

La vuelta a casa no es fácil. Después de haber estado una semana fuera, ver el destrozo en lo que se ha convertido, parece aún más catastrófico de lo que recordaba. Pasamos todo el domingo, los chicos y yo, sacando los muebles o mejor dicho, lo que queda de ellos para poder hacer limpieza una vez coloque los nuevos.

Según León debería plantearme buscarme un nuevo lugar donde vivir, pero no quiero otro. Me siento a gusto en este ático, soy un hombre de costumbres y esta casa está hecha para mí. Me llevo una sorpresa cuando Jessica, Cecilia, la madre de Murray y las madres de Chad vienen a visitarme. Chad me contó que al final los exámenes que le hicieron a Bel salieron negativos, por lo que la veo feliz y llena de vitalidad para seguir luchando.

Al final tengo que darle la razón a mi amigo. Siempre hay que pensar en positivo aunque todo se vea oscuro. Los mejores besos siempre ocurren en la oscuridad ¿no?

Eso me hace recordar a cuando la besé por primera vez en el club.

También aquel día en su despacho a oscuras. O en las noches que pasamos juntos abrazados en la villa, adivinando su silueta con la punta de mis dedos. Dios, cómo la echo de menos...

El lunes ya tengo encargados los muebles y lo último en seguridad.

Cámaras de video vigilancia y un guarda para que vigile las entradas y las salidas al edificio. Me remuevo incómodo por tercera vez en lo que lleva de mañana al sentir el traje demasiado pegado. Ya decía yo que no podía fiarme de Jessica para que me consiguiera algo de ropa. El semáforo se pone en rojo, por puro acto reflejo miro hacia mi derecha a través de la ventanilla tintada.

Tengo que pestañear incontables veces para saber si es real lo que mis ojos están viendo. La imagen de Emily en la portada de cientos de revistas dispuestas en el quiosco. Pero no solo eso llama mi atención, es el llamativo titular en cada uno de los ejemplares. **EMILY BERRY**

LAULER, EMBARAZADA Y ABANDONADA POR SU EXESPOSO Y

PADRE DE SU HIJO TOMAS BROWN. Junto con un subtítulo que reza: El magnate de los negocios abandona a su propio hijo por otra mujer.

Abro la puerta del coche, antes de que el semáforo cambie de color y me dirijo hacia el puesto para agarrar una de esas porquerías y verlo de cerca.

—Disculpe, no puede leer si no la compra.

Saco la cartera, le tiro de malas maneras cinco billetes de cien dólares y las agarro una por una quitándolas de allí. Con rabia me las llevo hasta el contenedor más próximo para tirarlas. Es inútil, lo sé, seguramente millones de ejemplares ya circulen por todo Nueva York y no puedo hacer nada para evitarlo. Saco el teléfono del bolsillo a la vez que entro de nuevo en el coche. A los tres tonos descuelga, su voz hace que se me erice la piel pero de una mala manera. Ahora

mismo sería capaz de cometer una locura si la tuviera en frente.

—Ya estabas tardando demasiado en llamar, mi amor.

—Déjate de palabras algodinosas, Emily, qué jodida cosa te he hecho para que me hagas la vida imposible. ¡DIME, MALDITA SEA!

—En primer lugar dejarme como si fuera una cualquiera. Era tu mujer, Tomas. Éramos una familia y tú te empeñaste en destrozarla.

Lo que dice me provoca una carcajada sin humor alguno.

—¿Destrozar algo que ya estaba destruido mucho antes de que empezara? Si yo pensé que no podías ser más tóxica, haces esto triplicando de nivel. No estás bien de la cabeza, Emily, necesitas ayuda urgente.

—Y tú al parecer parces necesitar otro escarmiento. Además, no deberías hablarme de esa forma, puede hacerle daño a nuestro bebé —Dice en un tono añorado impostado.

—¡Pero qué bebé?! Sabes perfectamente que no hemos estado juntos hace años, joder. Será mejor que hagas algo al respecto, no pienso tolerar que manches más mi imagen, Emily, ya no más.

—No voy a hacer nada de eso —rebate soltando una carcajada.

Entonces suspiro intentando pensar en qué hacer para que caiga. En ese momento se me ocurre una idea, algo que solo de pensarlo, me revuelve las tripas. Sin embargo, no estoy en condiciones de tener una mejor opción.

—Em.. —le digo como la solía llamar antes, bajando mi tono, haciendo que Vinchenso me mire ceñudo a través del espejo—. Perdón por hablarte así, solo... no me esperaba enterarme a través de una revista.

Se queda unos segundos en silencio. «Vamos... vamos...»

—Em, por favor, creo que es mejor que nos veamos y hablemos de esto en persona, ¿no crees? —intento una última vez, endulzando mi tono más todavía.

—¿Para que me trates mal? —pregunta acongojada.

Ahí me doy cuenta hasta qué nivel de trastorno llega a tener. Pasa de la alegría a la pena en dos segundos. De la ira a la sumisión en menos todavía.

—No, cielo, no. Solo quiero hablar. Te espero en North Group en una hora, ven a mi despacho y lo hablamos.

—No quiero tonterías, Tomas. Nada de policías, ya tuve a ese amiguito tuyo detrás de mi trasero por unos pocos días y ya ves para lo que sirvió.

Que haga alusión al trabajo tan sumamente malo que hizo el inspector hace que apriete el teléfono hasta casi romperlo. De nuevo me obligo a tranquilizarme.

—Ya te lo he dicho, Em. Solo hablaremos tú y yo.

—Está bien, nos vemos allí en una hora.

Cuando cuelga me siento en una dualidad de pensamientos imposible de ignorar. Por un lado estoy nervioso por volver a verla, entablar una conversación con ella después de tanto tiempo. Por otro... quiero poner fin a todo esto de una jodida vez y si Dios quiere va a ser hoy mismo.

Llego a North Group y lo primero que hago es reunir a los chicos en la sala de juntas. Todos me miran expectantes, yo me muevo nervioso de un lado a otro, pensando en cómo les voy a decir lo que está a punto de pasar.

Decido ir al meollo de la cuestión, sin anestesia.

—Emily vendrá en exactamente treinta y nueve minutos —indico mirando el reloj de mi muñeca para ser preciso.

—¿Qué? —dicen León y Chad a la vez.

—¿Qué locura estás diciendo? —increpa Murray.

—¿Se te ha ido la cabeza? Sí, definitivamente el calor está afectándote las neuronas —dice John negando con la cabeza.

Lauren se queda mirándolos para luego levantarse de la silla con una expresión que no consigo descifrar.

—A ver... Todos aquí hemos hecho cosas de las que podemos arrepentirnos y ninguno de nosotros nos hemos dejado de apoyar. Si Tomas ha decidido quedar con esa loca, sus razones tendrá o eso espero, amigo.

—dice ahora mirándome directamente a mí—. Porque si no, yo también tendré que darles la razón.

—Sí, joder, hay una razón para que haga esta locura. Voy a grabar nuestra conversación, voy a hacer que cante como un pajarito cada cosa que ha hecho y lo que piensa hacer. Por si no lo sabíais ya, acaba de ser portada de una revista diciendo que está embarazada de mí y que la he abandonado por otra mujer. A ella y a mi supuesto hijo ficticio.

—Jodida loca... —murmura John haciendo que los demás digan alguna que otra lindeza más.

—Ella me pedirá que desconecte las cámaras, estoy seguro de ello, la conozco bien. Pero no se dará cuenta de que la estoy grabando. Solo os pido colaboración, no paséis por el pasillo mientras ella esté en el edificio.

No hagáis nada que la ponga alerta. Después solo tendré que darles las grabaciones a las autoridades y ellos se encargarán de internarla en un centro especial.

—Querrás decir la cárcel —me corrige Chad.

—No. Que vaya a la cárcel no va a curarla, pediré que la lleven lejos de aquí, no volverá a molestarme.

—¿Pero es que no la conoces? —increpa León de pronto bastante alterado—. Es demasiado lista, Tomas. Capaz y se hace la que se ha curado, le dan el alta y vuelve a las andadas.

—No será así, ya me encargaré yo de que así sea.

—Eso dijiste la última vez —me recuerda Murray haciendo alusión a cuando incendié mi despacho.

—Esta vez hay más en juego. —«Allá voy»—. Estoy enamorado de una mujer, no sé cómo cojones pasó y ni siquiera sé si me querrá de vuelta.

Solo deseo que todo esto acabe y pueda rehacer mi vida, ser feliz por una jodida vez. No tener miedo a lo que pueda pasar.

Todos se quedan callados, la alarma de mi teléfono suena, indicándome que quedan veinte minutos para que llegue. Me despido de ellos, todos me dan ánimos y me dirijo a mi despacho para preparar la grabadora en un lugar estratégico donde no pueda localizarla. La espero sentado en mi silla, intentando hacer como que nada pasa, adelantando algo de trabajo.

Entonces me tenso cuando la puerta se abre, la veo y siento cómo todo a mi alrededor cambia. El ambiente se vuelve denso, el aire acondicionado parece no estar lo suficientemente alto para frenar el sudor que me corre por la espalda.

Emily entra, lleva unas grandes gafas de sol y un pañuelo encima de la cabeza que se lo quita, una vez cierra tras ella, dejándome ver su cabello ahora teñido de un color rubio más oscuro. Cuando se deshace de las gafas, metiéndolas en el bolso, me mira con esos ojos verdes que tanto significaron en el pasado.

Ahora ya no. Ya no siento nada de lo que sentí alguna vez y saber eso me reconforta de laguna manera. En todo lo que puedo pensar es en buscar a Isabel una vez todo esto acabe.

VEINTIDOS

Me quedo maravillado al ver lo hermosa que está, aun con tantos retoques que se ha hecho.

Sigue siendo la mujer aparentemente delicada, pero con una fuerza interior brutal, la cual, le hace cometer tantas locuras.

—Antes de que digas nada, he hecho que apaguen las cámaras de toda la planta, nadie sabrá que has estado aquí excepto yo —le digo encontrando mi voz a duras penas.

Intento que no me afecte pero de una manera u otra siempre lo acaba haciendo. Ya sea por todos los recuerdos que me embargan cuando la veo, el perfume que sigue utilizando o la forma de mirarme como si me amara.

Ella asiente conforme, se acerca y al contrario de lo que pensé que haría, sentarse en la silla, se aproxima a mí hasta que tengo que retroceder.

Haciéndole ver que no deseo su contacto ni si cercanía.

—No te conviene estar tan arisco conmigo, no seré yo la que te recuerde que está en juego la vida de tu muñequita la doctora... mmm...

—se sienta en la mesa, cruza las piernas y se lleva los dedos de uñas acrílicas a los labios—, Becker. Isabel Becker.

—Emily... —su nombre sale de mis labios como si fuera un insulto — no te atrevas a tocarle un cabello o seré capaz de...

Ella hace caso omiso a mi tono, comportándose como una niña el día de santa Claus, cortando mi frase a la mitad cuando se levanta y se vuelve a acercarse esta vez no dejándome escapatoria. Su mano se posa con delicadeza en mi pecho sobre la camisa. Estoy seguro que puede sentir lo rápido que palpita mi corazón.

—No, mi amor, no seré yo la que se manche las manos con la sangre de una vulgar puta. — expresa con rabia—. ¿Recuerdas a Bernard? Me debe un grandísimo favor por lo que solo tendría que hacer una llamada y la sacaría del mapa sin levantar sospechas.

—¿Cuándo vas a terminar con esto, Emily?

—Shhh... —me silencia colocando uno de sus dedos en mis labios, luego chasquea la lengua como si tratase de calmar a un niño—. Sigues siendo el hombre más guapo del mundo.

Da igual la dulzura con la que hable, puedo ver cómo segrega veneno a través de los labios, camuflándolo con palabras bonitas. La conozco tan bien que da miedo.

—Emily, no conseguirás lo que quieres. No soy el hombre con el que te casaste, no soy un niño que puedas manipular a tu antojo. Ya hace mucho de eso.

Ella niega, veo cómo contiene las lágrimas y por un momento le concedo eso. Me da pena, mucha, sin embargo más pena me da pensar que mi vida se rija a partir de lo que ella quiera.

—Sigues amándome, lo sé, por eso quieres alejarme, para no enfrentar la realidad —articula en un hilo de voz.

Niego con la cabeza, sujeto sus manos para alejarla de mí pero no quiero hacerle daño por lo que vuelve a tocarme. «¿Cuándo pensé que esto sería una buena idea?» Me reprocho a mí mismo, mirando hacia el techo por tal de no mirar sus lágrimas de cocodrilo.

—Lo que me das es una cosa diferente al amor, Em... me das asco, y pena. Mucha pena. No he querido que te pudras en la cárcel como te mereces porque no le deseo el mal a nadie, sin embargo tú... que dices amarme. Eres capaz de hacer lo que haces para destruirme.

»Para colmo te inventas un embarazo que cualquiera que me conozca sabrá que es imposible ya que tú y yo dejamos de ser algo hace muchísimo tiempo. Supérame de una vez, Emily. Te lo ruego.

—¡No! no digas esas cosas, es mentira. Tú me sigues queriendo, solo estás confundido.

—No estoy confundido, estoy enamorado, pero no de ti.

La frase ha salido de mi boca sin esperármelo siquiera, es entonces que veo cómo su rostro

muta, sus ojos ya no siguen derramando lágrimas. Si se tratase de una persona normal, diría que le acabo de partir el corazón. Pero se trata de Emily. La mujer que fue capaz de meter fuego a mi despacho, dañar mi coche y mi casa. Acosarme. Obligarme a seguir con ella.

Amenazarme con matarse si no lo hacía. ¿Quién puede llamarle a eso amor? Cuando es el sentimiento más puro, bonito y mágico de todos.

—Si crees que ella te va a dar lo que yo te doy, estás muy equivocado.

Deja de tocarme por fin, parece que mis palabras están surtiendo el efecto deseado. Hacer que se aleje de mí de una vez por todas.

—Gracias a Dios que es así.

Da un paso atrás como si le hubiese dado un puñetazo en pleno estómago. Entonces la veo meter la mano en el bolso y sacar una pistola.

Con manos temblorosas me apunta con ella a la altura de la cabeza. Alzo las manos por acto reflejo. No sé qué demonios hacer salvo intentar normalizar mi respiración.

—Emily, no hagas una tontería de la que te puedes arrepentir el resto de tu vida.

—Ya lo hago, Tomas... —Dice sollozando, sujetando la pistola con más fuerza, pretendiendo camuflar su temblor inútilmente.

—Baja el arma, por favor —le pido.

Entonces algo capta mi atención por el rabillo de mi ojo. A través de la puerta de cristal de mi oficina veo a Isabel que a su vez, mira la escena horrorizada. Es cuando siento que me voy a morir y no tiene nada que ver con el arma que apunta directo a mis sesos. Mis pesadillas acaban de hacerse realidad. El tiempo parece ralentizarse. Emily gira la cabeza por un segundo, la ve y mueve la pistola en su dirección.

—¡EMILY NOOOOOO!

—¡Si no es para mí, para ti tampoco, zorra!

Me lanzo contra ella cuando el disparo corta el aire. La explosión de cristales, mi grito, el suyo.

Silencio. Ensordecedor y terrorífico silencio.

Escucho el sollozo de Emily entre la bruma que se ha formado en mi cabeza. La aprieto, seguramente haciéndole daño. No me importa, acaba de matar a la única cosa auténtica, después de los chicos, que he tenido en mi miserable vida. No quiero ni abrir los ojos. Me quedo en el suelo, con ella debajo de mí. A lo lejos escucho voces, Murray, León, Lauren. Todos me llaman, intentan levantarme pero me niego a verla.

No soportaría ver a mi Isabel muerta en el suelo.

Escucho sirenas. La ambulancia, la policía, más voces. Alguien me levanta, luego sé que han sido John y León. Alguien sujeta a Emily abro los ojos en rendijas lo suficiente para ver cómo la esposan y se la llevan lejos. Oigo sus gritos, sus sollozos. Me llevo las manos a los ojos y lloro otra vez. Mi pecho arde como un hijo de puta. Estoy roto, destrozado y pido al cielo que me lleve de una jodida vez ya que me he dado cuenta que no hay nada para mí en vida.

—Tomas abre los ojos, amigo... —me pide Chad muy cerca de mi oído.

Niego con la cabeza, grito y lloro más. Me duele todo el cuerpo, como si estuviera entumecido y mis músculos pesados y adoloridos.

—Isabel... oh Dios... Isabel. Tú no, nena, tú no... —me veo susurrando, atragantándome con mis propias lágrimas.

Cómo arde. Cómo duele. La única sensación comparable a esto fue cuando perdí a mi hermanito. Amores diferentes pero pérdidas demasiado dolorosas como para poder soportarlo. Noto una caricia en el cabello, luego otra, entonces soy consciente de un continuo pitido que va al

ritmo de mi corazón cada vez más acelerado.

Me siento soñoliento, huelo a desinfectante, una luz cegadora no me permite abrir los ojos por mucho que lo intente. De nuevo esa caricia y me giro en busca de más. Es una sensación tan placentera que podría quedarme así de por vida. Mediante la consciencia regresa a mi sistema la angustia acapara todo una vez más. Me yergo. No sé en qué momento me he tumbado. Entonces miro a mi izquierda, las paredes blancas y verdes.

Las sábanas que cubren mis piernas, la vía intravenosa en mi brazo.

—Tomas.

Esa voz... No, no puede ser.

Giro mi cabeza tan rápido que mi cuello protesta. Mi respiración se atora y no la toco lo suficientemente rápido. La estrecho contra mi pecho, vuelvo a alejarla, agarrándole el rostro para ver si está bien. Si todo esto es real. Ella sonríe y una lágrima solitaria surca su mejilla hasta desembocar en mi dedo pulgar.

—Estás bien, nena... estás bien... —digo a duras penas, encontrando mi voz demasiado ronca.

—Sí. Y todo gracias a ti.

Niego y cierro los ojos, posando mi frente en la suya.

—No —modulo en un susurro para que mi garganta no duela demasiado—. Todo es mi culpa, no debí dejarte entrar en mi vida de mierda. No debí...

—Shhhh —me silencia para luego darme un suave beso en los labios—. Yo me metí solita, y puedo decir que no me arrepiento de ello. Me hubiera perdido todo lo que disfruté contigo aunque haya sido corto. Ahora entiendo tu miedo. Yo también lo sentí cuando la vi apuntarte con esa pistola.

La atraigo hacia mí, acostándose a mi lado, abrazándola como si se me fuera a escapar.

—No tengas miedo, ya todo acabó —digo no sé muy bien si para ella o para mí. Seguramente para ambos.

—Sí, pero aún tengo que preguntarte algo.

Beso su frente y me separo solo lo suficiente para mirarle a los ojos.

Ella inclina la cabeza, hacia arriba, me sonríe pero su sonrisa no llega a alcanzar sus bonitos ojos.

—¿Qué ocurre?

—Tengo que contarte algo.

—Te amo, Isabel. Ya no tengo miedo de decírtelo, lo quiero todo contigo, sea lo que sea que me vayas a contar no va a cambiar nada.

Y es entonces cuando la sonrisa ilumina todo su rostro. Sea lo que sea lo que nos depare el futuro, todo va a salir bien, mientras estemos juntos.

EPÍLOGO

Estoy nervioso. Qué digo nervioso. Mi pierna parece tener vida propia y a cada tanto Isabel me pide que reduzca cuando sin darme cuenta piso el acelerador más de la cuenta. Ella no lo dice, pero sé que está disfrutando demasiado.

—Ya estamos llegando, cariño, puedes estar tranquilo. Son personas normales no extraterrestres. Incluido Stuart.

—No me digas... No estoy para esa clase de bromas, joder. Voy a conocer toda tu vida de golpe y porrazo además que tengo miedo a no agradarles.

Siento su mano acariciar mi cuello y luego abarcar mi cara con cariño.

—Ya les hablé de ti. Mamá está deseando conocerte, papá igual aunque no lo diga en vos alta. Y Stuart... a él le gusta todo el mundo.

Oírla habar de él hace que una sonrisa idiota parta mi cara en dos.

Isabel me indica qué casa es y aparco en un espacio libre a pocos metros.

Las manos me sudan por lo que antes de seguirla me las seco en el pantalón.

—Debí venir más elegante, van a pensar cualquier cosa.

Rueda los ojos devuelve sus pasos y cuando está frente a mí, me mira de esa forma que me pone a cien.

—Estás delicioso en jean y camisa, nene.

—Joder, no debería estar duro cuando pretendes presentarme a tu familia —enfaticé agarrándola de las caderas para atraerla hacia mí con brusquedad. Para que sienta lo que provoca con sus juegos sucios.

—Mmmm... eso lo hace más interesante y divertido. Vamos.

Tira de mi mano y me concentro en observar su precioso culo envuelto en un pequeño short vaquero. Isabel se para justo en la puerta antes de llamar al timbre y se gira en mi dirección con una sonrisa que me hace ver que hay algo que no me ha dicho. Parece mentira que la conozca tan bien en tan poco tiempo.

—Frank está aquí. Espero que sepáis comportaros como adultos y no como si os preparaseis para un concurso de ver quien la tiene más grande.

«Sabía que había algo que no me había dicho» Pero qué voy a hacer al respecto. Me guste o no, ese hombre va a estar en su vida para siempre.

—Nena, si alguien tiene que comportarse es ese tipo. Da gracias que voy a soportar estar en el mismo lugar que él sabiendo que ha tocado lo que es mío —le digo medio en broma medio en serio.

—¿Pero cómo puedes ser tan hombre de las cavernas? Yo soy mía, ¿te queda claro? —Me señala con el dedo con reproche.

—Déjame soñar aunque solo sea una vez... —le pido haciendo un puchero. Ella llama al timbre cuando el calor empieza a apretar —.

Además no te engañes de esa manera, sé que amas cuando lo soy. Que te agarre de esa forma que te pone tan cachonda...

—Tomas —gime, mordiéndose el labio y mirándome la boca con ganas de besarme —. No me digas esas cosas, haces que me mojes y entonces estar deseando tu polla durante todo el tiempo sí que será un problema. No soy muy paciente como sabes.

Abro la boca para debatirle cuando la puerta se abre y aparece Frank con Stuart en brazos. Isabel se olvida de todo, lo llama, el niño levanta los brazos y ella lo agarra y lo besa como si hubiera estado un año sin verlo.

Muero de ternura y de amor ante la imagen tan preciosa que se presenta frente a mí. Cuando ya deja de comérselo a besos y arrumacos, el niño se da cuenta de mi presencia, escondiéndose en su cuello pero sin dejar de sonreír. Veo en sus manitas un pequeño juguete con forma de robot.

—Stuart, este es Tomas. Tomas este es Stuart, mi precioso y bello hijo.

Ver el brillo de orgullo en sus ojos hace que en los míos se refleje lo mismo pero hacia ella. Puedo asegurar sin miedo a equivocarme que es la mejor madre del mundo y que quiere a su hijo más que a nada en este mundo. Entonces recuerdo el pequeño presente que tengo para el pequeño.

Hago un truco de magia, el que tantas veces he hecho a mis hermanos cuando eran pequeños. Hago como que saco de detrás de su oreja una piruleta roja y en cuanto la ve su boquita se abre al igual que sus ojos color miel como los de su mamá.

—Mira, mamiiii. ¡Magia!

El pequeño agarra el dulce e Isabel lo lleva dentro. Eso me deja a solas con su ex. Frank. El

que ha tocado lo que jodidamente es mío.

—Creo que no nos han presentado como se debe —le digo tendiéndole la mano, enterrando el hacha de guerra. No por mí, por Isabel y Stuart.

El observa mi mano por unos segundos antes de aceptar mi apretón y estrecharla.

—No te creas que has ganado un premio o algo así, que no esté con ella no significa que esté fuera de su vida.

—No espero eso, si lo haces, sería yo el que fuera a por ti y te sacara la mierda a golpes.

Frank sonrío y asiente conforme a mi respuesta. Suspira y desvía la mirada a sus pies, se debate en si decirme algo más o callarse, sin embargo, se decanta por lo primero.

—Cuidala como yo no tuve los cojones de hacerlo.

Palmeo su hombro y entro en la casa detrás de él. Una mujer bellísima y joven, muy parecida a Isabel pero con unos cuantos años más, es la primera en verme. Se acerca y besa mi mejilla sin que me lo espere.

—¡Ay pero qué guapo! ¿Tienes hambre, cielo?

—Yo...

—Mamá, no empieces —le regaña Isabel haciendo que la mujer resople.

—Hija está demasiado delgado —puntualiza palmeando mi estómago.

Luego señala a Frank que alza las manos a modo de rendición—. Igual que tú. No sé qué coméis que no engordáis nada. Una semana os quedáis conmigo y os pongo preciosos.

La mujer se va a la cocina a terminar de preparar el almuerzo. Entonces un hombre, supongo el padre de Isabel se acerca a mi con una sonrisa y la mano extendida.

—Huye mientras puedas o no podrás salir por la puerta.

—Suelto una carcajada que el secunda con humor.

Se va a la cocina, Frank coge al niño y lo lleva al baño e Isabel se acerca para abrazarme y besarme en la mejilla. Está contenta lo veo de nuevo en todo su rostro.

—Creo que me voy a enamorar de tu familia a la misma velocidad que lo hice de ti.

—Te amo, Tomas... no sabes cuánto.

Sí, sí que lo sé y soy plenamente feliz.

Encuétrame en mis redes: Fanny Ramírez

Document Outline

- [TOMAS BROWN](#)
- [INTRODUCCIÓN](#)
- [UNO](#)
- [DOS](#)
- [TRES](#)
- [CUATRO](#)
- [CINCO](#)
- [SEIS](#)
- [SIETE](#)
- [OCHO](#)
- [NUEVE](#)
- [DIEZ](#)
- [ONCE](#)
- [DOCE](#)
- [TRECE](#)
- [CATORCE](#)
- [QUINCE](#)
- [DIECISÉIS](#)
- [DIECISIETE](#)
- [DIECIOCHO](#)
- [DIECINUEVE](#)
- [VEINTE](#)
- [VEINTIUNO](#)
- [VEINTIDOS](#)
- [EPÍLOGO](#)